



Universidad de Chile  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Sociología

# *Genealogía de una ruptura*

---

*El proceso de renovación socialista*

**Tesis para optar al título profesional de Sociólogo**

**FERNANDO ARTURO ALVEAR ATLAGICH**

**Profesor guía: Rodrigo Baño Ahumada**

**Santiago de Chile**

**Junio de 2013**

## Índice

	<i><b>Página</b></i>
<b><i>I. Introducción</i></b>	<b><i>2</i></b>
<b><i>II. Una aproximación a las transformaciones de las ideas políticas desde la teoría de Pierre Bourdieu</i></b>	<b><i>5</i></b>
<i>II.1. Los dilemas teóricos en torno a la génesis social de las ideas</i>	<i>5</i>
<i>II.2. La noción bourdieusiana del campo político como microcosmos social y la subordinación del campo científico-social</i>	<i>10</i>
<i>II.3. La noción de habitus y la transformación de las ideas políticas</i>	<i>14</i>
<i>II.4. ¿Cálculo racional o estrategia inconsciente?</i>	<i>19</i>
<i>II.5. Las ideas políticas en la relación entre las élites políticas y las bases sociales</i>	<i>23</i>
<b><i>III. Crítica de la Unidad Popular y la perspectiva de alianza con la Democracia Cristiana</i></b>	<b><i>26</i></b>
<b><i>IV. El debilitamiento del partido como medio de control discursivo, y el intelectual como sujeto político privilegiado</i></b>	<b><i>35</i></b>
<b><i>V. El golpe de Estado, la dictadura y la articulación en torno a la democracia:</i></b>	<b><i>38</i></b>
<i>V.1. Democracia y Socialismo</i>	<i>41</i>
<i>V.2. Las condiciones de posibilidad del Partido Socialista y las dificultades de la renovación en el Partido Comunista</i>	<i>45</i>
<b><i>VI. El contexto internacional de la renovación socialista</i></b>	<b><i>50</i></b>
<b><i>VII. La política cupular, los intereses de la élite político-intelectual y el abandono del socialismo</i></b>	<b><i>56</i></b>
<b><i>VIII. Conclusiones</i></b>	<b><i>73</i></b>
<b><i>IX. Bibliografía</i></b>	<b><i>79</i></b>

## ***I. Introducción***

El 11 de marzo de 2010 concluyeron dos décadas de mandatos presidenciales de la coalición política gobernante más longeva de la vida republicana de Chile, la Concertación de Partidos por la Democracia; cuyos orígenes se remontan a la unión de dos, hasta el 11 de septiembre de 1973, tenaces adversarios, cuando no declarados enemigos: la Democracia Cristiana, principal representante del centro político desde la década de los sesenta, y los partidos de izquierda que conformaron la Unidad Popular, con la excepción, lejos de ser irrelevante, del Partido Comunista.

Este inusual vínculo, fracasado en otras latitudes, se gestaría en los largos años de la dictadura al alero de los múltiples procesos de transformación a los que se vio arrojada la sociedad chilena tras el profundo descalabro que implicó el golpe de Estado que derrocó al Gobierno de Salvador Allende. Uno de los más importantes para el origen de dicha coalición y para el devenir político de Chile, fue el proceso de transformación ideológica en el que se embarcó la mayoría de la izquierda chilena<sup>1</sup>, desde mediados de los años setenta, tanto en el país como en el exilio, y que implicó una profunda revisión crítica de lo que habían sido hasta ese momento las estrategias, ideologías, metas y alianzas políticas que le habían dado sustento durante el siglo XX.

Dicho proceso fue conocido, desde fines de la década de los setenta y durante toda la década de los ochenta, como la renovación socialista, en tanto implicó una redefinición del proyecto socialista en un nuevo marco de aceptación del ideario democrático liberal y de defensa de los derechos humanos, alejado de las posturas leninistas y del ámbito de influencia de los partidos comunistas que en aquel entonces detentaban el poder en diversas latitudes del mundo, con especial relevancia para Chile, en la Unión Soviética, Europa Oriental y Cuba.

Sin embargo, aunque tal descripción puede ser correcta para buena parte del período, bien se podría afirmar que la magnitud de las transformaciones ideológicas que se pusieron en marcha llegaron a producir, en determinado punto, un quiebre con la misma idea socialista, en especial a partir de 1990, cuando la conducción económica, llevada tanto por demócratacristianos como por socialistas, se ceñiría estrictamente a los cánones de la ortodoxia liberal renegando de las "desviaciones" estatistas o keynesianas de la política del

---

<sup>1</sup> **En términos orgánico-partidarios, fundamentalmente la facción del Partido Socialista liderada en 1979 - año de la división del PS - por Carlos Altamirano, más otros tres partidos de izquierda que provenían de la Democracia Cristiana: MAPU, MAPU-OC e Izquierda Cristiana.** La otra facción del PS la lideraría Clodomiro Almeyda, ex Ministro de RR.EE. de Salvador Allende, la cual mantendría hasta fines de la década de 1980 su adscripción al marxismo-leninismo y una política de alianza con el PC.

pasado. Por este motivo, hablar en esos años de una "renovación" al interior del socialismo pierde todo sentido y se convierte en una idea obsoleta, en tanto el contenido de la renovación es ya a esas alturas la renuncia misma al proyecto del socialismo. Aunque la etiqueta de "socialismo renovado" siguió siendo recurrente en la década de los noventa, ésta tuvo ya mucho más que ver con una certificación de "buena conducta" que los dirigentes del Partido Socialista podían mostrar ante los demás integrantes del bloque hegemónico para obtener su plena inserción que con un proceso vivo de renovación del ideario socialista.

Las consecuencias políticas de esta ruptura paradigmática son evidentes, aunque no así la valoración que distintos actores políticos puedan hacer de ellas. Es indudable que la consolidación, tras la dictadura, del sistema capitalista en su vertiente más próxima al neoliberalismo y de una democracia política representativa en su versión más restringida, no puede entenderse sin hacer referencia a la transformación de la mayoría de la izquierda, expresada en su distanciamiento progresivo de las categorías de análisis y de las metas políticas contenidas en la tradición marxista. Este fenómeno, dio pie a una situación inédita en el siglo XX e impensada hasta 1973, como es el consenso transversal de las principales fuerzas políticas respecto a un modelo de sociedad y de organización política. De este modo, hacia la década de los noventa habrían de quedar atrás una buena parte de las identidades, proyectos, y formas de hacer política de antaño. Se nublarían las certezas, se trizarían los paradigmas o grandes relatos y la política como epopeya de las grandes transformaciones sería definitivamente sepultada. Nacería una nueva era de pragmatismo y "realismo" político bajo el imperativo sacrosanto de la gobernabilidad que habría de resguardar la frase más cara de toda nuestra Constitución política: que "Chile es una república democrática"<sup>2</sup>.

En este trabajo intentaremos dar cuenta de los múltiples factores y condiciones de posibilidad, tanto de la realidad chilena como internacional, que intervinieron en aquel gigantesco proceso de transformación ideológica. Desde esta reflexión apuntaremos a señalar la existencia de una ruptura paradigmática, donde para ofrecer una explicación plausible de la ruptura no basta con remitirse a una historia de las ideas y a la racionalidad y concatenación lógica que pudiera haberla guiado, sino que también debemos hacer referencia a los cambios estructurales generados por la dictadura militar y que operaron como condicionamientos sociales de la élite político-intelectual de la izquierda. En pocas palabras, en la consideración analítica de los productos ideológicos de la renovación socialista, no debemos perder de vista el vínculo de cada enunciado con las circunstancias excepcionales, propiciadas por la

---

<sup>2</sup> Artículo 4°, Constitución política de la República de Chile.

dictadura y el contexto internacional, en que la élite político-intelectual de la izquierda chilena se sostuvo para actuar políticamente y reflexionar teóricamente, esto es, cruzada por la derrota de la experiencia de la Unidad Popular, influenciada por los trascendentales cambios que vivía el mundo y que cobraban especial eco a partir de los cuadros de la élite en el exilio, y por supuesto, perseguida políticamente, lo cual actuó como acicate, en una confusa amalgama de convicciones e intereses, para la búsqueda de una solución a su relación conflictiva con el poder por la vía del cambio del régimen político, es decir, lo que la recondujo desde la lucha por el socialismo a la lucha por la democracia.

En una primera sección llevo a cabo una reflexión teórica sobre el tratamiento sociológico del fenómeno de las transformaciones de las ideas políticas, fundamentalmente a partir de la teoría de Pierre Bourdieu, y los dilemas y problemas que esta reflexión conlleva. Posteriormente analizo el impacto del fracaso de la Unidad Popular y del golpe de Estado, en tanto factores que dieron el impulso a la renovación socialista como reformulación de las alianzas y revalorización de la democracia y los derechos humanos, para luego abordar su propuesta política más significativa: la imbricación entre democracia y socialismo. En la referencia al contexto internacional y la internacionalización de la élite político-intelectual de la izquierda, daremos cuenta de cómo cada una de las etapas por las cuales transitó la renovación socialista estuvieron vinculadas a las crisis y transformaciones políticas y económicas en curso tanto del Occidente capitalista como de los países de la órbita socialista. Finalmente, como elemento que rompe el binomio democracia-socialismo y que lleva a la consolidación de la organización societal que construyó la dictadura, daremos cuenta del carácter cupular de la política en tiempos de la dictadura y de los intereses en juego de la élite político-intelectual de la izquierda en este período.

Para orientar esta reflexión, además de la revisión de sólo una parte del enorme material bibliográfico del período, me remitiré al contenido de las entrevistas que realicé, entre el 15 de octubre de 2001 y el 27 de febrero de 2003, a varias de las principales figuras que, en su doble calidad de dirigentes políticos e intelectuales, lideraron en buena medida el proceso de renovación. Entre ellas contamos a 3 de los 4 secretarios generales del Partido Socialista en que se aglutinó la renovación, entre los años 1979 y 1990: Carlos Altamirano, Ricardo Núñez y Jorge Arrate. A ellos se suman el grupo de sociólogos y científicos políticos que, por el peso de sus contribuciones intelectuales, ocuparon un lugar destacado en este proceso, a saber: José Joaquín Brunner, Ángel Flisfisch, Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulián, Eugenio Tironi y Augusto Varas.

## ***II. Una aproximación a las transformaciones de las ideas políticas desde la teoría de Pierre Bourdieu***

### ***II.1. Los dilemas teóricos en torno a la génesis social de las ideas***

Salvo individuos muy conscientes de las determinaciones sociales de su comportamiento, rara vez las personas se conciben a sí mismas como el fruto de fuerzas y estructuras sociales que los trascienden. Aquellos que experimentan importantes transformaciones en su manera de concebir el mundo y de proyectarse en él, no son la excepción. Ante la necesidad de construir un relato respecto de dichos procesos, la narrativa toma la forma de un camino de descubrimiento que ha llevado a cabo la conciencia por su cuenta, guiada siempre por la búsqueda de la verdad y del mejor obrar en el mundo. Desde las herramientas que provee la sociología, recusaremos dicho relato. Mal que mal, sin coacción estructural sería imposible pensar la conformación de orden social alguno, menos aún entender cualquier proceso político.

Tempranamente, los pensadores de las ciencias sociales asumieron que las ideas, políticas o de cualquier índole, poseían una génesis social y que el pensamiento no descendía sobre la humanidad como una entidad absoluta. Karl Mannheim, hacia 1931 -año en que se publica su libro *Sociología del conocimiento (Wissenssoziologie)*-, sistematizaría esta postura de análisis sociológico de las ideas a través de lo que denominó como *método de interpretación extrínseca* de los productos mentales: "... el método de *interpretación extrínseca* toma la comprensión de las «manifestaciones» como su punto de partida y, en consecuencia, considera el contenido de los productos mentales como la manifestación de un complejo subyacente de fuerzas de la realidad (el estrato absoluto)"<sup>3</sup>. Sin embargo, este importante pero acotado consenso ha hecho llegar hasta nuestros días diversos debates que demuestran que aún hoy no existe una sola manera de tratar sociológicamente a las ideas, quizás como una consecuencia de lo que algunos podrían tildar como el carácter pre-paradigmático -en los términos de Kuhn- de nuestra disciplina<sup>4</sup>. ¿Cuáles son los elementos o fenómenos sociales que debemos situar tanto en su génesis como en su transformación? ¿Cuál es su estatus ontológico? ¿Son acaso el reflejo de otra estructura, una estructura en sí misma inscrita en una

---

<sup>3</sup> Remmling, Gunter W., "La sociología de Karl Mannheim"; Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1982; página 84.

<sup>4</sup> Noguera, José A., "El mito de la sociología como «ciencia multiparadigmática»; en: ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política, N°42, enero-junio, 2010, 31-53, ISSN: 1130-2097.

relación dialéctica con otras, o la unidad básica que constituye a la realidad social? ¿Cuál es su estatus epistemológico? ¿Cómo afecta su validez y veracidad el que hayan sido gestadas por fuerzas sociales que trascienden a los controles de un método riguroso y sistemático de pensamiento?

Frente al pluralismo teórico que desencadenan las respuestas a estas preguntas resulta siempre complejo fundamentar un enfoque teórico y disipar las sospechas de arbitrariedad. En este caso, como "filtro de lectura" de la información recopilada -las entrevistas realizadas, los hechos históricos conocidos, la bibliografía conocida de la renovación socialista- he asumido la perspectiva del sociólogo Pierre Bourdieu, específicamente por la posibilidad que ella ofrece de comprender los cursos de acción desplegados por los individuos en virtud de sus posiciones en campos sociales específicos y de los intereses y estrategias concomitantes a ellas. En resumidas cuentas, desde el inicio mismo de esta investigación tomé la decisión de observar e intentar esclarecer los intereses y las estrategias de los productores de las ideas que nos ocupan, no porque pueda el fenómeno agotarse en dichas categorías, sino por la fertilidad que ellas han demostrado para comprender y muchas veces predecir el comportamiento social, especialmente en el ámbito político.

Cabe insistir, que esta decisión no implica reducir el problema a una «mecánica de intereses». La realidad social es siempre mucho más compleja. Por ejemplo, en los relatos recogidos para esta investigación más de alguna vez fueron mencionados por los entrevistados el dolor, la culpa o incluso el sentimiento de derrota tras el golpe de Estado de 1973 para explicar sus cambios de postura ¿Podríamos haber considerado estos elementos como factores intervinientes en el proceso de transformación ideológica que llamamos la renovación socialista? Sin duda, y por esa razón son mencionados en este trabajo. Sin embargo, el tratamiento y análisis que les he dado son en buena medida de carácter intuitivo, toda vez que no es posible -o especialmente difícil en lo que podríamos llamar el canon sociológico- encontrar en la disciplina una adecuada «sociología de las emociones o de las pasiones» que provea de un instrumental teórico que pueda trazar el influjo de los estados emocionales sobre los procesos sociales.

Otro problema que esta decisión teórica conlleva es si al vincular un conjunto de ideas políticas a un "interés" recusamos ya sea su validez -"denunciando" alguna especie de secreto oculto (el interés) que las devalúa en su operación como idea política- o su veracidad -estableciendo que el interés ha distorsionado la capacidad de dichas ideas para dar cuenta de

la realidad-. En ambos casos, en lo absoluto, principalmente porque no es tarea de este trabajo sociológico referirse ya sea a la validez o a la veracidad de este conjunto de ideas políticas. Como diría el sociólogo francés Georges Gurvitch "la construcción de la sociología del conocimiento comienza cuando se renuncia a ver en el condicionamiento social del conocimiento un elemento que pone en duda su veracidad y objetividad"<sup>5</sup>. Es más, mal podríamos recusar su validez o veracidad si no solo hablamos, sino que pretendemos realizar un análisis científico a partir de categorías y teorías que deben también su existencia a alguna particular constelación de intereses. Cualquier otra conclusión haría inevitable asumir la hipótesis relativista más dura al interior incluso del campo científico.

Volviendo a los fundamentos del enfoque teórico que he asumido, uno de sus planteamientos más tempranos y rupturistas radica en la obra de Karl Marx: "¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que con toda modificación sobrevinida en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre? ¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante"<sup>6</sup>. De este modo, Marx no sólo rompe con la noción de considerar a las ideas de manera independiente de los contextos sociales de quienes las producen, sino que apunta a las clases sociales como los marcos de referencia de todas las posturas intelectuales, no sólo en relación a las ideas de la clase dominante sino también en relación a las ideas que pueden calificarse en un determinado momento como revolucionarias: "La existencia de ideas revolucionarias en una determinada época presupone ya la existencia de una clase revolucionaria..."<sup>7</sup>. En el desarrollo de su sociología del conocimiento, Mannheim asume esta misma perspectiva al definir esta incipiente "disciplina como un campo de investigación que explora la dependencia funcional de cada punto de vista intelectual con respecto a la realidad de cada grupo social diferenciado que hay detrás de aquel, y que se impone la tarea de rastrear la evolución de los diversos puntos de vista"<sup>8</sup>. Cabe señalar que, siguiendo la matriz marxista, Mannheim entiende que la diferenciación de dichos grupos

---

<sup>5</sup> Godoy U., Hernán, "Bases sociológicas del conocimiento"; Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1979; página 55.

<sup>6</sup> Marx, Karl y Engels, Friedrich, "Manifiesto del Partido Comunista"; Editorial Prensa Latinoamericana S. A., Santiago, Chile, 1971; página 65.

<sup>7</sup> Marx, Karl y Engels, Friedrich, "La ideología alemana"; L'Eina Editorial, Barcelona, España, 1988; página 44.

<sup>8</sup> Remmling, óp. cit., página 68.

sociales está determinada por el orden socioeconómico. Así, "la sociología del conocimiento se inicia con una interpretación de las ideas como funciones de posiciones sociales"<sup>9</sup>.

De este modo, a partir de la sociología del conocimiento de Mannheim no es posible avanzar en la comprensión de los *productos mentales* más allá del condicionamiento que impone sobre ellos el orden socioeconómico; salvo quizás por su intento metafísico y estéril - desarrollado en su libro de 1929 *Ideología y Utopía*- de concebir a un grupo de intelectuales «aclasistas» o «socialmente no comprometidos» que fuera capaz de una síntesis cultural o de una comprensión global del cosmos social y de las ideas por sobre las posturas confrontadas en el marco de la lucha de clases<sup>10</sup>.

Una limitación similar encontraremos en los escritos de Antonio Gramsci. Si bien Gramsci permite sacudir al marxismo de aquella comprensión mecanicista y economicista que pretendía "...presentar y exponer toda fluctuación de la política y de la ideología como expresión inmediata de la estructura..."<sup>11</sup>, del mismo modo no concebía la posibilidad de pensar a los distintos grupos de *productores simbólicos* como grupos cuyos intereses pudiesen autonomizarse -o incluso divergir- respecto de los de sus respectivas clases sociales. En ese sentido, los intelectuales orgánicos sólo pueden ser pensados como una capa al interior de cada una de las clases sociales, cuya función primordial es la de dotar al grupo social respectivo que ha nacido del mundo de la producción económica de "...homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político"<sup>12</sup>; es lo que Gramsci denomina como la función intelectual. En ese sentido, la autonomía de los intelectuales respecto de las distintas clases sociales sólo puede corresponder, según Gramsci, a una «creencia» de aquellas capas que no se condice con la realidad, es decir, a una «utopía social» que se encuentra en el origen de la formación de toda filosofía idealista<sup>13</sup>. Su rechazo tajante a la posibilidad de pensar la reflexión intelectual más allá del conflicto de clases se expresa con claridad en el análisis que realiza sobre un congreso de filósofos realizado en Milán, y que tenía por intención proclamar la separación de la filosofía respecto del fascismo imperante en aquel momento en Italia: "...La única realización práctica podía consistir en la exposición de los distintos relatores, los cuales, como filósofos, tenían la pretensión de colocarse por encima de las clases y de las relaciones sociales,

---

<sup>9</sup> Loc. cit.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, páginas 120-121.

<sup>11</sup> Gramsci, Antonio, "Escritos políticos 1917-1933"; Siglo XXI Editores S.A., México, D.F., 2007; página 331.

<sup>12</sup> Gramsci, Antonio, "Los intelectuales y la organización de la cultura"; Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 2004; página 9.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, página 12.

proclamando la independencia de la filosofía como ciencia del espíritu, como si el espíritu pudiera existir fuera de la realidad histórica, que es realidad de lucha de clases. La filosofía es burguesa o proletaria, así como es burguesa o proletaria la sociedad en la que el hombre piensa y actúa. Una filosofía independiente no existe, de la misma forma en la que no existe un hombre independiente de las relaciones sociales en las que vive."<sup>14</sup>

Tiene razón Gramsci al señalar que no existe filosofía independiente de las relaciones sociales, como tampoco ciencias sociales o pensamiento político, sin embargo, la principal refutación que podemos hacer de su planteamiento es que la lucha de clases se encuentra lejos de agotar el conjunto de las relaciones sociales de una sociedad.

De este modo, no es probablemente sino hasta la teoría de los campos de Pierre Bourdieu que, manteniendo a la lucha de clases como marco general de comprensión de las visiones de mundo que se encuentran en disputa en la sociedad y sosteniendo al interés individual como una de sus categorías centrales de análisis, que es posible pensar a los *productores ideológicos* -intelectuales, académicos, políticos profesionales, periodistas, etc.-, situándolos cabalmente en la malla de relaciones sociales, y sin embargo, de manera relativamente independiente -por lo tanto, no totalmente divorciada- de las disputas de las diferentes clases sociales: "Recordar que las ideologías están siempre doblemente determinadas – que deben sus características más específicas no solamente a los intereses de las clases o de las fracciones de clase que expresan (función de sociodicea), sino también a los intereses específicos de los que las producen y a la lógica específica del campo de producción (comúnmente transfigurada en ideología de la “creación” y del “creador”) – es darse el medio de escapar a la reducción brutal de los productos ideológicos a los intereses de las clases que ellos sirven (efecto de “cortocircuito” frecuente en la crítica “marxista”), sin sucumbir a la ilusión idealista que consiste en tratar las producciones ideológicas como totalidades autosuficientes y auto-engendradas susceptibles de un análisis puro y puramente interno (semiología)”<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> Gramsci, Antonio, "Escritos..."; óp. cit., páginas 26-27.

<sup>15</sup> Bourdieu, Pierre "Sur le pouvoir symbolique", *Annales*, 3, mayo-junio de 1977, páginas 405-411; en: Pierre Bourdieu, "Intelectuales, Política y Poder"; Editorial Universitaria de Buenos Aires; Buenos Aires, Argentina, 2000; página 70.

## ***II.2. La noción bourdieusiana del campo político como microcosmos social y la subordinación del campo científico-social***

Es, por lo tanto, desde la perspectiva que plantea Bourdieu que podemos considerar a los productores simbólicos de la renovación socialista -intelectuales y políticos profesionales- como una unidad posible de ser estudiada al interior del campo político, y desde ahí en sus relaciones con otros grupos dentro y fuera de dicho campo, incluidas las clases sociales como marcos más amplios de referencia.

En una conferencia dictada el año 1999 sobre el campo político, Bourdieu enfatiza esta noción recalcando la importancia de la autonomía en la comprensión del campo político y que para explicar las acciones de "los políticos" no es suficiente con referirse exclusivamente a quienes ellos representan -a través de elecciones u otros mecanismos- sino que la explicación debe buscarse también al interior del mismo campo: "... la noción de campo relativamente autónomo obliga a decir que si se quiere comprender lo que hace un político, seguramente hay que buscar quién ha votado por él, buscar cuál es su base electoral, su origen social... pero no hay que olvidar buscar la posición que ocupa dentro del microcosmos y que explica una buena parte de lo que él hace. ... Así, el hecho de que el campo político es autónomo y que tiene su lógica propia y que esta lógica está al principio de las tomas de posición de aquellos que ahí están comprometidos, implica que hay un interés político específico, que no es automáticamente reductible a los intereses de los mandantes."<sup>16</sup>. Sin embargo, a diferencia de otros campos que pueden avanzar prácticamente hacia una total autonomía, en el caso del campo político existe un límite; en otras palabras, es específico del campo político el mantener una apertura hacia el resto de la sociedad: "Por razones evidentes, el campo político no puede ir hasta esos extremos: los que están comprometidos en este juego no pueden jugar entre ellos sin hacer referencia a aquellos en nombre de los cuales se expresan y frente a quienes deben, periódicamente, rendir cuentas más o menos ficticiamente. Los juegos internos encuentran ahí su límite"<sup>17</sup>.

Establecido este deslinde, cabe señalar que en el marco de esta investigación he denominado al grupo de individuos que activamente produce el cambio de las posturas políticas analizadas como la élite político-intelectual de la izquierda -con las excepciones

---

<sup>16</sup> Bourdieu, Pierre, "Sobre el campo político", página 13. Documento pdf, traducción de algunas partes de la edición en francés de Bourdieu, Pierre, "Propos sur le Champ politique"; Presses Universitaires de Lyon, Francia, 2000.

<sup>17</sup> Ibid., página 14.

señaladas en la introducción en relación a las agrupaciones políticas que no participaron de este proceso-. He optado por este término y no por el de élite partidaria pues, en primer lugar, como señalamos al principio, los productores ideológicos involucrados en este proceso corresponden a militantes de diversos partidos (ver nota 1), pero además, y en lo que es la razón principal, algunos de quienes incidieron significativamente en el proceso, durante varios de los principales años de producción ideológica de la renovación, no se consideraron a sí mismos como militantes de partido alguno, aunque los vínculos con las orgánicas partidarias fueran recurrentes; pero aún en esos casos, no se trató de una exclusiva orgánica partidaria sino de un conjunto de partidos. Cabe señalar igualmente que en el uso que hago en este trabajo del término, no pretendo incluir a toda la élite político-intelectual de la izquierda, sino exclusivamente a aquella que se vinculó al proceso de renovación.

Respecto a la noción de élite, si bien ésta es muy común en los análisis de sociología política, no lo es en el caso de la sociología de Bourdieu. Podríamos decir que, en cierta medida, corresponde a una intromisión en el lenguaje bourdieusiano que, a pesar de las reticencias de Bourdieu con el término, considero que su uso en este trabajo no constituye contradicción alguna con sus fundamentos teóricos, como explico a continuación.

En un análisis conjunto de 1993, a modo de entrevista, de Loïc Wacquant y Pierre Bourdieu sobre el campo del poder<sup>18</sup>, este último señala que busca evitar términos como élite o clase gobernante para efectos de diferenciarse de las teorías liberales y funcionalistas del poder que tienden al estudio de poblaciones de agentes que ocupan posiciones de poder en vez de estudiar la estructura del poder o los sistemas de relaciones objetivas<sup>19</sup>. En otras palabras, como bien acota Wacquant en la misma entrevista, se trata de desarrollar un pensamiento o un análisis relacional por sobre uno que lleva a la esencialización de los grupos<sup>20</sup>. Acto seguido Bourdieu acota que, sin embargo, para estudiar estructuras, no hay más remedio que estudiar conjuntos de poblaciones. Pues bien, en el caso específico que analizamos, he utilizado el término élite precisamente en la perspectiva relacional a que apuesta Bourdieu. A través del análisis de los individuos que jugaron un rol preeminente como productores simbólicos de la renovación socialista lo que hacemos es analizar el comportamiento de los agentes que ocupaban esas posiciones de poder en virtud de los cambios estructurales que sufrieron aquellas posiciones. Por lo tanto, si bien la élite político-

---

<sup>18</sup> Loïc Wacquant, "From Ruling Class to Field of Power: An Interview with Pierre Bourdieu on La Noblesse d'État"; en Revista Theory, Culture & Society (SAGE, London, Newbury Park and New Delhi), Vol. 10 (1993), 19-44.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, página 21.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, página 22.

intelectual de la izquierda de la época que tratamos es un conjunto de individuos, ante todo, se trata de un conjunto de posiciones del campo político de la época. He aquí, por lo tanto, un primer planteamiento de nuestra hipótesis: la transformación ideológica de la renovación socialista es, entre otras cosas, un efecto de los cambios estructurales que sufre el campo político y que afectan significativa y dramáticamente a las posiciones de poder que ocupaban los políticos profesionales e intelectuales ligados a partidos políticos de la izquierda tras el golpe de Estado de 1973. En cierta medida, Tomás Moulián enuncia una aproximación similar al problema aunque sin desarrollarla en su libro *Chile Actual: Anatomía de un mito*: "El fondo de la cuestión no es la conversión de los intelectuales en cuanto individuos. Es el despliegue de un dispositivo donde se articulan intencionalidades individuales o grupales con restricciones históricas o estructurales. Lo que tiene eficacia es la conexión no fortuita entre condiciones del campo político-cultural y los cambios individuales. Por ello el asunto no puede interpretarse en la perspectiva atomista de los individuos, como si el eje explicativo fueran los cambios analíticos de Tironi o de Foxley"<sup>21</sup>.

Ahora bien, cabe señalar porqué la he denominado una élite «político-intelectual». El primer adjetivo es el más sencillo, en tanto se trata de una élite cuyo accionar desde diversos ámbitos busca incidir políticamente. Ya sea desde su calidad de dirigentes partidarios o desde su posición de académicos o investigadores de universidades o centros de estudio, la apuesta final siempre es la incidencia sobre el microcosmos político y desde allí a toda la sociedad. La filiación o no a partidos políticos resulta así de menor importancia. Cabe señalar, en primer lugar, que durante el período que analizamos, la mayoría de quienes buscaron incidir sobre las ideas predominantes al interior de la izquierda fueron en uno u otro momento militantes de partidos políticos; independientemente de ello, los momentos de ausencia de militancia partidaria de algunos o el período de relativa desintegración de las estructuras políticas partidarias resultan irrelevantes para determinar la pertenencia al campo político toda vez que la búsqueda de la incidencia política no desaparece en ningún momento. La delimitación del campo político en estos términos se sirve del modo que señala Bourdieu para indicar la delimitación de cualquier campo: "Se me pregunta frecuentemente en qué reconozco que una institución o un agente forma parte de un campo. La respuesta es simple: se reconoce la presencia o la existencia de un agente dentro de un campo por el hecho de que transforma el estado del campo (o que cambian muchas cosas si lo retiramos)"<sup>22</sup>. Complementando esta última aproximación, para efectos de la delimitación específica del campo político Bourdieu

---

<sup>21</sup> Moulián, Tomás, "Chile Actual: Anatomía de un mito"; LOM - ARCIS, Chile, 1997; página 44.

<sup>22</sup> Bourdieu, "Sobre el campo..."; óp. cit., páginas 14-15.

agrega: "Como el campo religioso, el campo político descansa sobre una ruptura entre los profesionales y los profanos. Dentro del campo religioso, hay laicos y hay clérigos."<sup>23</sup>. Los profanos en política, o "laicos" siguiendo la analogía con el campo religioso, corresponden a las bases sociales de las diferentes fuerzas políticas que se enfrentan al interior del campo. Los profesionales en tanto, no se reducen exclusivamente a los dirigentes partidarios o a quienes detentan algún cargo público investidos por un partido político, sino que también incluye a aquellos especialistas de la política que buscan a través de su trabajo intelectual intervenir políticamente. Los intelectuales, que tanta incidencia tuvieron en el proceso de renovación socialista son también, en este sentido, políticos. En el caso chileno, desde la década de los sesenta en adelante, se trata de científicos sociales, principalmente sociólogos, científicos políticos y economistas. Se podría discutir el carácter eminentemente político de estos intelectuales arguyendo que, en la medida en que sus medios de vida son obtenidos principalmente del desempeño de sus profesiones, su pertenencia al campo político sería simplemente esporádica, marginal o definitivamente inexistente; sin embargo, cabe recordar que, al menos durante todo el período analizado, el campo de las ciencias sociales goza de una escasa autonomía, dependiendo, para efectos de la distribución en su interior del capital específico del campo, de otro campo, específicamente del campo político. Mientras más autónomo es un campo, señala Bourdieu, más tenderá a elaborar sus propias reglas para la competencia de sus miembros, reglas en las que no será permitido que intervengan otros campos. Lo contrario ocurre en la medida que goza de una pequeña autonomía. De este modo, en el caso que analizamos, los mecanismos de valorización de los enunciados al interior del campo de las ciencias sociales, y las recompensas simbólicas y materiales asociadas a uno u otro planteamiento, dependerá fundamentalmente del campo político. Los científicos sociales trabajarán en estrecha relación con los partidos políticos y con el ámbito estatal (en el período previo a 1973) abocados al desarrollo de determinados proyectos políticos, especialmente en el caso de la izquierda, toda vez que el paradigma marxista establece una fuerte dependencia entre praxis y teoría, pues sólo la comprensión "científica" del mundo puede conducir a una praxis revolucionaria.

Ahora, si bien su subordinación al campo político en este período hace de las ciencias sociales empresas eminentemente políticas, su misma importancia para el ejercicio de la política da pie para denominar a esta élite también como intelectual. La creciente heterogeneidad y complejidad de las sociedades hace también de la política un ejercicio más

---

<sup>23</sup> *Ibíd.*, página 10.

complejo que requiere de saberes altamente especializados y del uso de conceptos muchas veces esotéricos para la mayoría de la sociedad. Con ello, la educación recibida y el capital cultural se vuelven más importantes a la hora de establecer la delimitación entre profesionales y profanos que da origen al campo político, así como para establecer las minorías dominantes al interior del campo. Nuevamente, en términos relacionales y no esencialistas, podríamos decir que se vuelve crecientemente un requisito de las posiciones dominantes al interior del campo el contar con dichos saberes altamente especializados.

Con esto, bien se podría argumentar que resulta de ello una total confusión del campo político y del campo de las ciencias sociales. Sin embargo, ello es sólo una hipótesis plausible en la situación límite en que el principio político de jerarquización y legitimación de los enunciados, y por ende de sus productores, subyugue por completo al principio científico. En general, o normalmente, las ciencias sociales se encuentran más bien en una situación ambigua o a medio camino, como señala Bourdieu: "Así, desde el punto de vista del grado de autonomía con respecto a los poderes externos, públicos o privados, la ciencia social se sitúa a mitad de camino entre dos límites: por un lado, los campos científicos más "puros", como la matemática, donde los productores no tienen otros clientes posibles que sus concurrentes...; por el otro, los campos político o religioso, o incluso periodístico, donde el juicio de los especialistas está cada vez más frecuentemente sometido al veredicto del número bajo todas sus formas, plebiscito, sondeo, cifra de ventas o audiencia, y que otorgan a los profanos el poder de elegir entre productos que no están necesariamente en condiciones de evaluar (y menos todavía de producir).

Se está en relación pues, con dos lógicas completamente opuestas, la del campo político –donde la fuerza de las ideas depende siempre, por una parte, de la fuerza de los grupos que las aceptan como verdaderas-, y la del campo científico –que, en sus estados más puros, no conoce y no reconoce sino la "fuerza intrínseca de la idea verdadera", de la que hablaba Spinoza"<sup>24</sup>. Reconociendo esta ambigüedad como trasfondo, es posible afirmar que en el período que analizamos es el principio político el que en buena medida predomina.

---

<sup>24</sup> Bourdieu, Pierre, "La cause de la science. Comment l'histoire sociale des sciences sociales peut servir le progrès de ces sciences", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 106-107, marzo de 1995, páginas 3-10; en: Bourdieu, "Intelectuales...", óp. cit., páginas 113-114.

### ***II.3. La noción de habitus y la transformación de las ideas políticas***

Ahora bien, qué determina que un conjunto de individuos definido en estos términos elabore y reproduzca determinadas ideas políticas y qué elementos y dinámicas llevan a su transformación.

Para articular una respuesta utilizando la sociología de Pierre Bourdieu, es necesario adentrarse en los supuestos básicos de su teoría de la acción.

Bourdieu se inscribe a sí mismo dentro de la tradición constructivista de las ciencias sociales denominando a su teoría "constructivismo estructuralista"<sup>25</sup>. Una idea central de la tradición constructivista es que "las realidades sociales son a la vez objetivadas e interiorizadas... Se trata del doble movimiento, ya expresado otrora por Jean-Paul Sartre, de 'interiorización de la exterioridad' y 'exteriorización de la interioridad'"<sup>26</sup>. Se establece de este modo, a la base de la construcción de la realidad social una dialéctica entre individuo y sociedad que Peter Berger y Thomas Luckmann sintetizaron en las siguientes máximas: "*La sociedad es un producto humano. La sociedad es una realidad objetiva. El hombre es un producto social*"<sup>27</sup>. Esta idea central se encuentra en diversos autores aunque revestida de diferentes formas. La teoría de la estructuración de Anthony Giddens es una de ellas, donde nuevamente lo que se busca es romper con la dicotomía sujeto-objeto. Quizás el planteamiento más sencillo de su enfoque lo entrega el mismo Giddens por medio de una metáfora: "... la constitución de patrones en los sistemas sociales solo existe en la medida en que los individuos reiteran activamente formas particulares de conducta en tiempos y lugares distintos. Si tuviésemos que usar ese tipo de imágenes, deberíamos decir que los sistemas sociales son como edificios que están siendo constantemente reconstruidos por los propios ladrillos que los componen."<sup>28</sup>. En el caso de Bourdieu el concepto que apunta a la superación de la dicotomía sujeto-objeto es el de habitus, para el cual entrega más de una definición a lo largo de su obra, sin embargo, las principales definiciones giran en torno a la idea de un sistema tanto de esquemas (de percepción) como de disposiciones (para la acción). En relación al primero, Bourdieu -en el postfacio que escribe para la obra de Erwin Panofsky *Arquitectura gótica y escolasticismo*- señala que se trata de un "sistema de esquemas

---

<sup>25</sup> Giménez, Gilberto, "La sociología de Pierre Bourdieu"; Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; página 1.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, página 2.

<sup>27</sup> Berger, Peter y Luckmann, Thomas, "La construcción social de la realidad"; Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 2003; página 82.

<sup>28</sup> Giddens, Anthony, "Sociología. Una breve pero crítica introducción"; Macmillan, Londres, Inglaterra, 1982; página 11.

interiorizados que permiten engendrar todos los pensamientos, percepciones y acciones característicos de una cultura"<sup>29</sup>, mientras que en relación a la noción de disposiciones entrega la siguiente definición: "El término disposición parece particularmente apropiado para expresar todo lo que recubre el concepto de habitus (definido como sistema de disposiciones): en efecto, expresa ante todo el resultado de una acción organizadora que reviste, por lo mismo, un sentido muy próximo al de términos como estructura; además designa una manera de ser, una propensión o una inclinación"<sup>30</sup>.

En definitiva, podemos decir que el habitus es un sistema tanto de disposiciones como de esquemas que es internalizado por el individuo de acuerdo a la posición que éste ocupa en la estructura social regulando sus conductas y confiriéndole, por lo mismo, regularidad a su comportamiento. Y es a través de dichas conductas regulares -a través de la exteriorización de la interioridad diríamos con Sartre, o a través de la externalización de la realidad subjetiva, con Berger y Luckmann- que el individuo reproduce la estructura social.

Establecidos los mecanismos de reproducción de la estructura social, cabe preguntarse dónde radica la apertura de la acción social hacia nuevas formas y, por ende, la transformación de las estructuras sociales. Ello requerirá de redefiniciones del concepto de habitus que apuntarán a concebirlo como "una creatividad gobernada por reglas, una competencia capaz de engendrar una infinidad de respuestas a partir de un número reducido de principios"<sup>31</sup>.

Cabe señalar que las primeras definiciones de habitus entregadas por Bourdieu provienen de su análisis de las prácticas rituales de la sociedad kabil<sup>32</sup>, una sociedad no moderna o tradicional, lo cual en cierta medida explica su carácter más bien "estático". Según el investigador de la UNAM, Gilberto Giménez "... las características propias de las sociedades modernas -que son sociedades individualistas, liberales y clasistas fundadas en la economía de mercado- han exigido sucesivas correcciones y readaptaciones del concepto de habitus, todas ellas orientadas a atenuar sus funciones reproductivas y a subrayar su apertura, su creatividad y su capacidad de improvisación"<sup>33</sup>. Como señala el mismo Bourdieu: "El habitus no es el destino, como se lo interpreta a veces. Siendo producto de la historia, es un sistema abierto de disposiciones que se confronta permanentemente con experiencias nuevas y, por lo

---

<sup>29</sup> Panofsky, E., "Architecture gothique et Pensé scolastique"; Editorial de Minuit, París, Francia, 1967; página 152; citado en: Giménez, óp. cit., página 6.

<sup>30</sup> Bourdieu, Pierre, "Esquisse d'une théorie de la pratique"; Editorial Droz, Ginebra, Suiza, 1972; página 247, nota 28; citado en: Loc. cit.

<sup>31</sup> Giménez, óp. cit., página 7.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, página 6.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, página 8.

mismo, es afectado también permanentemente por ellas. Es duradera, pero no inmutable"<sup>34</sup>. Específicamente, será la concepción del habitus como una "disposición estratégica" la que permitirá entenderlo como una estructura dinámica. Según Giménez, "una primera rectificación consistió en superponer al paradigma estructuralista inicial el paradigma de la estrategia (ligado al modelo del mercado), por el que el habitus se concebía también como "disposición estratégica". Según el propio Bourdieu, la noción de estrategia le permitió romper con el punto de vista objetivista y con la idea de "estructura sin agente" que suponía el estructuralismo. Al mismo tiempo le permitió flexibilizar la noción de habitus, confiriendo al agente autonomía, un espacio de juego y una apertura con alternativas.

El modelo estratégico le permitió, además, esbozar una especie de "economía del habitus" por la que la disposición adquirida podía ser pensada como un capital a ser invertido y un valor a ser colocado en un determinado "campo" que funcionara también como mercado de bienes simbólicos o materiales, todo ello en función de un interés no solo y no siempre material y utilitario, sino también simbólico... En esta perspectiva el habitus se presenta como operador de cálculo inconsciente, como "sentido de inversión" ("sens de placement") que anticipa los beneficios esperados y sensibiliza a las tensiones del mercado, todo ello en función del lugar que ocupa el agente en un determinado campo, es decir, en la estructura de distribución del capital específico correspondiente a dicho campo"<sup>35</sup>.

De este modo, el interés asociado a una determinada posición del agente en el espacio social y las estrategias concomitantes que el individuo puede desplegar se transforman en los elementos dinamizadores del habitus y por ende, de los campos sociales donde el agente actúa. Bajo la perspectiva de conservar o aumentar su capital el agente despliega estrategias que modifican las relaciones de fuerza al interior del campo y por ende, su posición en él así como la estructura del campo, lo cual conlleva dialécticamente una modificación del habitus. Así, podemos concluir que si las estructuras sociales son dinámicas es precisamente por el despliegue de estrategias que realizan los agentes al interior de los campos.

Ahora bien, llevado esto al problema que nos ocupa, cabe preguntarse cómo es que esta dinámica de oposición y lucha de los agentes al interior de los campos afecta a la reproducción o transformación de las ideas políticas. Podemos llegar a la misma conclusión a través de dos líneas de pensamiento complementarias. Primera: las ideas políticas son parte constitutiva del habitus de los agentes. Las ideas políticas, normalmente inculcadas (uno de los procesos de génesis del habitus) por la familia u otros agentes de socialización política,

---

<sup>34</sup> Bourdieu, Pierre, "Réponses"; Editorial Seuil, París, Francia, 1992; página 109; citado en: *Ibíd.*, página 8.

<sup>35</sup> Giménez, *óp. cit.*, páginas 8-9.

constituyen tanto esquemas de percepción de la realidad como un conjunto de disposiciones para la acción en el mundo. Permiten "leer" la realidad de una determinada manera y a su vez establecen una serie de pautas para la acción política propiamente tal. Como señalamos, las estrategias desplegadas por los agentes modifican las relaciones de fuerza al interior del campo, modificando con ello tanto la posición del agente como la estructura del campo, lo cual lleva necesariamente a la modificación del habitus. Si el habitus se encuentra ligado a la posición del individuo en la estructura, un cambio en la posición del individuo lo enfrentará a nuevas experiencias que modificarán sus esquemas de percepción, sus intereses y sus disposiciones para la acción. Así, sus ideas políticas y su posición en el espacio social dejarán de corresponderse llevando muy probablemente a una transformación, en mayor o menor medida, de sus ideas políticas. Los ejemplos de la realidad social en que las posturas políticas de los individuos se ven modificadas por sus trayectorias sociales son innumerables, ya sea que se trate de trayectorias sociales ascendentes o descendentes: el militante de base que llega a ser dirigente del partido, los cuadros de capas medias que se proletarianizan, los proletarios que pasan a conformar una "aristocracia obrera" o que acceden a la burguesía, los partidos que son desalojados del poder, etc.

En una segunda línea de pensamiento enfatizo la noción de habitus como disposición estratégica. Según Bourdieu "toda toma de posición sobre el mundo social se ordena y se organiza a partir de una posición determinada en ese mundo, es decir, desde el punto de vista de la conservación y el aumento de poder asociado a esa posición"<sup>36</sup>. Pues bien, es plausible afirmar que las ideas políticas de los individuos constituyen la cristalización en el nivel más general y abstracto de aquellas tomas de posición. Por lo tanto, si los individuos despliegan estrategias para conservar y aumentar su poder, y las tomas de posición se "ordenan" y se "organizan" en función de dichas estrategias, entonces las ideas políticas son parte constitutiva de aquellas estrategias. El que existan distintas estrategias de acuerdo a las distintas posiciones en un campo o en el espacio social como un todo, implicará evidentemente que existan diferentes ideas políticas. Del mismo modo, un cambio de estrategia, que sólo podrá provenir de un cambio en la posición del o los agente(s), implicará, muy probablemente, un cambio de las ideas políticas en tanto éstas existen en función de dichas estrategias.

En términos más esquemáticos es lo siguiente: Pienso A de acuerdo a la estrategia que he desplegado para efectos de conservar o aumentar mi capital acumulado -y por ende, mi

---

<sup>36</sup> Bourdieu, Pierre, "Homo academicus"; Siglo XXI Editores, Buenos Aires, Argentina, 2008; página 26.

poder- de acuerdo a la posición que ocupo al interior del campo. Luego, la transformación de la estructura del campo, y por ende, de mi posición en él, podrá llevar en términos objetivos a la obsolescencia de la estrategia que hasta ese momento he desplegado instándome a implementar una nueva estrategia o a modificarla en mayor o menor medida. Por ende, si mis ideas políticas son parte constitutiva de la estrategia que he desplegado hasta entonces, un cambio de estrategia conllevará, muy probablemente, una transformación de las ideas.

#### ***II.4. ¿Cálculo racional o estrategia inconsciente?***

Llegados a este punto, tras exponer la concepción del habitus como disposición estratégica y tras nuestra aplicación de la teoría al fenómeno específico de la transformación de las ideas políticas, saltan a la vista evidentes semejanzas entre la teoría de Bourdieu y aquellas teorías de la elección racional que asumen una perspectiva utilitarista. No podría ser de otra forma en la medida en que, como señalamos, Bourdieu superpone a su paradigma estructuralista el paradigma de la estrategia ligado al modelo de mercado. Sin embargo, Bourdieu se apresura en señalar que la estrategia que lleva a cabo el agente no es una acción consciente ni racional ni intencional; aseveración que no dejó de revestir cierta polémica al interior de las ciencias sociales. Así, para Jeffrey Alexander, por ejemplo, ésta constituye un irremediable oxímoron<sup>37</sup>, al mismo tiempo que tilda a la teoría de Bourdieu de un economicismo de raigambre marxista, específicamente althusseriano: "Jeffrey Alexander, en *Fin de Siècle Social Theory* desarrolla básicamente el argumento de que Bourdieu es, en última instancia, un economicista, destacando la continuidad con el pensamiento de Marx, y en especial con la interpretación de éste por parte de Althusser."<sup>38</sup> Por su parte, "Algunos años antes, en 1986 Alain Caillé, fundador del MAUSS, había publicado en su revista un artículo de crítica a Bourdieu, en el que condenaba su utilitarismo, evidente en el uso de la noción de interés."<sup>39</sup>

Más allá de las polémicas, cabe revisar la distancia que en todo momento Bourdieu busca marcar con las teorías de la acción o elección racional. Reinterpretando esta vez el habitus como "sentido del juego", Bourdieu señala "La acción que guía el sentido del juego tiene todas las apariencias de la acción racional que diseñaría un observador imparcial dotado

---

<sup>37</sup> Giménez, óp.cit., página 10, nota 2.

<sup>38</sup> Baranger, Dionisio, "Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu"; Posadas, Argentina, 2a edición (1a electrónica), 2012; páginas 19-20.

<sup>39</sup> Loc. cit.

de toda la información útil y capaz de manejar tal información racionalmente. Y sin embargo no tiene por principio la razón... De hecho, las condiciones del cálculo racional casi nunca vienen dadas en la práctica, sea por falta de tiempo, sea porque la información es limitada, etc. Y sin embargo, los agentes hacen «la única cosa que tenían que hacer» mucho más frecuentemente que si actuaran al azar..."<sup>40</sup>. Quizás más importante que las imposibilidades prácticas del cálculo racional, Bourdieu enfatiza que la conformación del habitus corresponde a una internalización que es pre-reflexiva y pre-teórica, por lo cual las disposiciones para la acción no operan de modo plenamente consciente como ocurre en el sujeto calculador. Como señala el sociólogo argentino Baranger "el habitus produce anticipaciones razonables y no previsiones racionales"<sup>41</sup>. Al definir el habitus como sentido del juego, Bourdieu entiende las acciones de los agentes como jugadas que éstos eligen de entre la infinidad de jugadas posibles de acuerdo a las reglas que rigen el juego del campo. Dichas jugadas operan, por lo tanto, como una anticipación práctica al estado futuro del campo de acuerdo a las jugadas de los demás agentes y no como el eslabón en un proyecto racional y deliberadamente construido: "[El habitus] en cuanto disposición a actuar que es el producto de experiencias anteriores de situaciones similares, asegura un dominio práctico de las situaciones de incertidumbre y funda una relación con el futuro que no es la del proyecto, como mira de posibilidades que pueden tanto suceder como no suceder, sino la de la *previsión práctica*: al descubrir en la objetividad misma del mundo lo que se presenta como la única cosa por hacer, y captar lo por venir como un cuasi presente (y no como un futuro contingente), la previsión de lo por venir es por completo ajena a la lógica puramente especulativa de un cálculo de los riesgos, capaz de atribuir valores a las diferentes posibilidades enfrentadas"<sup>42</sup>.

Por otro lado, señala Bourdieu: "La teoría de la acción racional sólo reconoce las respuestas racionales de un agente sin historia, a la vez indeterminado e intercambiable. Esta antropología imaginaria busca fundar la acción, que ella sea económica o no, sobre la elección intencional de un actor libre de todo condicionamiento económico y social. Ella ignora la historia individual y colectiva de los agentes a través de la cual las estructuras de preferencia que las conforman se constituyen, en una dialéctica temporal compleja con las estructuras

---

<sup>40</sup> Bourdieu, Pierre, "Choses dites"; Editorial de Minuit, París, Francia, 1987; página 21; citado en: Giménez, óp. cit., página 9.

<sup>41</sup> Baranger, óp. cit., página 39.

<sup>42</sup> Bourdieu, Pierre, "Las estructuras sociales de la economía"; Ediciones Manantial, Buenos Aires, Argentina, 2001; página 242.

colectivas que las producen y que ellas tienden a reproducir"<sup>43</sup>. En otras palabras, en todo lugar y en todo momento, en las teorías de la elección racional siempre se trata del mismo sujeto que actúa siempre del mismo modo. En contraposición, Bourdieu señala que "... si hay una propiedad universal, es la de que los agentes no son universales porque sus propiedades, y en particular sus preferencias y sus gustos, son el producto de su emplazamiento y sus desplazamientos en el espacio social, y por lo tanto de la historia colectiva e individual"<sup>44</sup>. Ahora bien, esto no significa que haya que volver la mirada a cada individuo, precisamente porque los habitus comportan un elemento colectivo es posible generar 'clases de habitus' en tanto propiedades válidas para toda una clase de agentes.

En definitiva "los agentes sociales... no son partículas sometidas a fuerzas mecánicas y que actúan bajo la imposición de *causas*; como tampoco son sujetos conscientes y avezados que obedecen a *razones* y que actúan con pleno *conocimiento de causa*, como creen los defensores de la *Rational Action Theory* (podría mostrar, si dispusiera de tiempo, cómo estas filosofías, totalmente opuestas aparentemente, se confunden de hecho puesto que, si el conocimiento del orden de las cosas y de las causas es perfecto y si la elección es completamente lógica, no se ve en qué se distingue de la sumisión pura y simple a las fuerzas del mundo, y en qué, por consiguiente, sigue siendo una elección)"<sup>45</sup>. De este modo, Bourdieu concibe el habitus como un "... principio autónomo que hace que la acción no sea simplemente una reacción inmediata a una realidad en bruto sino una réplica "inteligente" a un aspecto activamente seleccionado de lo real: ligado a una historia preñada de un porvenir probable, es inercia, huella de su trayectoria pasada, que los agentes oponen a las fuerzas inmediatas del campo y que hace que sus estrategias no puedan deducirse directamente ni de la posición ni de la situación inmediatas. El *habitus* produce una réplica cuyo principio no está inscripto en el estímulo y que, sin ser absolutamente imprevisible, no puede preverse a partir del mero conocimiento de la situación"<sup>46</sup>.

Para el problema que tratamos se desprenden de estas reflexiones dos consecuencias importantes. En primer lugar, si bien concebimos las ideas políticas de la renovación socialista como parte de una estrategia funcional a los intereses de la élite político-intelectual de la izquierda, ésta en ningún caso constituía la única respuesta posible. Ante la situación social y

---

<sup>43</sup> Bourdieu, Pierre, "Réponses"; Editorial Seuil, París, Francia, 1992; páginas 98-99; citado en: Germaná, César, "Pierre Bourdieu: La sociología del poder y la violencia simbólica"; Revista de Sociología Vol 11, N°12, 1999; Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM, Lima, Perú; ISSN Versión electrónica: 1609-7580.

<sup>44</sup> Bourdieu, Pierre, "Las estructuras..."; óp. cit., página 239.

<sup>45</sup> Bourdieu, Pierre, "Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción"; Editorial Anagrama S.A., Barcelona, España, 1997; página 40.

<sup>46</sup> Bourdieu, Pierre, "Las estructuras..."; óp. cit., página 239.

política que le correspondió enfrentar a los productores simbólicos de la renovación, se abrían una serie de cursos de acción, donde las decisiones tomadas constituyeron una "respuesta inteligente" a la situación y no una mera respuesta mecánica previsible a partir de la constelación de intereses en juego.

Por otro lado, si bien resulta muy difícil concebir una estrategia inconsciente -y por lo mismo la crítica de Alexander en relación a que se trataría de un oxímoron es digna de consideración- me parece que resulta mucho más plausible si se la piensa a la luz del proceso histórico del que trata este trabajo o, igualmente, a la luz de cualquier otro proceso histórico de larga duración. En términos teóricos me atrevería a decir que hay un eslabón faltante en la explicación, uno que habría de llenar propiamente la psicología o la filosofía de la conciencia (aunque Bourdieu descalifica su participación), en relación a describir la operación mental que puede crear una estrategia inconsciente. Sin embargo, a la luz del proceso histórico su comprensión reviste menores dificultades pues permite dar cuenta de múltiples cursos de acción, muchas veces contradictorios, que giran en torno a una estrategia subyacente que, en última instancia, logra imponerse. Por el contrario, la imagen de un sujeto que en todo momento -léase, durante años- realiza de manera consciente un cálculo de beneficios en relación a las ideas que produce resulta poco plausible, más aún con los grados de incertidumbre que encierra la actividad política en situaciones históricas excepcionales<sup>47</sup>. Sin embargo, aún a riesgo de parecer poco consistente y de contradecir en cierta medida a Bourdieu en este punto, tampoco es posible descartar del todo la idea de una estrategia consciente, especialmente en el caso de políticos profesionales cuyo habitus tiene como una de sus propiedades la propensión a urdir estrategias políticas deliberadas y plenamente conscientes que apuntan a la obtención de poder político, así como también en el caso de intelectuales como los científicos sociales quienes no sólo suelen tener a dichos políticos profesionales como públicos privilegiados o *clientes* precisamente en la elaboración de tales estrategias, sino que además se encuentran en un sitio privilegiado, por su propia formación y reflexión intelectual, para dar cuenta de sus propias determinaciones. Como señala Giménez: "... no se excluye la posibilidad de que el habitus se explicita conscientemente en forma de 'esquema metódico' por efecto de la educación formal y de la inculcación

---

<sup>47</sup> Un ejemplo claro de la manifestación de una estrategia no consciente se encuentra en la última sección de este trabajo cuando el entrevistado Jorge Arrate, a propósito de la preponderancia del tema del cambio del régimen político durante la dictadura en detrimento de la reflexión sobre el capitalismo, señala: "... si usted relee todos los textos de los años 70, 80, no hay ni una palabra sobre el mercado ... No hay mercado, y mientras tanto, es que es muy curioso, es que yo pienso ¿en qué mierda estábamos! Estaba Reagan, estaban los Chicago que estaban con todo, y nosotros estábamos en el tema de la democracia".

sistemática. Con otras palabras: no se puede ignorar el trabajo de codificación y de formalización que opera sobre el habitus y a partir del habitus"<sup>48</sup>. En cierta medida, el siguiente pasaje de un texto de José Joaquín Brunner de 1986, cuyo título es particularmente decidor al respecto -¿Pueden los intelectuales sentir pasión o tener interés en la democracia?-, reafirma esta posibilidad: "[El intelectual] sería ciego al no reconocer en sí mismo lo que cree descubrir en los otros: pasiones, oportunismo, racionalización de intereses, afán de poder, temor a la muerte, anhelo de gloria, estimación del Príncipe e inseguridad frente al status alcanzado"<sup>49</sup>.

### ***II.5. Las ideas políticas en la relación entre las élites políticas y las bases sociales***

Volviendo al planteamiento anterior a esta reflexión sobre el carácter consciente o inconsciente de las estrategias desplegadas por los agentes, habíamos señalado que las ideas políticas son parte constitutiva del habitus de los agentes y de las estrategias que éstos despliegan, lo cual lleva a que los cambios en la estructura del campo político y, por ende, en la posición de los agentes, incidan en su transformación. Corresponde por lo tanto, revisar los mecanismos específicos por medio de los cuales esto ocurre.

En las luchas al interior del campo político los agentes pondrán en juego diferentes recursos materiales y simbólicos, uno de los cuales son las ideas políticas. Por lo tanto, una idea política tenderá a su reproducción en la medida en que su utilización como recurso estratégico, es decir, como inversión en el juego político, produzca un retorno en términos de capital político.

Ahora bien ¿cómo se confieren de manera diferenciada dichas recompensas en un campo como el político? En aquellos campos que gozan de una total autonomía las recompensas son otorgadas, de acuerdo a determinadas reglas, por los demás participantes del campo. Como ya señalamos, el campo político no es capaz de esta clausura, pues "una de las grandes diferencias entre un campo como el campo literario (o el campo de las matemáticas, que es también muy cerrado) y el campo político, es que los políticos son justiciables del veredicto popular: periódicamente tienen que ir ante los electores y, aunque están siempre preocupados por las relaciones que tienen entre ellos, tienen que entrar en relación con aquellos que les dan delegación y, por ello, una parte de sus acciones permanecen

---

<sup>48</sup> Giménez, óp. cit., página 7.

<sup>49</sup> Brunner, José Joaquín, "¿Pueden los intelectuales sentir pasión o tener interés en la democracia?"; Documento de trabajo, FLACSO - Santiago de Chile, n°303, Julio de 1986; página 32.

orientadas hacia el público, no pueden imaginar un enclaustramiento total"<sup>50</sup>. Así, a través de una movilización electoral exitosa -en el caso de una democracia liberal representativa- el capital político conferido por las "bases sociales" a las diversas élites político-intelectuales se traduce en recompensas muy concretas: posiciones de poder en el aparato estatal (puestos parlamentarios, cargos de representación en municipios, cargos en la administración pública y empresas del Estado, representación en organismos internacionales) y posiciones de poder en otros campos relativamente subordinados al campo político, como el campo de las ciencias sociales en el período que analizamos. Como vemos, en el caso de este último, si bien las producciones de los científicos sociales no son sometidas al veredicto popular, lo son indirectamente por medio de su imbricación con los cuadros netamente políticos.

Como ya se podrá prever, una idea política se verá devaluada simbólicamente y, por ende, correrá peligro de ser desplazada en la medida en que los agentes del campo político "anticipen" la incapacidad de dichas ideas políticas de producir un retorno en términos de capital político.

Pues bien, en el proceso histórico que analizamos, la situación reviste diversas características excepcionales que requieren repensar la teoría para este caso específico. En lo fundamental, el problema para la élite político-intelectual de la izquierda no radicó en un fracaso de movilización electoral, sino que en prácticamente una aniquilación del campo político como tal producto del golpe de Estado. Si bien éste no desapareció del todo, pues la política siguió existiendo, fue reducido a su mínima expresión, llevado a la clandestinidad, y rotos sus lazos de intercambio con el resto de la sociedad. Es decir, fueron cortados los lazos entre las diversas élites políticas y sus respectivas bases sociales, cesando con ello, en buena medida, la importancia de estas últimas para proveer de recompensas a los participantes del campo político. En sí mismo, el campo político dejó de proveer las recompensas simbólicas y materiales de las que era capaz antes del golpe de Estado. Las ciencias sociales, identificadas como partícipes del proyecto político que buscaba ser aniquilado por la Dictadura, corrieron igual suerte.

En definitiva, las posiciones de quienes participaban del campo político, y particularmente de aquellos que conformaban la élite político-intelectual de la izquierda sufrieron un radical desplazamiento. Con ello, los hábitos, que son constituidos por los emplazamientos y desplazamientos de los agentes, y que suponen esquemas de percepción y disposiciones estratégicas, se vieron radicalmente modificados. En una situación tan radical

---

<sup>50</sup> Bourdieu, "Sobre el campo..."; óp. cit., página 5.

de pérdida de buena parte del capital que los agentes habían acumulado, dos situaciones se impusieron con especial fuerza e importancia para el futuro de las ideas de la izquierda: la reconfiguración de los grupos capaces de proveer de las recompensas simbólicas y materiales en la nueva situación de emergencia, y la imposición de un nuevo objetivo transversal a toda la élite político-intelectual que había sido desalojada del poder el 11 de septiembre de 1973: la recuperación del campo político que había sido destruido como forma de recuperar las posiciones de poder perdidas con él.

Frente a este nuevo escenario, el recorrido específico que siguió la renovación socialista, y que es analizado en las siguientes páginas, fue "la respuesta inteligente" que la élite político-intelectual de la izquierda pudo articular de entre los cursos de acción que la nueva situación del campo político ofrecía como posibilidades.

### ***III. Crítica de la Unidad Popular y la perspectiva de alianza con la Democracia Cristiana***

Aunque enunciada hace ya más de doscientos años, aún hoy se sigue utilizando aquella manida frase de Hegel *"La lechuza de Minerva sólo emprende el vuelo a la caída de la noche"*, quizás por el simple hecho de que nos recuerda que el conocimiento y la sabiduría sólo son posibles cuando la realidad ya se ha desplegado, por trágico que, en muchos casos, ello parezca. Uno de esos casos es la experiencia del Gobierno de la Unidad Popular, cuyos errores estratégicos, tácticos, teóricos, de conducción política, económica, etc., parecen emerger, hacerse visibles y convertirse en materia de discusiones, documentos y libros una vez que se decreta su fin y que el golpe de Estado sella su fracaso.

En los primeros años, serán diversas las miradas desde las cuáles se articulará dicha crítica. Una de ellas se hará desde visiones más ortodoxas argumentando el inevitable desenlace armado del proceso de construcción socialista donde la única forma de defender el Gobierno era preparando a los sectores populares para el enfrentamiento violento con la burguesía y las fuerzas de la reacción: "...el desarrollo de una estrategia armada en el curso del proceso, era muy difícil; diremos, extraordinariamente difícil; pero la vía pacífica, en cambio, en el Chile de 1970-1973 era imposible."<sup>51</sup> Desde el Partido Comunista, por otro lado, se realizará una profunda crítica a la ultraizquierda<sup>52</sup>, representada por el MIR, y a aquellos sectores de la Unidad Popular que habían abogado por una rápida implantación de la economía socialista. Para la perspectiva de la futura renovación socialista, una visión proveniente fundamentalmente de cuadros intelectuales ligados al MAPU-OC, hará hincapié en que la principal debilidad habría radicado en intentar una revolución socialista sin contar con las mayorías necesarias y que, por lo tanto, debía haber sido imperativo el acuerdo con otros sectores políticos, fundamentalmente la Democracia Cristiana. Los sociólogos Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián jugaron en este sentido, un papel decisivo desde muy temprano, como bien lo señala este último: "...fui uno de los fundadores de la renovación socialista, que consistía en ese entonces en una crítica a la Unidad Popular, tarea que hice en compañía de Manuel Antonio Garretón y escribimos un libro en conjunto sobre ese tema bastante temprano"<sup>53</sup>. En aquel<sup>54</sup> y otros libros y artículos de ambos autores, será reiterativo

---

<sup>51</sup> Carlos Altamirano Orrego, "Dialéctica de una derrota"; Siglo XXI Editores S.A.; México, 1978.

<sup>52</sup> Ver el documento del Partido Comunista "El ultraizquierdismo, caballo de Troya del imperialismo".

<sup>53</sup> Entrevista del autor a Tomás Moulián, realizada el 13 de diciembre de 2002.

el análisis del error que habría significado el no haber establecido una alianza con la Democracia Cristiana y, por la vía de ella, con las capas medias: "...las revoluciones de contenido si no se hacen con las revoluciones como método - en la época en que se pensaba que había revolución - tienen que contar con otra estrategia, que es el reemplazo, si usted quiere, de las armas, y el reemplazo de las armas en democracia se llama mayoría política. Y mayoría política en Chile se llamaba alianza con la DC, y no tenía ninguna otra cosa, no había otra manera de llegar a ser mayoría política porque la estructuración de los actores sociales en Chile se ha hecho siempre por la vía partidaria. No había una masa conquistable por debajo de los partidos."<sup>55</sup>. Algo muy similar se encuentra en las palabras de Moulián: "...el problema principal consistió en no darse cuenta que ningún esfuerzo de alianza social con las capas medias tenía efectos políticos si no se respetaban las pautas de representación, más o menos estables, de esas capas medias a través de partidos centristas, cristalizados desde la década del sesenta a través del Partido Demócrata Cristiano."<sup>56</sup>.

Esta crítica no sólo se apartaba de las visiones más ortodoxas y ultristas que se referían a la necesidad de haber dotado de una defensa armada al Gobierno de la Unidad Popular, sino que también suponía una crítica explícita a la estrategia de alianza de clases que toda la vertiente de la UP liderada por el Partido Socialista había sostenido hasta 1973, en lo que había sido conocido como el Frente de Trabajadores. Bajo esta propuesta, el Partido Socialista postulaba que las alianzas al estilo Frente Popular ya estaban agotadas, y que las clases trabajadoras debían ser los exclusivos protagonistas del proceso revolucionario. Por lo tanto, el poner como elemento central a la alianza con la Democracia Cristiana y las capas medias, planteaba una primera crítica a cuestiones medulares de lo que había constituido hasta ese momento la estrategia de la izquierda. La discursividad del período, por otro lado, y las estrategias de cambio que había utilizado la Unidad Popular que, en muchos casos había supuesto "saltarse" las instancias parlamentarias y el principio de negociaciones y transacciones del sistema político, serían reseñados por estos sociólogos como cuestiones que habrían alienado a las capas medias respecto al Gobierno de la Unidad Popular y propiciado su debilidad y caída. Evidentemente, este análisis crítico retrospectivo habría de impactar e impulsar el proceso de renovación en ciernes, en tanto se desprenderían de él importantes definiciones para efectos de la estrategia que se debía seguir en la búsqueda de una salida a la

---

<sup>54</sup> Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián, "Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile 1970-1973"; Editorial Universitaria Centro América EDUCA; Costa Rica, 1978.

<sup>55</sup> Entrevista del autor a Manuel Antonio Garretón, realizada el 7 de enero de 2003.

<sup>56</sup> Tomás Moulián, "Democracia y Socialismo en Chile", página 151; FLACSO - Santiago de Chile, 1983.

dictadura militar. En primer lugar, si la alianza con la Democracia Cristiana había sido evaluada como necesaria para el período de la Unidad Popular, en circunstancias de la dictadura, era considerada sencillamente indispensable: "...la única posibilidad de salir de eso iba a ser la UP - así lo entendía uno todavía - con la DC...la idea que no hay futuro de la izquierda y futuro de una perspectiva socialista sino es con mayoría política y eso implica con una coalición con las clases medias y los sectores progresistas...Yo digo que la idea de la coalición con la Democracia Cristiana, la coalición para derrotar a Pinochet, es una idea que viene de la renovación socialista...Y es un producto de los socialistas, nosotros inventamos la Concertación, no la DC. Entonces cuando se dice que lo que hacemos es ser vagón de cola de la DC, Böeninger proponía una coalición chica, la coalición chica eran radicales, demócratacristianos, y no me acuerdo quienes más, y no estaban los socialistas, no querían a la izquierda, y nosotros los huevamos y huevamos y huevamos"<sup>57</sup>.

Más allá de la precisión histórica de lo afirmado por Garretón, lo importante es que la centralidad que cobra la necesidad de la alianza con la Democracia Cristiana, un partido de un origen ideológico muy distinto al marxismo, con un marcado sesgo anticomunista y una fuerte presencia en las capas medias, obligará a una reconversión de muchos discursos, así como de estrategias y políticas de alianzas de gran parte de la izquierda, de modo de permitir o facilitar los acercamientos. La dirigencia partidaria demócratacristiana se convertirá así en un nuevo público para la oferta política e ideológica que los partidos de izquierda eran capaces de articular. En otras palabras, dicho partido se constituirá en un elemento más que presionará a estos sectores de la izquierda hacia la redefinición de sus metas políticas - el énfasis en la democracia más que en el socialismo - y en la moderación general de sus posturas. Por supuesto, existía plena conciencia de ello al interior de los partidos de izquierda, ya sea asumiéndolo como un proceso inevitable y necesario o resistiéndose a ello abiertamente. En las actas de las sesiones del Seminario de la Convergencia Socialista<sup>58</sup>, realizado de manera clandestina en 1980, pueden identificarse con claridad ambas posturas pero dando cuenta de un mismo proceso que ya se encontraba en marcha. Hacia una relativización de la meta política del socialismo apunta la exposición de quien es identificado en el documento únicamente con las siglas CP: "En cuanto a la contradicción que existiría entre Democracia y Capitalismo, me parece central precisar el problema. Ciertamente es que este tipo de capitalismo, el

---

<sup>57</sup> Entrevista a Garretón, óp. cit.

<sup>58</sup> La Convergencia Socialista será la estructura a partir de la cual los cuatro partidos involucrados en la renovación - aunque representantes del PS Almeyda también participarían en sus sesiones - intentarán el desarrollo de una línea política común y la búsqueda de nuevas formas orgánicas que agrupen a las distintas fuerzas socialistas.

que hoy vive Chile, es incompatible con la democracia; esto es evidenciado por el actuar y carácter mismo del régimen. Pero de allí concluir que no hay posibilidades de un capitalismo que acepte formas democráticas de sistema político, es sencillamente señalar que no hay, por lo tanto, sino una alternativa socialista para suceder al actual régimen, con lo cual nos estaríamos alienando a importantes sectores que si bien están en contra del régimen, no están tampoco por el Socialismo. Con ello estaríamos consiguiendo reducir aún más el espacio de alianzas. Hay agentes políticos, como la DC, que no se tragan totalmente el modelo económico del régimen, pero tampoco tragan el socialismo. Por eso es que si de esa contradicción entre capitalismo y democracia llegamos a concluir que la única alternativa posible es el socialismo, no sé cómo ni en torno a qué podamos estructurar las alianzas necesarias para cambiar el régimen. Pienso que el Socialismo no es el único proceso democrático. No es impensable una democracia, aunque sea precaria, coexistente con el capitalismo. Por supuesto, la solución democrática final es el Socialismo. Pero plantear el Socialismo hoy es irreal y puede dificultarnos la conformación del frente amplio contra la situación actual. Sin duda, hay aquí un problema de estrategia que es insoslayable"<sup>59</sup>. Probablemente lo más interesante de esta cita es la manera de argumentar, en tanto las conclusiones son aceptadas o rechazadas en vistas de su adecuación con la idea de una alianza con sectores políticos ajenos a la izquierda, particularmente, la Democracia Cristiana. El insoslayable problema de la estrategia obliga, por ende, a la reconversión de los discursos y metas políticas.

En este mismo seminario, los términos y alcances que tenía un eventual acuerdo histórico con la DC son reseñados por Germán Correa - representante en ese momento del almeydismo - planteándose de manera contraria a ellos. En relación a las conversaciones en curso entre socialistas y demócratacristianos, Correa señala "...me preocupan ciertas tendencias que creí percibir en esas conversaciones, a aceptar muy de buena gana y muy a la rápida los llamados de la DC para llegar a un acuerdo histórico de diez años, sobre la base de su proyecto, por supuesto...¿Qué es lo que persigue la DC oficialista con estos contactos?...La DC busca, como concreción de esto, un verdadero "pacto histórico" con la izquierda chilena, por la vía de su vertiente socialista mayoritaria; un compromiso histórico de "no agresión", convenientemente acompañado por la renuncia a la violencia como forma legítima de defensa y lucha del pueblo, así como a la búsqueda de cualquier forma popular de democracia (o renuncia a la "dictadura del proletariado"). Se nos ofrece una Moncloa de diez años, más los diez que seguramente cumplirá el actual régimen, en total 20 o 25 años en que la Izquierda

---

<sup>59</sup> "Acta de la cuarta sesión del Seminario de la Convergencia Socialista", página 8; Santiago, Mayo de 1980. Documento sin publicar - hasta donde tengo conocimiento - entregado por Enzo Faletto.

renuncie conscientemente a su proyecto histórico socialista y revolucionario...Tenemos que tener claro qué es lo que persigue la DC con sus contactos con la "vertiente socialista" de la Izquierda, a la que le adosa el calificativo de "democrático". Eso es lo que está detrás de esta actual ofensiva de la DC para crear un centro socialista-democrático, ya no, esta vez, desde la centro-derecha, como lo ha tratado de hacer por años..., sino, peor aún, desde la centro-izquierda. Pero, por supuesto, en función de un proyecto de centro-derecha (que se envuelve bajo pretendidas proximidades más a la izquierda que a la derecha), y hegemonizado por la DC, al menos superestructuralmente, dada la actual debilidad de la Izquierda. Se pretende así embarcarnos en su estrategia, además, de aislamiento del PC, sin cuyo concurso tampoco hay salida democrática y popular para Chile..."<sup>60</sup>. El evidente tono de denuncia, empleado por Germán Correa, permite visualizar con una claridad, ausente en otros documentos, lo que hacia 1980 todos en la izquierda sabían en relación a las implicancias que tendría un acuerdo con la Democracia Cristiana: que para que ello llegase a ocurrir, dada la debilidad de la izquierda en comparación con la Democracia Cristiana, habría de ser la primera quien tendría que realizar las mayores concesiones en términos de su proyecto político.

Los parámetros de esta relación se venían estableciendo desde mediados de los setenta en el marco de la relación de pequeños grupos, de pequeños encuentros o seminarios propiciados por la Iglesia Católica, y de relaciones personales, en especial en el ámbito intelectual, dada la particular desintegración que vivían los partidos de izquierda. Ángel Flisfisch da cuenta de uno de aquellos encuentros, nada menos que con Edgardo Böeninger, militante demócratacristiano, considerado muchas veces como el ideólogo y artífice de la transición a la democracia: "...este otro cura jesuita Gaete, que organizó un curso sobre filosofía, clandestino...pero donde fueron demócratacristianos, Sergio Molina me acuerdo...esto debe haber sido hacia el 76, y en el fondo era - Marx no se podía tocar - de Descartes, la época moderna, y donde ciertamente Hegel, Hegel, Hegel y terminamos en algo de Habermas, que fue la primera vez que escuché hablar de Habermas. Y a raíz de eso, este otro jesuita Zañartu, pidió ensayos a diversas personas y que se juntaron en un libro amarillo. Era un conjunto de ensayos, no referidos a un diagnóstico del pasado, sino que referidos centralmente a lo que viene. Y le pidió Zañartu a Enzo Faletto que escribiera un ensayito para el libro, y Faletto nos propuso a la Julieta Kirkwood y a mí, y creo que estuvo Rodrigo (Baño) también...muy poco tiempo después de eso, y a raíz de ese libro, Böeninger invitó a su casa una noche a 4 ó 5 personas, entre ellas a Faletto y a mí...esto es ya el 77. Y ahí Böeninger dijo

---

<sup>60</sup> "Acta de la segunda sesión del Seminario de la Convergencia Socialista", páginas 7-8; Santiago, Mayo de 1980. Documento sin publicar - hasta donde tengo conocimiento - entregado por Enzo Faletto.

que este ensayo le había llamado realmente la atención, porque había allí algo que era distinto...Fue bastante tenso, pero este tipo dijo: "aquí yo observo algo que es distinto, efectivamente si es que hay progresos, ideas en este sentido...podemos comenzar un proceso de algo de convergencia". Ese fue como un hito. Esa historia comenzó a reproducirse después..."<sup>61</sup>. En las palabras de Böeninger que Ángel Flisfisch recuerda, se evidencia claramente el carácter de la relación que comenzaba a vislumbrarse, esto es, el partido Demócrata Cristiano estableciendo desde un principio la exigencia de un cambio por parte de un sector de la izquierda, de modo de posibilitar la convergencia. Es decir, el cambio en términos teóricos y de proyecto político como imperativo para una alianza que cada vez más sería considerada como un imperativo para salir de la dictadura, ante el diagnóstico que señalaba que la izquierda por sí sola no contaba con la fuerza necesaria para derrocar al régimen u obligar a éste a ceder el poder.

Entre las exigencias más importantes y decisivas que plantearía durante todo el período la Democracia Cristiana, se encontraba el aislamiento político del Partido Comunista, lo cual acentuaría el quiebre con la ortodoxia marxista leninista por parte de las fuerzas de izquierda que asumirían el camino de la renovación. Augusto Varas, sociólogo y destacada figura intelectual, en esos años, del MAPU-OC, recuerda las dificultades de la alianza con el PC y las palabras que, en ese sentido, expresara Andrés Zaldívar, destacado dirigente demócratacristiano, en 1983: "... (Zaldívar)"mira, si a mí no me importa que se sienta el PC aquí y que coordinemos acciones, pero yo no voy a firmar ningún documento con ellos", o sea, el problema era la Democracia Cristiana con una posición absolutamente radical, a fondo anticomunista que tiene explicaciones históricas, políticas de larga data y, finalmente, sus bases son muy anticomunistas...Era entonces, imposible una Concertación más el PC o una Unidad Popular más la Democracia Cristiana. Algo tenía que pasar y el hilo se cortó por lo más delgado, se cortó por el lado del PC. Además el PC haciendo todo lo posible para que eso sucediera, porque todas las tendencias renovadoras al interior del PC fueron purgadas, sacadas, liquidadas, mandadas al exilio, bueno hasta el día de hoy. Entonces, el PC de alguna manera se cavó su propia tumba, si el PC hubiera reaccionado de una manera distinta, hubiera entrado al proceso de renovación, con una línea eurocomunista, hubiera sido totalmente distinto el cuento. Habría sido absolutamente distinto"<sup>62</sup>.

Esta demanda de la DC coincidiría con el distanciamiento y conflicto que se había establecido en la década de los setenta entre los partidos comunistas y socialdemócratas de

---

<sup>61</sup> Entrevista del autor a Ángel Flisfisch, realizada el 15 de octubre de 2001.

<sup>62</sup> Entrevista del autor a Augusto Varas, realizada el 21 de enero de 2003.

Europa occidental con los partidos comunistas de la órbita soviética. Aunque trataremos el contexto internacional más adelante, es importante señalar que, si la alianza de los partidos de izquierda con la DC implicaba, por determinación de esta última, que éstos tomaran distancia del Partido Comunista, ello también implicaba que ellos tomaban una posición en el conflicto internacional que vivía la izquierda, alineándose con los partidos comunistas y socialdemócratas de Europa occidental, quienes se encontraban en un profundo proceso de revisión teórica, de cuestionamiento del marxismo y de crítica a las experiencias socialistas del bloque oriental. De este modo, la articulación de las nuevas alianzas no sólo incentivaba la introducción de posturas renovadas, sino que profundizaba la brecha que separaba a estas posturas de la ortodoxia marxista leninista, creando las condiciones propicias para la ruptura absoluta.

Dentro de aquel mismo contexto internacional, la perspectiva de una alianza con la Democracia Cristiana se tornaría aún más plausible o aceptable para la izquierda a partir de las reflexiones que Enrico Berlinguer, máximo dirigente del Partido Comunista Italiano durante la década de los setenta, había hecho a fines de 1973 a propósito del golpe de Estado que había ocurrido en Chile. En tres artículos<sup>63</sup> que se publicaron en *Rinascita*, la revista teórica del partido, Berlinguer plantearía su famosa tesis del compromiso histórico, en que abogaba por la alianza entre la izquierda, representada por comunistas y socialistas, donde los primeros eran la fuerza electoral mayoritaria, con la Democracia Cristiana, representante de, o al menos una parte de ella, del cristianismo popular. Para Berlinguer, sólo la unidad de estas fuerzas políticas podía poner fin a la crisis social que atravesaba Italia durante los setenta, darle estabilidad política al país y evitar la posibilidad de un golpe de Estado, como había ocurrido en Chile. La tesis del compromiso histórico apuntaba a que, para gobernar - o hegemonizar - en sociedades complejas, no bastaba con la mayoría electoral, sino que se requería una acumulación de fuerzas mucho mayor que, en el caso de Italia, sólo podía conseguirse a través de la alianza con el mundo del cristianismo popular, es decir, con la Democracia Cristiana. Se planteaba así como una alianza de largo plazo y no coyuntural, de lo cual da cuenta la insistencia que Berlinguer realizaba al respecto hacia 1979, enfatizando la necesidad de un compromiso "que constituya la avanzada del socialismo en libertad y democracia, no solamente una alianza política y social de las fuerzas motrices del proceso revolucionario, sino también que sean definidos con claridad los términos del compromiso que el bloque social renovador ofrece a los otros componentes de la sociedad para conseguir

---

<sup>63</sup> "Reflexiones en Italia", "Después de los hechos de Chile", "Después del golpe".

su aprobación o, al menos, su neutralidad" [en definitiva] "la elección de un nuevo modelo de desarrollo económico debe lograrse en el conjunto de los grandes partidos de masas, que deben operar solidariamente sobre esta hipótesis política"<sup>64</sup>.

Aunque dicha alianza jamás prosperaría en Italia, ella daría un "paraguas" teórico y político para aquellos sectores de la izquierda en Chile que, en lo que fue un proceso gradual de varios años, postulaban la alianza con la Democracia Cristiana en términos un tanto más amplios que los planteados por el Partido Comunista chileno a través de su propuesta del Frente Antifascista. Éste buscaba reunir a todas las fuerzas de la oposición bajo el objetivo común de la derrota de la dictadura, pero no se planteaba la posibilidad de compartir con todas ellas un proyecto de sociedad. Tampoco lo hacían en un principio, es justo decir, los demás partidos de izquierda, pero sí estaba ya, como hemos visto, en las ideas de varios de los intelectuales de la renovación y de algunos dirigentes partidarios. Lo importante de señalar es que la tesis del compromiso histórico, además de la enorme influencia del eurocomunismo que veré más adelante, puso sobre la mesa, en el contexto internacional, una alianza que pocos años antes se vislumbraba, cuando no imposible, bajo extremas dificultades.

Sin embargo, por último, no debe extraerse la conclusión de indicar a la futura Concertación de Partidos por la Democracia como la concreción de la política del compromiso histórico, como bien lo hace ver Augusto Varas: "Yo digo que esa visión del compromiso histórico estaba detrás de quienes queríamos un frente antifascista con la DC y no estaba entre quienes querían una concertación sin el PC, porque había una toma de posición previa distinta a la del compromiso histórico, distinta al eurocomunismo, y una política muy ligada al Vaticano y muy ligada a los Estados Unidos, a los sectores conservadores americanos, y es esa la facción que triunfa en la renovación."<sup>65</sup>.

---

<sup>64</sup> Diario El País de España, edición del 24 de agosto de 1979. Disponible en: [http://www.elpais.com/articulo/internacional/BERLINGUER/\\_ENRICO/ITALIA/PARTIDO\\_COMUNISTA\\_ITALIANO/\\_PCI/Berlinguer/replantea/tema/compromiso/historico/Italia/elpepiint/19790824elpepiint\\_10/Te](http://www.elpais.com/articulo/internacional/BERLINGUER/_ENRICO/ITALIA/PARTIDO_COMUNISTA_ITALIANO/_PCI/Berlinguer/replantea/tema/compromiso/historico/Italia/elpepiint/19790824elpepiint_10/Te)

<sup>65</sup> Entrevista a Varas, óp. cit.

#### ***IV. El debilitamiento del partido como medio de control discursivo, y el intelectual como sujeto político privilegiado***

Antes de continuar avanzando, cabe preguntarse respecto a las condiciones de posibilidad que permitieron que tales tempranas críticas de los intelectuales a la Unidad Popular y a las estrategias que predominaban en las principales líneas políticas de la izquierda, llegaran a hacerse paso. Condiciones de posibilidad que, a la postre, permitieron que se produjera la fuga desde el marxismo hacia otros terrenos teóricos.

Entre las direcciones políticas de los partidos que en ese tiempo aún formaban parte de la Unidad Popular como coalición, los primeros indicios de renovación no eran bien recibidos, aunque también escasamente atendidos dada la urgencia de las tareas que imponía la sobrevivencia. Sobre lo que ocurría entre 1974 y 1975, Tomás Moulián señala: "Pero ya mis análisis me habían llevado a distanciarme de la política del partido con respecto a la Unidad Popular y los análisis que la Unidad Popular hacía sobre las razones de la derrota, y yo empiezo entonces a elaborar un pensamiento que, junto con el de Manuel Antonio Garretón... empieza a ser los primeros indicios de la renovación y que se expresan en una revista que sacamos entre el año setenta y cuatro y setenta y cinco que se llama "Umbral", y que sufre las sanciones de la dirección del MAPU Gazmuri...por tener un artículo de crítica a unas declaraciones que hace Álvaro Cunhal, Secretario General del Partido Comunista portugués a propósito de tomarse el poder con los tanques"<sup>66</sup>.

A pesar de este rechazo, los intelectuales siguieron adelante con sus críticas y nuevos planteamientos, de una manera que difícilmente habría ocurrido durante la Unidad Popular. Lo que permitió que esto ocurriera y que se fuera profundizando en los años venideros, fue precisamente la brutal embestida de la dictadura a los partidos políticos de izquierda. Éstos constituían un eslabón de fundamental importancia en el circuito de circulación del paradigma marxista, y a su vez, en su conjunto constituían un sistema de fronteras discursivas claramente delimitadas, en cuyo espacio circulaba y se reproducía un determinado paradigma teórico, siempre bajo el férreo control del partido: [durante la UP] "...los intelectuales no tuvimos ninguna función crítica, nosotros éramos militantes y hacíamos lo que nos ordenaba el partido..."<sup>67</sup>. Dichas fronteras por lo tanto, contribuían, o más bien cumplían la función de impedir la disolución o fuga teórica.

---

<sup>66</sup> Entrevista a Moulián, óp. cit.

<sup>67</sup> *Ibíd.*

En ese sentido, el paradigma marxista cumple la particularidad de establecer su sistema de fronteras a partir de los límites claramente establecidos por el partido, subordinando, entre otros espacios, al ámbito académico ocupado por la comunidad científica: "El partido es el sujeto teórico que hace circular y asegura la validación del saber. En ese esquema las categorías de verdad, de ortodoxia o de clasicismo son definidas por el partido, no por la comunidad de científicos"<sup>68</sup>. Como vemos, este sistema de fronteras que abarca tanto a la comunidad científica como a los partidos, no lo hace más flexible en términos discursivos, o más fácil de ser refutado. Por el contrario, construye un armazón de control, o refuerza los procedimientos de control interno del discurso<sup>69</sup>, de modo tal que se constituye una rigidez teórica, donde se reproducen los límites, en lo que se podría llamar una ortodoxia, y se condena todo aquello que cae fuera de ellos, es decir, lo heterodoxo. El carácter dogmático de la teoría y la pretensión de científicidad del paradigma marxista en toda la tradición previa al proceso de renovación socialista constituye, de esta manera, un sistema de exclusión, en términos foucaultianos, en tanto sanciona con respecto a la verdad o la falsedad de las producciones teóricas. En esta dinámica, el partido jugaba un papel clave: "El papel más importante del partido se refiere a la validez o fundamento de verdad de las producciones"<sup>70</sup>.

De esta manera, cuando los partidos son casi destruidos por la dictadura, y por lo mismo, sus fronteras y sistema de límites discursivos debilitados, las posibilidades de una fuga teórica están dadas. Al perder relevancia los partidos en la acción política y en la producción y circulación simbólica, pierden también con ellos relevancia los procedimientos de control del discurso. El poder del discurso, o de control del discurso, sobre los militantes, se hace más débil, y estos a su vez, cobran mayor autonomía. Las categorías de ortodoxia y de heterodoxia dejan de tener todo el poder sancionador que otorgaba la institución del partido. Al abrirse o hacerse más débiles las fronteras, se abrían así las puertas para la crítica no sólo del período de la Unidad Popular, sino de las estrategias clásicas de la izquierda, de los actores que se privilegiaban desde el marxismo y, más adelante, de la mayor parte de sus premisas.

Por ende, las circunstancias propiciadas por el golpe significaron una recuperación del rol del intelectual: "...empecé a escribir inmediatamente después del golpe, en la noche lo escondía en el techo de la casa, y fue como recuperar el oficio de intelectual, el oficio de

---

<sup>68</sup> Tomás Moulián, "El marxismo en Chile: producción y utilización", página 131; en: José Joaquín Brunner, Martín Hopenhayn, Tomás Moulián, Ludolfo Paramio, "Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile"; FLACSO, Chile, 1993.

<sup>69</sup> Ver, Michel Foucault, "El Orden del Discurso"; Tusquets, Barcelona, 1999. En especial la referencia a los procedimientos de control interno del discurso: el comentario, el autor y las disciplinas.

<sup>70</sup> Moulián, "El marxismo en Chile...", óp. cit., página 130.

pensar, porque nosotros habíamos vivido la militancia como obreros de la causa, quien pensaba era la dirección, era el partido en su conjunto el que pensaba, y me puse entonces a escribir historias."<sup>71</sup>

Es más, se podría decir que en estas circunstancias el rol político que jugarán los intelectuales, especialmente los científicos sociales desde centros académicos como FLACSO, será decisivo para todo el proceso de renovación socialista al que sólo con posterioridad entrarán las orgánicas partidarias. También su papel será relevante en términos de los vínculos que establecerán con el exterior, aunque este aspecto lo analizaremos más adelante. Lo que es importante destacar es que, en estos primeros años de escasa presencia partidaria - aspecto que durará hasta el año 1983 - los intelectuales ven modificada su posición en dos aspectos. El primero, en términos de su posición relativa en el espacio social, que también veremos más adelante; y el segundo, en términos de su constitución como sujeto político privilegiado en el ámbito de la oposición a la dictadura, producto del vacío dejado por los partidos políticos, tal como señalaba hacia 1985 Rodrigo Baño: "...como ya se ha señalado, el sector intelectual tiene durante mucho tiempo una situación de privilegio como sujeto político. Las condiciones de la represión y atomización social afectaron mucho más a las orgánicas partidarias y a las organizaciones sociales populares que a este sector intelectual. Dicho de otra manera, las condiciones del régimen autoritario permiten que el sujeto político opositor que se constituye sea precisamente el intelectual. De ahí que sea de mucha importancia tener presente lo que en ese sector sucede"<sup>72</sup>.

En este sentido, si bien el vuelco que se produjo en el marxismo hacia las teorías gramscianas se debe en gran medida a los intentos de desembarazarse del leninismo, también se debió a la importancia que entregaban los postulados gramscianos a los intelectuales orgánicos, y al papel que jugaban al interior de los procesos políticos, como bien lo señala Baño a propósito del tema de la hegemonía: "Este último tema, el de la hegemonía, es quizás, el más difundido. Particularmente entre la intelectualidad de izquierda, que ve notablemente mejorada su posición por la importancia atribuida al "intelectual orgánico"."<sup>73</sup>. Es así como llegamos a un escenario donde, frente a la dictadura, en especial en su primera década, los intelectuales asumen un papel rector y dirigente en la oposición, en términos de sancionar estrategias de acción y producir o desahuciar los discursos que habrían de circular para tales

---

<sup>71</sup> Entrevista a Moulián, óp. cit.

<sup>72</sup> Rodrigo Baño A., "Lo social y lo político, un dilema clave del movimiento popular", pág. 118; FLACSO, Marzo de 1985, Chile.

<sup>73</sup> *Ibíd.*, pág. 117.

propósitos. Así comienza un proceso de transformación teórica, el cual se debe primeramente a este papel que asumen los intelectuales, los cuales dejarán plasmados sobre las producciones teóricas y sobre las estrategias de la oposición su impronta y sus propios intereses que se encontraban en disputa en medio de la batalla.

La importancia que adquirieron los intelectuales, tanto en Chile como en el exilio, radica también en el hecho de que sirvieron de correa de transmisión hacia el debate político de la élite chilena, de las discusiones internacionales en torno a la crítica del marxismo y al análisis que se hacía en el mundo sobre las transformaciones estructurales en marcha, todas las cuales planteaban fuertes embestidas a la capacidad de la teoría marxista para comprender nuevos fenómenos de la realidad y a las sociedades de ese momento.

## ***V. El golpe de Estado, la dictadura y la articulación en torno a la democracia***

Es imposible considerar que un acontecimiento como el golpe de Estado de 1973, con sus terribles implicancias, especialmente para las organizaciones sociales y políticas vinculadas a la izquierda, no tuviera consecuencias en todos los planos de la vida nacional, incluido aquel de las ideas, de las teorías y de las metas políticas. El cataclismo que significó el golpe y la represión posterior tuvieron la capacidad de remecer en muchos sus profundas convicciones o más bien, dejarlas en suspenso, mientras la idea de que había que pensar de nuevo iba tomando fuerza a medida que se interiorizaba que, dado el desenlace de las cosas, algo debía estar mal con el paradigma. Ángel Flisfisch describe aquel momento fundamentalmente como anomia: "...ese tipo de historias te dejan en la anomia, sin patrones de comportamiento, sin orientación, salvo las urgencias inmediatas"<sup>74</sup>. Es posible concebir que este remezón actuó en muchos intelectuales y dirigentes políticos de la época como una condición de posibilidad, en tanto creó las condiciones propicias para que más adelante llegaran a anidar otras ideas.

Entre las actitudes psicológicas que emergieron en torno a aquel remezón, se encuentran el sentimiento de responsabilidad y, en cierto modo, de culpa por la conducción política que se había hecho del país durante la Unidad Popular y que había desembocado en el golpe. El espectro de críticas y autocríticas fue variado, pero en todos ellos se fue instalando la idea de que de aquí en más se debía ser "políticamente responsable", entendiendo por ello la moderación política y el ajuste de la estructura de ideales a las fronteras de lo posible de acuerdo al designio del sistema político, es decir, el pragmatismo. Por supuesto, esto no ocurriría de la noche a la mañana, sino que se iría instalando como idea-fuerza o discurso ético durante todo el período de lucha contra la dictadura y el período de la transición. Acudiendo a antiguas denominaciones, se podría hablar de una especie de triunfo de la "ética de la responsabilidad" por sobre la "ética de la convicción".

Ante la pregunta sobre por qué se quedaron en Chile después del golpe de Estado, lo reseñado en el párrafo anterior es señalado explícitamente por Ángel Flisfisch y Augusto Varas: "Porque estaba comprometido con lo que había sucedido, me sentía, por una parte responsable y por otra parte sentía que no me la iban a ganar, era una batalla, era una lucha, era una guerra que había que ganar tarde o temprano."<sup>75</sup>; "...además había como una deuda, y

---

<sup>74</sup> Entrevista a Flisfisch, óp. cit.

<sup>75</sup> Entrevista a Varas, óp. cit.

eso sí que es verdad, había una deuda que saldar. Después, en la reflexión posterior al 73, siempre me sentí...tuve un sentimiento de culpabilidad, pese a que realmente protagonismo no había tenido ninguno. Sentimiento de culpabilidad, y además ese sentimiento de que intelectualmente había que ser responsable, uno no podía volver a repetir lo de antes: esta historia absolutamente lúdica, fría, en que las ideas simplemente son historias que tú manejas intelectualmente, articulas unas con otras, y buscas una manera, en lo posible, más brillante de exponerlas, que la retórica es muy importante. Bueno, hubo una actitud bien autocrítica con respecto a eso. Y es mi convicción hasta hoy, de que hay una responsabilidad intelectual, hay una responsabilidad académica, que va más allá de respetar las reglas del juego, y que tiene que ver con los contenidos que investiga."<sup>76</sup> Eugenio Tironi desliza una autocrítica similar, pero esta vez referida a la visión que tuvo el 11 de septiembre sobre lo que había ocurrido con la Unidad Popular: "Yo ese día, mi primera reacción no fue 'qué injusta es la vida con nosotros', sino 'qué cantidad de huevás hicimos y cuán culpables somos nosotros'..."<sup>77</sup>

Fue esta actitud la que llevó a muchos líderes y figuras intelectuales de la izquierda a aceptar años más adelante sin mayores contradicciones el concepto de gobernabilidad, el cual había nacido de la ciencia política estadounidense con evidentes tintes neoconservadores. Lo que en cualquier otro momento habría sido considerado contradictorio con la idea de transformación estructural a través de la agitación de masas, propia del ideario socialista, para una generación que había asumido la hipermovilización social como uno de los factores que habían conducido al trágico desenlace, la gobernabilidad no sólo no parecería un concepto ajeno, sino del todo adecuado como principio a respetar en el proceso de recuperación democrática.

Pero volvamos atrás. Desde esta anomia generada por el impacto del golpe de Estado, la lucha política se reconduce hacia la lucha contra la dictadura: "Mirado más retrospectivamente la sensación general era aquí el mundo se acabó, aquí nos cagaron la vida. Esto es el luto completo, ya la vida no tiene sentido. Y por otro lado, dialécticamente, he aquí el nuevo sentido de la vida: la lucha contra la dictadura. Ahora cambia lo que ha sido mi vida, y este es el sentido de mi vida, porque mi vida es esto, para decirlo en términos más pretensivos: la lucha entre el cielo y el infierno, el cielo lo represento yo, y el infierno lo representa Pinochet."<sup>78</sup> En aquel nuevo sentido que cobra la lucha política, donde la dictadura y sus métodos ocupan un lugar central, por este mismo motivo, se producirá en el ámbito de la

---

<sup>76</sup> Entrevista a Flisfisch, óp. cit.

<sup>77</sup> Entrevista del autor a Eugenio Tironi realizada el 27 de febrero de 2003, página 3.

<sup>78</sup> Entrevista a Garretón, óp. cit.

izquierda una revalorización de la democracia y de los derechos humanos, marcando así el principal conflicto o contradicción en dictadura, aquel entre democracia y autoritarismo<sup>79</sup>. Evidentemente, ello obligará a ajustar cuentas con aquellos aspectos, para nada insignificantes, del pensamiento de la izquierda en esos momentos que entraban en conflicto con una valoración sustantiva, y ya no meramente instrumental, de la democracia, así como de la noción de derechos humanos universales, provenientes de la tradición liberal y que en ese momento formaban parte del discurso crítico que enarbolaba el occidente capitalista contra la Unión Soviética y las experiencias socialistas en diversas latitudes: "...después de muchos años la izquierda aceptó el concepto de derechos humanos, la palabra derechos humanos era una mala palabra para la izquierda, era la ofensiva de Carter contra la Unión Soviética, era guerra fría."<sup>80</sup>. Cabe señalar que para la tradición marxista, los DD.HH. universales pregonados por el liberalismo no eran más que los derechos del miembro de la sociedad burguesa que, como individuo egoísta, concibe la libertad de manera aislada de los demás hombres y, en el caso del derecho de propiedad, busca el goce del patrimonio sin considerar a los demás hombres<sup>81</sup>.

En otras palabras, se trataba de un concepto extraño que, para ser asimilado, debía producirse un reacomodo del andamiaje teórico. Para algunos, ello se habría logrado con éxito en la argumentación específicamente socialista que postula la preferencia por la democracia como forma de organización política. Para otros, como Eugenio Tironi, el marxismo y los derechos humanos resultaban sencillamente incompatibles: "...la cuestión de que hay valores pre sociales y pre políticos, que tienen que ser...defendidos en cualquier circunstancia...yo creo, es la influencia de la Iglesia sobre la izquierda marxista, que en cierto modo la destruyeron, en buena hora. Piensa tú que la gran mayoría de los viejos cuadros de izquierda, uno asume el discurso de los derechos humanos en el 73, 74, 75, y eso es una trastocación completa de lo que era su ortodoxia. Al principio creo que la gente trató de, había una suerte de esquizofrenia, pero al final del día terminó imponiéndose el desafío de los derechos humanos...no es compatible la dictadura del proletariado, la lucha del proletariado, con los derechos humanos como valor esencial"<sup>82</sup>. Más allá de las discrepancias o acuerdos que se puedan albergar respecto a lo planteado por Tironi, lo importante es señalar las dificultades

---

<sup>79</sup> Para Rodrigo Baño, los conflictos centrales durante la dictadura son: 1° Democracia v/s Autoritarismo 2° Diversos sectores en el poder y 3° Entre proyectos socioeconómicos. Ver: Rodrigo Baño, "De Augustus a Patricios, la última (do)cena política", pág. 123; Editorial Amerinda, Abril 1992, Santiago, Chile.

<sup>80</sup> Entrevista a Varas, óp. cit.

<sup>81</sup> Marx, Karl, *Sobre la cuestión judía*, p.23; en: <http://www.hojaderuta.org/imagenes/lacuestionjudiamarx.pdf>

<sup>82</sup> Entrevista a Tironi, óp. cit.

que supuso para el paradigma marxista imperante, la arremetida, por razones obvias, de la argumentación sobre la existencia de derechos humanos universales.

### ***V.1. Democracia y Socialismo***

Se podría afirmar que la tematización más importante, o el producto intelectual más importante de la renovación socialista, fue la imbricación teórica entre democracia y socialismo que, sin embargo, dado el giro hacia la consolidación del capitalismo neoliberal que tomó el proceso político chileno, yace hoy en el más absoluto olvido.

La necesaria y evidente articulación en torno a la meta de la democracia en la que entró la oposición a la dictadura, demandó una ardua tarea en el plano teórico por parte de los intelectuales de izquierda que iniciaban el proceso de renovación socialista, todos quienes habían formado parte de partidos que en su definición doctrinaria se declaraban marxista-leninistas. En este sentido, para Moulián "La elaboración de una teoría democrática del socialismo desde dentro del marxismo requería «arreglar cuentas» con el marxismo leninismo, especialmente con la noción de dictadura del proletariado y con cualquier resabio que pudiera justificar la necesidad de un régimen despótico. Realizar esa operación era indispensable para dotarse de «armas ideológicas» en la crítica contra el régimen militar"<sup>83</sup>. De este modo, el leninismo fue el blanco predilecto y temprano de los intelectuales, esto es, de los científicos sociales, cuyo objetivo teórico y político inicial consistió en imbricar las metas políticas de la democracia y el socialismo al interior de las fronteras del paradigma marxista. Es por este motivo, además de aquel señalado en relación a la posición de los intelectuales, que la lectura de Gramsci cobró tanta importancia, pues la reflexión sobre la democracia exigía reclamar una cierta autonomía de los fenómenos de la política respecto a las relaciones de producción, lo cual era posible a través de Gramsci sin perder la pertenencia al marxismo. A partir de la noción de hegemonía de éste, era posible sacudirse de los esquemas simplistas y mecanicistas de relación entre las estructuras económicas y las superestructuras ideológicas, al menos de modo suficiente como para dar cuenta de las estructuras políticas como algo más que un epifenómeno del modo de producción imperante.

De este modo, como ya dijimos, la experiencia de la dictadura producirá una revalorización de la democracia y los derechos humanos, y con ello, el descrédito de todo lo autoritario, de todo lo despótico, como bien lo señala Brunner: "...tan pronto como vivimos en

---

<sup>83</sup> Moulián, "El marxismo en Chile...", óp. cit., página 151.

carne propia una dictadura, nos dimos cuenta de que en realidad una dictadura del proletariado pertenecía al mismo género. Tu podías hacer una serie de disquisiciones teóricas para demostrar por qué la dictadura del proletariado finalmente era mejor y por qué matar en nombre de la dictadura del proletariado era distinto que matar en nombre del fascismo o del neoliberalismo o de lo que se quisiera; pero en realidad las dos eran dictaduras y las dos eran absolutamente contrarias a los derechos humanos, entonces la revalorización de la democracia y de los derechos humanos lleva obviamente a una ruptura radical con las concepciones leninistas del Estado, de la dictadura del proletariado y de la revolución concebida como un momento revolucionario presidido por el partido único"<sup>84</sup>. Ahora bien, este quiebre con el leninismo y la dictadura del proletariado en el plano teórico, suponía también una crítica a los regímenes socialistas que se inspiraban en dichas ideas y que constituían en los hechos regímenes políticos autoritarios. En ello jugarían un papel clave los miembros de la élite político-intelectual de la izquierda que tuvieron la oportunidad de vivir el exilio, total o parcialmente, en los países socialistas del bloque oriental. Jorge Arrate se refiere en estos términos a su experiencia de dos años en la República Democrática Alemana: "...yo quedé con la sensación de que era una dictadura, o sea, no la sensación, la convicción de que era una dictadura, que no se avenía con mi concepción de socialismo. Había varios partidos, pero eran puros partidos monigotes los otros, habían varios diarios, pero eran puros diarios monigotes...[también] tenía méritos, o sea, la RDA era un país igualitario, nadie se moría de hambre, pero era una dictadura de Estado policial...y eso impactó mucho a los chilenos, no sólo a mí, sino que impactó a todos los que tuvieron la experiencia en Rumania, la RDA, en la Unión Soviética, en general todos los países socialistas, con la excepción de Yugoslavia"<sup>85</sup>. Carlos Altamirano, por otro lado, quien en 1979<sup>86</sup>, junto a Jorge Arrate, lideraría la facción del Partido Socialista que adoptaría en su seno el proceso en curso de la renovación socialista, se referiría en los mismos términos a sus cuatro años en la RDA: "...yo tenía una visión muy clara de las debilidades y enormes vicios que existían en estos regímenes llamados socialismos reales, porque mal que mal, yo y otros amigos dirigentes del partido, estábamos instalados en el país, que era Alemania Democrática...más desarrollado del mundo comunista...Así que a pesar de mi experiencia de vivir en el país más desarrollado del campo socialista real, del

---

<sup>84</sup> Entrevista del autor a José Joaquín Brunner, realizada el 22 de enero de 2003.

<sup>85</sup> Entrevista del autor a Jorge Arrate, realizada el 26 de diciembre de 2002.

<sup>86</sup> En 1979 el Partido Socialista de Chile vivió una división orgánica entre dos facciones, una liderada por Carlos Altamirano, con un mayor arraigo en los cuadros en el exilio, y la otra liderada por Clodomiro Almeyda, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Salvador Allende, con un mayor arraigo en las bases militantes en Chile y que mantendría su adscripción al marxismo-leninismo y una cercanía en términos ideológicos y de alianza con el Partido Comunista.

mundo comunista, veíamos demasiadas imperfecciones, no podíamos aceptar un régimen de fiscalización total...Así que todo eso nos llevó a pensar que las sociedades que habían instalado el llamado régimen o sistema del socialismo real estaban destinadas al fracaso y al desplome, lo que ocurrió 10 años después de lo que nosotros nos habíamos adelantado en pensar<sup>87</sup>.

Producida la desvalorización de todo lo represivo, ya sea en dictaduras capitalistas o socialistas, el binomio democracia-socialismo, en el que se rescatan los elementos del ideario democrático liberal bajo la perspectiva de profundizarlos a través del socialismo, quedará establecida como principal idea política de los intelectuales de la renovación socialista y luego, a propósito de la división del Partido Socialista en 1979, como el proyecto político de los cuatro partidos que iniciarían un proceso de convergencia (ver nota 1), diferenciándose abierta y explícitamente del proyecto político, ligado al marxismo-leninismo, del Partido Comunista y de la facción más ortodoxa del Partido Socialista: "...a partir del año 79, podemos decir que la renovación se partidiza, se politiza por la división del Partido Socialista el año 79, y cuando esto ocurre...ya empieza una cierta campaña, sobre todo después de Chantilly, unos ataques que salen en el boletín exterior del Partido Comunista...y después esto ya pasa a mayores y ya la crítica la hace Orlando Millas...y después ya esto aparece en la revista Araucaria, bajo la pluma de Jorge Insunza, que se dedican a atacar a Tironi y a mí, como si fuésemos la misma cosa...entonces ya esta renovación operaba, podemos decir, con estrategia comunicacional, con estrategia de hegemonía cultural, y gana la lucha interna dentro del MAPU...una batalla declarada contra el sector leninista, gana, amplía sus fuerzas, Brunner gira para el lado de la renovación y aparece el Brunner gramsciano que se manifiesta sobre todo en su libro "La cultura autoritaria" y en artículos que escribe por ahí. Entonces, aumenta la resonancia de esta renovación, pero al mismo tiempo la renovación se politiza, ya deja de ser el juguete de los intelectuales, podemos decir, porque Núñez, que creo fue el primer secretario general que viene al país de la corriente renovadora, empieza a operar políticamente, digamos, entonces el partido de la renovación es el Partido Socialista, y esto le proporciona como era lógicamente un interlocutor de izquierda más potente que el MAPU Gazmuri, que había sido hasta el momento su interlocutor preferido"<sup>88</sup>.

En este contexto, la referencia al socialismo no pierde fuerza, aunque sí se realiza una crítica a la homologación que se hacía en los países socialistas entre socialización y estatización de los medios de producción, señalando además que la socialización de los medios de producción "no existía mientras no hubiese una democracia política de la base,

---

<sup>87</sup> Entrevista del autor a Carlos Altamirano, realizada el 2 de diciembre de 2002.

<sup>88</sup> Entrevista a Moulián, óp. cit.

donde no existiera verdadera gestión de los productores de las unidades económicas"<sup>89</sup>. En una entrevista de la revista Chile-América en 1979, Jorge Arrate daba cuenta de la centralidad que aún revestía la meta política del socialismo, pero sí ya de su imbricación con la democracia: "...sólo una fórmula social y política que apunte en la dirección del socialismo podrá entregar estabilidad al país e iniciar la superación definitiva de los principales problemas nacionales. Por condicionantes estructurales el problema central de Chile es superar el capitalismo. En el momento actual dicho problema tiene una expresión manifiesta en el antagonismo despotismo-democracia, pero la solución de éste mediante una fórmula política que restablezca la democracia no agota nuestra compleja problemática. Nuestra propuesta al pueblo de Chile, generada y discutida por él, debe necesariamente abordar el problema de la democracia y del socialismo"<sup>90</sup>.

Por su parte, Ángel Flisfisch intentaría entregar argumentos específicamente socialistas, es decir, que no pudieran ser rescatados desde otras vertientes políticas, para señalar a la democracia como el régimen político deseable tanto en contextos capitalistas como socialistas. El esfuerzo teórico apunta a demostrar que no es necesario claudicar de las premisas marxistas o reconocer como superiores otras tradiciones teóricas, como el liberalismo, para argumentar a favor de una valoración sustantiva del régimen democrático. En este sentido, va a señalar que, desde la tradición ilustrada, la democracia apunta a la emancipación de las formas de dominación política y culturales que cancelan o pervierten la expansión de los ámbitos de autonomía personal, indicando que "para el socialismo la carencia de autonomía personal se relaciona no sólo con esa dimensión autoritaria, sino también con una dimensión material o económica"<sup>91</sup>. Por lo tanto, "Una justificación específicamente socialista de la democracia como buen orden político tiene que apelar a argumentos referidos a esa dimensión material del proceso de emancipación humana...En estas notas, se avanza la idea que hay por lo menos cuatro aspectos vinculados a esa dimensión material, que hacen de la democracia un orden político deseable:

---

<sup>89</sup> *Ibíd.*, página 14.

<sup>90</sup> "La crisis del socialismo chileno", entrevista realizada por el periodista Fernando Murillo en la revista Chile-América, números 54-55, junio de 1979, Roma, Italia. Incluida en: Jorge Arrate, "El Socialismo Chileno: rescate y renovación", página 37; Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile, 1983, Rotterdam, Holanda.

<sup>91</sup> Ángel Flisfisch, "La preferencia democrática del socialismo"; en: Ricardo Núñez (compilador) "Socialismo: 10 años de renovación. 1979-1989: el adiós al marxismo-leninismo" Tomo II, página 227; las Ediciones del Ornitórrinco, 1991, Santiago Chile. Ver también, Ángel Flisfisch, "El socialismo y la preferencia por la democracia"; Documento de Trabajo, Programa FLACSO-Santiago de Chile, Número 307, Julio 1986.

- 1) Comparativamente, la democracia es una condición que favorece que, a través de la operación del proceso político, se eliminen modalidades de explotación clasificables como explotación de estatus.
- 2) La democracia es una condición favorable para la eliminación de explotación socialmente innecesaria que acaece en la distribución de ingreso determinada por el tipo de relaciones de producción.
- 3) La democracia es una condición favorable para la eliminación de explotación socialmente innecesaria que ocurre en el proceso de producción mismo.
- 4) La democracia es una condición necesaria para la eliminación de la explotación socialmente innecesaria originada por la orientación sustantiva general del proceso económico, esto es, determinada por la incapacidad de controlar la composición de la oferta global de bienes y servicios."<sup>92</sup>.

## ***V.2. Las condiciones de posibilidad del Partido Socialista y las dificultades de la renovación en el Partido Comunista***

Ahora bien, más allá de las clásicas referencias a la importancia de los intelectuales vinculados a los MAPU<sup>93</sup> para la renovación, que, por cierto, la tuvieron, es en el Partido Socialista - en la facción que en un inicio lideraría Carlos Altamirano - donde ésta logra articularse y cobrar fuerza política. En ningún caso puede asumirse esto como una derivación obvia, especialmente si es que uno se detiene a observar el panorama ideológico del Partido Socialista entre 1967 y 1973. En primer lugar, dada cierta tradición insurreccional que albergaba el Partido Socialista, será en éste donde la Revolución Cubana tendrá inicialmente su mayor apoyo y así mismo, su mayor impacto - que, por cierto, la tuvo en toda la izquierda - llevando, entre otras cosas, a desahuciar hacia 1967 la vía electoral como forma de llegar al poder, aunque ello haya sido mucho más retórica que realidad. También en 1967, en el mentado Congreso de Chillán, el Partido Socialista se definiría como partido marxista leninista, al igual que el Partido Comunista, pero situándose en posturas más ultristas, especialmente entre 1971 y 1973, período en que Carlos Altamirano asume como Secretario General. En dicho período, el partido mantendrá una tensa relación con Salvador Allende y su

---

<sup>92</sup> *Ibíd.*, página 228.

<sup>93</sup> El Partido MAPU, sigla de Movimiento de Acción Popular Unitaria, nació en 1969 como una escisión conformada por la juventud izquierdista del Partido Demócrata Cristiano. En marzo de 1973 sufriría una división orgánica, dando origen al MAPU Obrero Campesino (MAPU OC), partido de cuadros intelectuales del que provendrá la mayoría de los teóricos de la renovación socialista.

vía chilena al socialismo, al mismo tiempo que establecerá fuertes nexos con la ultraizquierda, representada por el MIR. Bajo este panorama, podría parecer que los contenidos embrionarios de la renovación guardaban una mayor relación con el que había sido el actuar del Partido Comunista que con el del Partido Socialista, pero ello es sólo un espejismo. Para comprender este fenómeno se requiere una visión de largo plazo que dé cuenta de las características históricas de cada partido, las cuales posibilitaron que en uno de ellos se articulara la renovación, y que en el otro se viera obstaculizada cualquier propuesta "revisionista".

Como ya hemos dicho, la renovación socialista debió ajustar cuentas, o dicho sin eufemismos, abandonar la herencia leninista para permitir una interpretación diferente del marxismo distanciada, entre otros aspectos, de las ideas de dictadura del proletariado y de revolución, entendida como momento de captura del poder. Ello no ocurrió sin mayores traumas para la izquierda chilena, mal que mal, una facción del Partido Socialista, aquella liderada por Clodomiro Almeyda, mantendría su adhesión al leninismo hasta avanzados los años ochenta. Sin embargo, representó un ejercicio bastante más fácil de lo que podía significar en el Partido Comunista, donde el leninismo representaba una tradición de más de 50 años, fuertemente anclada en toda la militancia a través de sus escuelas de cuadros. En el Partido Socialista era sólo uno de los tantos influjos teóricos e ideológicos que el partido había albergado desde su fundación en 1933, entre los cuales se encuentra el anarquismo, la masonería, el trotskismo, y experiencias latinoamericanas como el peronismo de Argentina o el APRA de Perú. Si bien hacia 1967 el leninismo había logrado una hegemonía, su arraigo no era ni por cerca el que tenía en el Partido Comunista.

Este complejo abanico ideológico daba cuenta de una amplitud discursiva en el Partido Socialista que se debía a las características heterogéneas de sus bases sociales, haciendo de él una alianza social en sí mismo y explicando probablemente, en parte, su alta tendencia al fraccionamiento. Ello contrastaba con la base social homogénea del Partido Comunista, constituida hacia 1973 por la clase obrera industrial y el proletariado minero<sup>94</sup>, lo cual también contribuyó a una mayor "disciplina" ideológica de este partido. También podría señalarse al respecto, la distinta organización interna de cada partido. Mientras el Partido Socialista se dividía en seccionales territoriales integrando a sectores de por sí heterogéneos,

---

<sup>94</sup> Para reseñar las diferencias en la composición social de ambos partidos, me baso en el documento "Bases sociales-Partidos políticos" del sociólogo Enzo Faletto, cuya publicación, ya sea total o parcial, desconozco. En él se resumen las conclusiones de una investigación realizada sobre los resultados de las elecciones parlamentarias de 1973 a la luz de las actividades económicas de las provincias del país.

el Partido Comunista siempre se articuló en base a células caracterizadas por su homogeneidad, en tanto reunían a los miembros del partido que tenían un mismo lugar de trabajo o de estudio<sup>95</sup>.

Con todo, producto de la existencia de referentes ideológicos diversos en la tradición del Partido Socialista, éste, al menos su militancia más ilustrada, albergará menores resistencias para la adopción de nuevos enfoques, lo cual habría operado como condición de posibilidad para la recepción de los postulados de la renovación socialista.

Entre aquellos referentes ideológicos que habían formado parte de la historia del PS, habría uno que impactaría fuertemente en el proceso de renovación: la idea de socialismo democrático preconizado por Eugenio González - destacado militante e intelectual del partido que provenía del anarquismo - en especial en el programa de 1947. A pesar de la influencia que el pensamiento de Eugenio González pudiese haber tenido en Salvador Allende, se trataba de una tradición de pensamiento en gran parte olvidada hacia 1973, tal como señala Arrate: "Entonces vive en González y vive en Allende, pero vive no sistemáticamente, por eso es que es rescate, que es desenterrarlo del cajón de la abuela, una cosa que estuvo viva, pero nadie la leía, a decir verdad."<sup>96</sup> Ricardo Núñez enfatiza también ese olvido, pero da cuenta igualmente de su importancia: "Yo diría que Eugenio González no formaba parte de las clases de historia del PS en los 60 y 70...era el gran olvidado. Y en consecuencia, obviamente que muchos nos inspiramos en ellos, y ahora todavía se nombra mucho Eugenio González, pero...estuvo 20 años olvidados, estuvo en el ostracismo ideológico. Y Eugenio González fue la única expresión que el PS tuvo en los 40 y 50 de un intento de generar una simbiosis entre democracia y socialismo. En sus escritos estaba claramente marcado eso."<sup>97</sup> A pesar de su olvido, la importancia de su existencia en la historia del partido es que permitirá asumir el giro teórico que representaba la renovación sin poner en peligro la identidad partidaria. En otras palabras, permitía sostener que el proceso de transformación ideológica no suponía una traición a los ideales del partido, sino por el contrario, un retorno a lo que habían sido sus valores fundamentales. Evidentemente, lo importante no es discutir la veracidad de dicha afirmación, que es plausible, sino dar cuenta de la eficacia, en términos de constituir hegemonía al interior del partido, de dicho discurso: "...la renovación no consiste en adulterar el socialismo chileno, como han sostenido algunos. Por el contrario, se trata de liberar al socialismo chileno de las

---

<sup>95</sup> Ver la descripción de "la sección" y "la célula" que hace Maurice Duverger en "Los partidos políticos", páginas 53-66; Fondo de Cultura Económica Ltda., Santafé de Bogotá, Colombia, 1994.

<sup>96</sup> Entrevista a Arrate, óp. cit.

<sup>97</sup> Entrevista del autor a Ricardo Núñez, realizada el 16 de enero de 2003.

ataduras dogmáticas, falsificación ineficaz de nuestra naturaleza política revolucionaria y original. Renovarse significa hoy para los socialistas recuperar el patrimonio teórico contenido en nuestra Acta de Fundación, nuestro Programa de 1947, aún vigente..."<sup>98</sup> "Muchas de las ideas renovadoras están ancladas en la historia del socialismo chileno, en los planteamientos de sus fundadores en 1933, en el ideario humanista, autónomo y auténticamente democrático contenido en el Programa de 1947 elaborado principalmente por Eugenio González, en la aspiración profundamente libertaria que caracterizó la utopía de Allende"<sup>99</sup>. Del mismo modo, sería recuperada la frase fundacional del partido que yacía olvidada hacia 1973: "El Partido acepta como método de interpretación de la realidad el Marxismo enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social"<sup>100</sup>. La referencia al marxismo como método de interpretación y no necesariamente como programa político - aunque los demás principios de la carta fundacional apuntaran en esa dirección - sería coherente con los intentos de la renovación socialista de crear nuevas estrategias políticas. Así mismo, la posibilidad de integrar nuevos enfoques al marxismo se condecía con las búsquedas teóricas en las que se habían embarcado buena parte de los intelectuales de izquierda, y con la idea, propia de la renovación, de que se puede acceder a posiciones socialistas desde fuera del marxismo, como es el caso del cristianismo revolucionario y los "laicos racionalistas", que es el nombre que se acuñó para denominar a quienes provenían del Partido Radical y su fuerte influjo masón.

Finalmente, la relación histórica de subordinación a la Unión Soviética del Partido Comunista chileno actuará como factor que imposibilitará la renovación al interior de éste, mientras que la tradición de crítica, también en parte olvidada hacia 1973, hacia el comunismo soviético por parte del Partido Socialista facilitará su distanciamiento de toda la concepción ideológica en que las experiencias socialistas ligadas a la Unión Soviética se sustentaban. Ernesto Ottone, sociólogo y militante del Partido Comunista entre 1967 y 1983, da cuenta de la concepción que reinaba en dicho partido respecto de la URSS: "Aprendimos que la URSS y los países socialistas eran, como se decía entonces, "la avanzada de la humanidad", junto a la clase obrera internacional (los partidos comunistas)...El condicionamiento ideológico era tal que mi primer viaje a Moscú, en 1969, cuando ya me

---

<sup>98</sup> Discurso pronunciado por Jorge Arrate en el 49 aniversario de la fundación del Partido Socialista de Chile, en el acto conmemorativo realizado en París, Francia, el 31 de abril de 1982; incluido en: Arrate, "El socialismo...", óp. cit., página 69.

<sup>99</sup> "Renovación y rescate", entrevista realizada a Jorge Arrate en noviembre de 1982 por el periodista Víctor Vaccaro; incluida en: *Ibíd.*, página 86.

<sup>100</sup> Declaración de principios del Partido Socialista, 1933.

había convertido en un joven "cuadro", lo viví con ojos completamente acrílicos. Todo, hasta el ruido ensordecedor de los aviones soviéticos, el mal servicio, la fealdad arquitectónica, la rigidez del discurso, la gerontocracia gobernante, se diluía en la majestuosidad de las cifras alcanzadas, en la ausencia de mendigos, en la retórica internacionalista, en el culto de la victoria sobre el nazismo, en la solidaridad con los vietnamitas y otros luchadores. En fin, más allá de lo rústico y lo rígido de la uniformidad y la ausencia de diversidad, el balance a nuestros ojos era positivo y defendíamos todo, incluidas las invasiones "fraternales"<sup>101</sup>. Después del golpe, esta actitud tampoco se vio alterada, considerando además la indispensable ayuda solidaria que la Unión Soviética y todos los países socialistas prestaron a todos los partidos de izquierda chilenos, pero muy especialmente al Partido Comunista. Y aunque las críticas y desilusiones respecto a dichos países comenzaron a surgir en muchos militantes comunistas, la férrea disciplina partidaria impedía que se manifestaran al interior del partido. Tampoco existían espacios o medios escritos, donde éstas se pudieran haber expresado, que escaparan a la vigilancia del partido. No era posible, por lo tanto, como lo señala la misma concepción leninista del partido, que pudieran gestarse al interior del partido tendencias favorables a una renovación o revisión ideológica - revisionismo era una mala palabra -. De este modo, el camino de quienes disentían respecto a la línea del partido y su obsecuencia respecto a los países socialistas, era únicamente la salida del partido. Así, el Partido Comunista perdió muchos militantes pero se mantuvo libre de cualquier tendencia renovadora. Los condicionamientos a los que obliga una empresa militar como en la que se embarcaría luego en los años 80, reforzarían aún más este aspecto.

En el caso del Partido Socialista, nuevamente el historial crítico hacia la Unión Soviética y demás países socialistas - no expresado durante la última mitad de la década del sesenta ni durante la UP - permitió asumir sin mayores problemas de identidad partidaria la crítica radical que articularía el proceso de renovación socialista: "La renovación eran marxistas que tenían una fuerte influencia gramsciana, y que tratamos de hacer una interpretación gramsciana del proceso de la UP. Bueno, pero ¿por qué caló tan hondo? yo sostengo que caló porque nosotros teníamos un patrimonio preexistente, o sea, para mí leer a Gramsci no me daba el mundo totalmente vuelta, o leer las críticas de Berlinguer a la Unión Soviética, para nada, yo venía de un partido anti soviético, había sido criado por los anarkos, por los troskos, toda esa tradición troska del PS, anti estalinista, anti burocrática."<sup>102</sup>

---

<sup>101</sup> Ernesto Ottone y Sergio Muñoz Riveros, "Después de la quimera", páginas 37 y 42; Random House Mondadori S.A., Santiago, Chile, 2008.

<sup>102</sup> Entrevista a Arrate, óp. cit.

## ***VI. El contexto internacional de la renovación socialista***

No es posible dejar de mencionar, por su enorme importancia, el hecho de que la transformación de la izquierda chilena, con las excepciones indicadas, ocurrió en el marco de un proceso de profundas transformaciones globales que afectarían severamente la capacidad de sobrevivencia del paradigma marxista. Mientras en Occidente el devenir político y las transformaciones en curso del capitalismo ponían en cuestión el marxismo como método de interpretación de la realidad, la crisis que atravesaban los países socialistas ponía en entredicho la realización de la organización social y política que proclamaba estar inspirada en su pensamiento.

Hacia mediados de la década de los setenta, comenzaban a hacerse evidentes las limitaciones de la planificación centralizada en el terreno económico y el malestar de la población por el autoritarismo y restricción de libertades que caracterizaba a sus regímenes, por ejemplo, Polonia y el conflicto entre el régimen y el sindicato Solidaridad, liderado por Lech Walessa. Tomás Moulián entrega algunas pinceladas del influjo de estos procesos en las críticas de esa época al marxismo: "...la renovación socialista se emprendió en un momento en que ya se hacía evidente la crisis de uno de los más fecundos pensamientos progresistas del siglo, el marxismo. Esa situación no tenía entonces las connotaciones de un derrumbe o de una bancarrota, como la que se observa hoy día. Pero era clara una crisis de las promesas, ya que no se avanzaba en superar el capitalismo en el terreno económico ni en crear sociedades más igualitarias, sin pobreza ni privilegios. (...) En la base de estos procesos existió un deterioro de la capacidad de seducción de los socialismos reales, exacerbada después de la invasión de Afganistán y de la situación polaca. El triunfo de la revolución sandinista produjo un repunte pero no alcanzó a marcar un giro."<sup>103</sup>.

Estos procesos alimentaban fuertemente las críticas que se realizaban en el contexto de la izquierda europea occidental, tanto en las grandes figuras intelectuales de la academia, como en los partidos socialdemócratas y comunistas. En este último caso, especialmente en los partidos comunistas italiano, francés y español, en lo que llegó a ser conocido como eurocomunismo, cuya principal figura, que ya mencionamos, fue el destacado dirigente del Partido Comunista italiano, Enrico Berlinguer.

Todo ello habría de impactar fuertemente en la élite político-intelectual de la izquierda chilena que se encontraba exiliada en Europa produciendo una convergencia con las

---

<sup>103</sup> Moulián, "El marxismo...", óp. cit., pág. 150.

reflexiones de la renovación en Chile y otros lugares de América Latina: "Yo diría que se produce una tríada interesantísima entre el mundo intelectual, los de Chile, con el mundo intelectual de la izquierda chilena que está básicamente en Francia, Bélgica, España y Alemania, y en América Latina, básicamente en México."<sup>104</sup>.

La corriente llamada eurocomunismo se caracterizaría por un fuerte distanciamiento respecto del Partido Comunista de la Unión Soviética y de la experiencia concreta de los socialismos reales, como los habían bautizado los intelectuales de la Unión Soviética en el marco de la disputa ideológica que sostuvieron en los setenta con el Partido Comunista Italiano, el cual hacia 1980 produciría una ruptura total con el PCUS. Carlos Altamirano da cuenta de la influencia del PCI y, en general, del eurocomunismo en el proceso de renovación que ocurría en la élite político-intelectual en el exilio: "...en ese entonces nos impresionaba mucho la gran reforma intelectual y moral...que estaba ocurriendo en el Partido Comunista Italiano. Por ejemplo, el contacto y la relación con los comunistas italianos era muy superior la que teníamos los socialistas chilenos que la que tenía el PC chileno. El PC chileno no se separaba de la órbita soviética, y los comunistas soviéticos miraban con mucha desconfianza a los comunistas italianos. A mí y a Jorge Arrate nos tocó presenciar uno de los congresos comunistas a los que fuimos invitados en la Unión Soviética, en que intervino Berlinguer...que pronunció un estupendo discurso y que fue recibido gélidamente por estos 3 mil 4 mil dirigentes en el congreso del PC de la Unión Soviética. Y tanto que después lo comentamos, porque volvimos en el mismo avión a Roma, y Berlinguer nos dice: 'Bueno, ustedes apreciaron como me recibieron, como fue recibido nuestro discurso'. Sí, le dijimos con Jorge Arrate, no había donde equivocarse, obviamente su discurso, su revolución intelectual y moral, como la llamaba Gramsci, todavía no ha llegado a la dirección superior del PC soviético...Bueno, todo el tema comunista en Europa, que no era sólo el tema de los comunistas italianos, también resultaba que...una revolución semejante estaban viviendo los comunistas españoles, y tocaba que el principal líder del comunismo español en ese entonces era Carrillo...y Carrillo me buscó a mí cuando me trasladé a vivir a París, y ahí teníamos muchas conversaciones y reuniones con Carrillo en Francia. Entonces pude ver, y con los otros dirigentes comunistas españoles, pude ver también los cambios que se estaban produciendo y las nuevas posiciones del sector digamos, renovador del comunismo español, que en ese minuto se personificaba en Carrillo y que pasaron a hablar de un neo comunismo en Europa...Todos estos fenómenos nos impactaban y los vivíamos a diario, comprábamos las revistas, los diarios de los comunistas

---

<sup>104</sup> Entrevista a Núñez, óp. cit.

franceses e italianos, convivía prácticamente con los comunistas españoles, y obviamente con los socialistas españoles."<sup>105</sup>. También influiría el PC italiano en militantes comunistas que luego se integrarían al proceso de renovación socialista y que convergerían con los sectores que integrarían la Concertación, como el ya mencionado Ernesto Ottone: "En mi caso, la deuda principal en la adquisición de una visión crítica fue la relación estrecha con el PC italiano, sus dirigentes, tanto adultos como jóvenes, y sobre todo, sus intelectuales...quienes ponían en cuestión la ausencia de democracia y pluralismo en los países socialistas, planteaban el fin del doble estándar frente a los derechos humanos, criticaban nuestra subordinación a los intereses de la URSS y buscaban una "tercera vía" entre el comunismo y la socialdemocracia, que luego fue conocida como eurocomunismo"<sup>106</sup>.

A este proceso de renovación de las fuerzas políticas de la izquierda europea, se sumaban, o formaban parte integral pero desde otro espacio, las elaboraciones de destacados intelectuales de la filosofía y las ciencias sociales no alineados partidariamente. En el fecundo escenario intelectual de esos años, fueron muchas las figuras y corrientes, algunas de las cuales impactaron directamente y otras de manera indirecta, en tanto elementos que configuraban el contexto intelectual de los países en que se encontraban radicados muchos de los dirigentes e intelectuales de la izquierda chilena. Considerando ese amplio espectro, podemos mencionar especialmente a los filósofos posmodernos, como por ejemplo, Jean Baudrillard y su crítica al materialismo histórico<sup>107</sup>, los teóricos de la sociedad postindustrial como André Gorz, Daniel Bell, y obviamente Alain Touraine. Jürgen Habermas y la importancia otorgada al lenguaje y la comunicación por sobre el trabajo. También Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, como rescate de Gramsci y, a través de él como crítica al marxismo, con un fuerte impacto en toda América Latina.

Rodrigo Baño da cuenta de algunos de estos influjos a mediados de la década de los ochenta: "A medida que se prolonga el período autoritario aumenta el debate teórico ideológico respecto del marxismo. La internacionalización de gran parte de la intelectualidad de izquierda contribuye a que sean trasladadas al país las discusiones que se producen a nivel mundial, particularmente europeo, respecto a los llamados "socialismos reales" y al sentido de la democracia. (...) dentro de cierta intelectualidad de izquierda pasan a ocupar un lugar de importancia las obras de Ernesto Laclau y de Alain Touraine. El primero en cuanto al cuestionamiento más explícito de la llamada "dogmática marxista" y a la asunción de la "crisis

---

<sup>105</sup> Entrevista a Altamirano, óp. cit.

<sup>106</sup> Ottone y Muñoz, "Después...", óp. cit., páginas 64-65.

<sup>107</sup> Ver, Jean Baudrillard, "El espejo de la producción"; Editorial Gedisa, Barcelona, España, 1996.

del marxismo". El segundo, como teórico de los estudios sobre movimientos sociales que postula la institucionalización del conflicto y la transformación no revolucionaria"<sup>108</sup>.

Aunque probablemente poco conocido por los intelectuales de izquierda chilenos en esa época, en el siguiente extracto de un libro de André Gorz, eurocomunista francés, se puede vislumbrar el tenor y magnitud de las críticas al marxismo, al señalar cómo la realidad habría falsado varias de sus principales premisas:

"1º El desarrollo de las fuerzas productivas engendra la base material del socialismo.

2º El desarrollo de las fuerzas productivas hace surgir la base social del socialismo, a saber: una clase obrera capaz de apropiarse colectivamente y de dirigir la totalidad de las fuerzas productivas cuyo desarrollo la ha hecho nacer.

Ahora bien, la realidad es muy diferente:

1º El desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo es funcional únicamente con relación a la lógica y a las necesidades del capitalismo. No solamente ese desarrollo no crea la base material del socialismo: la obstaculiza. Las fuerzas productivas desarrolladas por el capitalismo llevan su marca hasta tal punto, que no pueden ser dirigidas ni aplicadas según una racionalidad socialista,

2º El desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo se ha operado de manera que éstas no se prestan a una apropiación directa por parte del trabajador colectivo que las aplica, ni a una apropiación colectiva por parte del proletariado.

En efecto, el desarrollo del capitalismo ha producido una clase obrera que, en su mayoría, es incapaz de hacerse con el dominio de los medios de producción y cuyos intereses directamente conscientes no concuerdan con una racionalidad socialista"<sup>109</sup>.

En este último texto de Gorz podemos ver que no sólo el devenir de los países socialistas planteaba problemas para el marxismo y el ideario socialista, sino también lo que ocurría en el Occidente capitalista, donde se vivía una crisis del modelo de desarrollo que había puesto al trabajo como vínculo social primordial por medio del cual se accedía a la distribución de la riqueza en el marco de una ciudadanía política, social y económica. La idea de la crisis y descentramiento del trabajo en las sociedades, que apuntaba a la pérdida de importancia del trabajo en la constitución identitaria de los individuos en favor de ámbitos como el consumo, unido a una reducción del peso de la industria, la tercerización de la economía y la reducción de un núcleo obrero estable, desfiguraban, para quienes sostenían el paradigma marxista, la visión canónica del conflicto de clases y ponían en entredicho la

---

<sup>108</sup> Baño, "Lo social...", óp. cit., página 118.

<sup>109</sup> André Gorz, "Adiós al proletariado (más allá del socialismo)", págs. 23-24; El Viejo Topo, España, 1980.

posibilidad de pensar al movimiento obrero como portador de un contra proyecto político y social.

Por otro lado, los convulsos años sesenta, cuyos estandartes habían apuntado a la izquierda, habían resquebrajado el "arreglo" de clases sobre el que descansaba este modelo de desarrollo. Frente a la hipermovilización social vivida, el pensamiento neoconservador, con una renovada visión escéptica de la democracia de masas, cobraba nuevos bríos, mientras que el neoliberalismo, con sus ideas de repliegue estatal, desregulación financiera, flexibilidad laboral y competencia entre agentes económicos como relación social predominante, se erigiría como alternativa ante la crisis de las políticas keynesianas, del Estado de bienestar europeo y su deslucido correlato en otras latitudes, y del paradigma productivo centrado en la gran industria taylorista-fordista, con políticas que apuntaban a la protección del trabajo asalariado y el pleno empleo.

Este nuevo escenario político-ideológico, además de inspirar a los equipos técnicos del gobierno de Pinochet, llevaría a las paradigmáticas reformas estructurales de la era Thatcher en el Reino Unido y de Reagan en Estados Unidos que, con mayor o menor adhesión, marcarían la pauta de casi todas las reformas estructurales llevadas a cabo en el mundo en el último cuarto del siglo XX.

A partir de todos estos acontecimientos se produciría una polarización a nivel mundial en el campo de la izquierda, que situaba a un lado a aquellas fuerzas intelectuales y políticas que asumían una crisis del marxismo tanto como método de interpretación de la realidad social y como programa político a llevar a cabo para la superación de la sociedad capitalista, esto no sólo a partir de las transformaciones que habían experimentado las sociedades capitalistas, sino también a partir de la revisión crítica de las experiencias de las sociedades socialistas. En el bando contrario, se situarían las fuerzas políticas e intelectuales que asumían de manera acrítica, en gran medida, la herencia del marxismo y el leninismo y que, al mismo tiempo, resaltaban la centralidad de la revolución bolchevique y del comunismo soviético para la lucha obrera a nivel mundial. Este último bloque estaba integrado por los partidos comunistas en el poder y por diversas fuerzas políticas de Occidente, crecientemente aisladas en sus respectivos contextos y con escasa capacidad de alianzas, entre las que se puede contar al Partido Comunista chileno.

Evidentemente, este proceso cruzaría a todas las fuerzas políticas de la izquierda chilena, forzando tanto a las orgánicas partidarias como a cada militante hacia una toma de posición respecto a las definiciones que se encontraban en disputa, más aún cuando de las

fuerzas en conflicto dependía la sobrevivencia de muchos de los cuadros partidarios en el exilio y también la financiación de buena parte de las actividades políticas e intelectuales que se desarrollaban en Chile. Este aspecto lo abordaremos en el último punto de este artículo. Augusto Varas da cuenta de este escenario de polarización internacional de la izquierda: "...yo diría que las rupturas ideológicas están más en función de las rupturas políticas, yo veo menos importante las rupturas ideológicas como la dictadura del proletariado, el centralismo democrático, el leninismo o el marxismo dogmático, etc., lo veo más bien derivado de estrategias políticas distintas, que fundamentalmente se explican a mi juicio por...el factor internacional. Piensa tú que en los setenta y principios de los ochentas, las fuerzas hegemónicas en Europa eran la socialdemocracia y la Iglesia Católica estaba con una política muy anticomunista a nivel mundial, en Estados Unidos estaba el reaganismo, entonces las condiciones internacionales para el frente antifascista eran prácticamente nulas. Entonces, se produce a nivel internacional una polarización entre las fuerzas socialdemócratas y las fuerzas del campo socialista, del socialismo realmente existente de los partidos comunistas, que adquiere características tales que se expresan en el campo de la política chilena en una ruptura de la Unidad Popular y la creación entonces, de distintos referentes que van prefigurando la Concertación, que significa fundamentalmente la exclusión del PC."<sup>110</sup>.

Finalmente, el conocimiento de los países socialdemócratas impactaría positivamente, no sólo en el establecimiento de un nuevo trato con dichas fuerzas políticas, sino que también en una revalorización de tales experiencias al haber logrado crear contextos de justicia social y mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores en un contexto capitalista, tal como lo señalan Arrate y Altamirano: "...yo creo que todos valoramos algo a Suecia, algo. Estábamos conscientes que era un país capitalista, pero con un Estado de bienestar muy potente y con una cultura de solidaridad social y de justicia social que era muy fuerte. Ahí tuvimos una revalorización de la socialdemocracia más clásica, en el sentido de que no eran tan malos, dentro de este mundo tan jodido..."<sup>111</sup>; "...yo al entrar a convivir, a recibir el apoyo del socialismo europeo, de la socialdemocracia europea, socialdemocracia se llamaba en Suecia, PS se llamaba en Francia, PSOE se llamaba en España, comencé a ver también el otro lado de la medalla y a ver cuál era el aporte de esa corriente socialista en Europa, en el mundo en consecuencia: el aporte en la creación del Estado de bienestar europeo. Y entonces...empezamos a no mirar tan en menos este Estado de bienestar y esta lucha histórica

---

<sup>110</sup> Entrevista a Varas, óp. cit.

<sup>111</sup> Entrevista a Arrate, óp. cit.

de la socialdemocracia europea, llámense laboristas, llámense socialistas, en pro de mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora y de los pueblos europeos."<sup>112</sup>.

### ***VII. La política cupular, los intereses de la élite político-intelectual y el abandono del socialismo***

El fin del juego electoral y las duras condiciones de represión impuestas por la dictadura sobre organizaciones sociales y políticas produjeron un corte abrupto de los canales de comunicación de la élite política de la izquierda con los sectores sociales que tradicionalmente había representado. Allí donde se establecían canales abiertos, formales e informales, de comunicación e interacción, se establecerían vínculos clandestinos y esporádicos que contribuirán a consolidar una de las características más importantes de la política en dictadura: su carácter cupular. En efecto, en la ausencia de ritos electorales y bajo la prohibición de cualquier actividad proselitista, la actividad política se volcó hacia su interior, quedando reducida su escena, en medida importante, especialmente en los primeros 10 años de dictadura, a una interacción entre las élites de las distintas fuerzas políticas. Esta situación se vio en cierto modo modificada a partir de 1983, con la emergencia de las protestas y un recobrado protagonismo del movimiento popular urbano. Sin embargo, no fue suficiente para revertir la tendencia. Un movimiento sindical de escasa afiliación y que operaba bajo fuertes restricciones y un movimiento poblacional cuya organización no era capaz de trascender el espacio local, sumado a procesos electorales que se remitían únicamente a los espacios universitarios y de colegios profesionales, no representaban elementos que pudieran alterar las dinámicas políticas que se habían desencadenado a nivel de las élites.

Por otro lado, el resquebrajamiento de las estructuras partidarias, que ya hemos comentado, permitiría la emergencia de los intelectuales como sujeto político privilegiado en el ámbito de la oposición a la dictadura, lo cual vendría a reforzar la tradicional importancia atribuida a la función intelectual al interior del marxismo: "La acumulación cognitiva que en Chile se clasifica como marxismo produce una subordinación de la práctica al poder institucional del ideólogo, puesto que establece una relación fuerte entre teoría y revolución. La necesidad de la teoría proviene de que ella, y sólo ella, permite superar el mundo

---

<sup>112</sup> Entrevista a Altamirano, óp. cit.

existente"<sup>113</sup>. Sin embargo, como también analizamos, si dicha función intelectual era, antes del golpe de Estado, una más de las funciones insertas en el partido, a partir del nuevo contexto, ella cobraría una inusitada autonomía respecto de los partidos. Quienes ejercían dicha función al interior de ellos, no sólo ganarían espacios de autonomía, sino que concentrarían sus esfuerzos en tareas intelectuales, propias de sus respectivas disciplinas de las ciencias sociales, estableciendo, a través de ellas, el vínculo con las dirigencias partidarias y, más adelante, con las dirigencias de los movimientos sociales.

La mayor preponderancia de este sector intelectual reforzaría el carácter elitista y cupular de la política del período, por tratarse de un sector que históricamente ha establecido una débil interacción con las bases sociales y que ha ocupado tradicionalmente una posición más bien alejada de la "máquina" partidaria. La historia política previa a 1973 de muchos de los científicos sociales involucrados en el proceso de transformación ideológica, circunscrita principalmente al ámbito universitario y el debate académico, dan cuenta de ello. De este modo, los intelectuales asumirán un papel rector al interior de la oposición, en términos de sancionar estrategias de acción y producir o desahuciar los discursos que habrán de circular para tales propósitos.

Con todo, el efecto más significativo del carácter cupular de la política del período fue la introducción de una fisura entre los intereses de la mayoría de la élite político - intelectual de la izquierda y los sectores sociales que representaban en la lucha política. Aunque el establecimiento de esta distancia, en tanto profesionalización de la política u oligarquización de la misma, también se da en democracia, los procesos electorales, con el consiguiente establecimiento de vínculos y compromisos, al menos hasta 1973, impedían que ella tomara las características de un divorcio, como puede observarse, en parte, durante la dictadura. Es más, es posible afirmar que durante la Unidad Popular ocurrirá la más clara correspondencia entre los distintos sectores sociales y los distintos partidos políticos representantes de sus respectivos intereses. Con la dictadura se verá debilitada esta correspondencia y la fisura entre lo político y lo social, entre una élite político - intelectual y sus bases sociales se verá agudizada.

Las bases sociales perderán importancia, podríamos decir, en el direccionamiento que tomarán los enunciados ideológicos en formación. En efecto, si asumimos que la adhesión de los productores ideológicos a un determinado paradigma se debe, en alguna medida, a la posibilidad de éstos de obtener recompensas simbólicas y/o materiales a partir de sus

---

<sup>113</sup> Moulián, "El marxismo...", óp. cit., página 115.

producciones ideológicas -elaboraciones teóricas o discursos políticos-, la pérdida de capacidad de dichas bases sociales para proveer tales recompensas a través del sistema de representación del régimen democrático, las tornará menos relevantes para la élite político-intelectual al momento de afrontar éstas decisiones respecto a determinados caminos y metas políticas, así como respecto a definiciones ideológicas. Sin embargo, ello no significa que no jugarán papel alguno, como bien lo ejemplifica Moulián: "En su operación crítica [los productores del socialismo renovado] dejaron de considerar que el marxismo era la ciencia única de la historia, pero siguieron adheridos a esa identidad, por el papel que le atribuían dentro del mundo popular"<sup>114</sup>. En efecto, aún en las condiciones impuestas por la dictadura y la ausencia de eventos electorales, la capacidad, hipotetizada a partir de movilizaciones electorales pasadas, de representar a determinados sectores sociales, ya fuera en esos momentos o en una coyuntura futura, operaba en una suerte de determinación en última instancia de la importancia y capacidad de negociación que podía atribuirse una u otra organización o sector político. Con todo, la imposibilidad de llevar a cabo la comprobación de dicha representatividad, desencadenó una dinámica que Ricardo Yocelvezky definirá como una "...autoselección de la élite política, es decir, la preponderancia que el reconocimiento entre iguales tenía para calificar a los individuos que participaban, en ausencia de criterios de representatividad..."<sup>115</sup>.

Paralelo a esta pérdida de importancia de las bases sociales como "público" privilegiado hacia el cual se dirigen las producciones simbólicas de la élite político-intelectual de la izquierda, cobrarán preeminencia otros públicos, élites o actores: la Iglesia Católica, el centro político representado por la Democracia Cristiana, las organizaciones sociales vinculadas a las capas medias, la comunidad intelectual o de las ciencias sociales a nivel internacional y todas aquellas organizaciones que jugaron un papel indispensable para la sobrevivencia y resguardo de la persecución tanto en el interior del país como en el extranjero, esto es, agencias financieristas internacionales como Ford Foundation o Friedrich Ebert Stiftung<sup>116</sup>, por nombrar a dos de las más visibles<sup>117</sup>, y los gobiernos y partidos socialdemócratas (y comunistas ligados al eurocomunismo) de Europa Occidental. Un claro

---

<sup>114</sup> *Ibíd.*, página 153.

<sup>115</sup> Ricardo A. Yocelvezky, "Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990", página 251; Fondo de Cultura Económica, Santiago, Chile, 1992.

<sup>116</sup> Ligada a la socialdemocracia alemana.

<sup>117</sup> Otras agencias muy importantes fueron: World University Service (WUS); Swedish Agency for Research in Developing Countries (SAREC); International Development Research Center (IDRC) (Canadá); Fundación Pablo Iglesia (ligada al PSOE); Instituto de Cooperación Iberoamericana (ligada al gobierno español); Novib (Holanda); Oxfam (Inglaterra). Fuente: las entrevistas utilizadas en este artículo.

ejemplo de dicha solidaridad será el Instituto para el Nuevo Chile, dirigido por Jorge Arrate, que se conformará como uno de los principales centros de pensamiento del socialismo renovado en el exterior y en un punto de encuentro para las élites político-intelectuales del interior y del exilio, el cual fue financiado durante toda su existencia por el gobierno holandés, por iniciativa, fundamentalmente, de la socialdemocracia holandesa: "Yo fui pagado por el presupuesto nacional holandés 13 o 14 años. Pasaron todos los gobiernos: socialistas, demócratacristianos, liberales, y siempre mantuvieron el proyecto, ellos tenían una política de Estado contra la dictadura...[entre los impulsores] el más importante era el que era el ministro para la cooperación económica internacional, Jan Pronk, socialdemócrata, y el alcalde de Rotterdam, André van der Louw, también socialdemócrata, y era Primer Ministro Joop den Uyl, que era socialdemócrata..."<sup>118</sup>. Para los intelectuales que se encontraban en Chile, aquella solidaridad internacional era aún más indispensable. En el caso de FLACSO, ésta se financiaría en un 100% a partir de fondos del exterior reuniendo, en promedio, en los años en que fue dirigida por José Joaquín Brunner, del orden de 1 millón de dólares anuales para trabajos académicos<sup>119</sup>. Evidentemente, ello situaría a los trabajos de los intelectuales chilenos bajo el escrutinio y exigencias de una comunidad académica internacional, obligando a los científicos sociales en Chile a incrementar su productividad, así como también la calidad de sus producciones y, por supuesto, a poner atención a las dinámicas de reformulaciones teóricas que se producían en el campo internacional de las ciencias sociales que, como ya hemos señalado, atravesaba profundos cambios, con evidentes repercusiones políticas. Brunner describe acertadamente esta etapa de la producción intelectual: "...hice algunos tipos de estudios sobre la productividad de este tipo de centros comparado con centros de sociología previos al 73 y la productividad era, la diferencia era de 1 a 10, de 1 a 15, en parte, porque esa es otra característica: fueron tempranas expresiones de internacionalización académica, en el sentido de ser financiado...100% desde el exterior, esto obligaba a cambiar completamente los métodos de producción, la cultura organizacional. Tú tenías que preparar proyectos, tenías que competir con tus proyectos en el exterior, tenías que dejarte evaluar por pares externos, tenías que hacer tu discusión en el país dentro de las limitadas condiciones existentes y fuera del país, básicamente con la comunidad académica internacional, entonces nos pasábamos viajando a congresos internacionales, a seminarios, a presentar nuestros trabajos. De modo que es una experiencia extraordinariamente interesante, desde ese punto de vista, porque fue una temprana forma de internacionalización de las ciencias sociales, fue una temprana forma

---

<sup>118</sup> Entrevista a Arrate, óp. cit.

<sup>119</sup> Entrevista a Brunner, óp. cit.

de empresalización de las ciencias sociales, porque tuvimos que producir nuestro propio financiamiento..."<sup>120</sup>. Por otro lado, se referirá a lo que él considera las principales motivaciones de los científicos sociales durante este período: "...te van a decir muchos de mis colegas que efectivamente ellos actuaban como portavoces de...Yo creo que eso es parte de la ideología del actor. Los intelectuales, en general, actúan estrictamente por su cuenta en la producción real, yo diría de proyectos y de productos simbólicos en general. Otra cosa es que ellos, en muchas ocasiones, por distintas razones que habría que analizar en cada caso, tiendan a atribuirse como parte de su estrategia de poder, el carácter representativo de algo, que puede ser de un movimiento social hasta el bien general de la sociedad, hasta de no sé qué, del movimiento histórico. Los intelectuales tienen toda una gama, un abanico de cosas a las cuales recurren para decir que hablan en nombre de. No me parece a mí. Los intelectuales hablaban en nombre de su propia inserción en centros académicos, estaban preocupados de temas que más o menos elegían, que más o menos lograban financiar, estaban preocupados de sus estrategias de acumulación de poder dentro del campo intelectual, de prestigio dentro de los medios sociales ilustrados como siempre han hecho los intelectuales. Esa era, digamos, la verdad, a mi juicio, la verdad real de la dinámica"<sup>121</sup>. Flisfisch, a su vez, da cuenta de las inclinaciones políticas de aquellos apoyos y de la estrechez de los vínculos que se establecieron: "Además, esto coincide con el momento político: los que están dejando de ser hippies en el mundo desarrollado comienzan a integrarse al mercado de trabajo y muchos de ellos se integran a ese tipo de mercados de trabajo: Fundaciones, ONG's, y en ellos siempre hubo aliados, más que aliados, amigos."<sup>122</sup>. En estas relaciones se puede observar el estrecho vínculo político que los sectores renovados habían establecido con la socialdemocracia y sectores progresistas afines y, a su vez, el distanciamiento profundo con los países socialistas: "...nunca hubo ni dineros cubanos, ni dineros alemanes orientales, eso estaba mucho más orientado a los partidos, a sus estructuras partidarias...éramos ideológicamente bastante menos bien vistos por el bloque soviético...Éramos ya críticos de la Unión Soviética, éramos críticos de las estrategias del Partido Comunista, habíamos empezado un rápido proceso de revisionismo ideológico, ya a esa altura éramos todos bastante gramscianos, bastante cercanos al PC italiano ideológicamente, muy entusiasmados con los movimientos socialdemócratas de renovación socialista en Europa...como el PSOE y las tesis de Felipe

---

<sup>120</sup> *Ibíd.*, página 5.

<sup>121</sup> *Ibíd.*, página 13.

<sup>122</sup> Entrevista a Flisfisch, *óp. cit.*

González. O sea, ya a esa altura, nosotros, la capa intelectual renovada, no debemos haber sido bien mirados por la corriente más soviética, digamos, internacional y por el PC en Chile."<sup>123</sup>

De este modo, la necesidad de estrechar vínculos y acercar posiciones con estos nuevos públicos, cruzados a su vez por sus propios procesos de transformación ideológica, presionará respecto a la dirección que habrían de seguir las producciones de los intelectuales y dirigentes partidarios de la renovación socialista. Tales vínculos consistían en el establecimiento de las alianzas sociales y políticas necesarias para el logro del objetivo común a toda la élite política que había sido despojada del poder el 11 de septiembre de 1973: la recuperación de la democracia en tanto forma de resolver la relación conflictiva con el Estado y el poder que se vivía bajo dictadura. Evidentemente, dicha meta política no era exclusiva de este sector, sino de toda la población que había experimentado la persecución y represión. Estas condiciones tornaban imperativo, como ya hemos señalado, el considerar como objetivo político primario el poner término a las formas más graves de la dominación que habían impuesto los militares, esto es, las ejecuciones, torturas, encarcelamientos, exilios y exoneraciones. En otras palabras, urgía poner término a las violaciones a los derechos humanos de las que era víctima la población. Para ello, la democracia era el régimen político que suponía el resguardo frente a tales situaciones y, por lo tanto, tomando en cuenta la confluencia de intereses de todos los sectores dominados, la articulación en torno a la democracia era lo más razonable.

Sin embargo, la articulación en torno a la democracia podía ser realizada al interior de diversas constelaciones paradigmáticas, adquiriendo por lo mismo, distintos significados. Por este motivo, las inclinaciones teóricas y los intereses en juego en tanto posición ocupada respecto a los conflictos sociales en curso, de quienes se harán cargo de dicha reflexión, se tornarán cruciales, pues, como ya señalamos, al conflicto central en dictadura entre democracia y autoritarismo debía añadirse aquel entre distintos proyectos socioeconómicos articulados por sectores sociales o clases sociales distintas. Será principalmente a este último conflicto al que deberán atribuírsele las dificultades experimentadas por la oposición para articularse de forma unitaria en torno a la democracia pues, dependiendo del proyecto socioeconómico esgrimido, ésta adquirirá diferentes significados. La toma de posición, de la élite a la que nos hemos referido, respecto de dicho conflicto, determinará el curso de la transformación ideológica y, con ello, el tipo de reflexión que se hará respecto a la democracia.

---

<sup>123</sup> Entrevista a Brunner, óp. cit.

En primer lugar, fuera de la obvia confluencia de intereses de la mayoría de la población respecto a la recuperación del régimen democrático, cabe señalar que para la élite político-intelectual, en la consecución de dicha meta se jugaba su propia posición en el espacio social global. En otras palabras, más allá de las importantísimas razones señaladas, la recuperación de la democracia significaba para la élite político-intelectual de la izquierda la recuperación de la posición de privilegio perdida con el golpe de Estado, la cual se encontraba vinculada fundamentalmente al régimen político, más que al modo de producción o proyecto socioeconómico en curso, en tanto él representa la provisión de espacios de representación política, de cargos dirigentes en el aparato de Estado, el reintegro a las universidades y la revalorización social de un saber y prácticas que se habían formado y moldeado para su aplicación desde el ámbito estatal. El propio Ángel Flisfisch da cuenta de esta situación con impecable precisión: "Se podría decir correctamente, según entiendo, que el desplazamiento hacia la democracia es una estrategia de supervivencia impuesta por la propia fuerza de las cosas y que se basa en la necesidad de proteger algunos intereses muy primarios de los científicos sociales involucrados. Desde este punto de vista, no es una orientación básica gratuita o desinteresada. Por el contrario, ella es extremadamente interesada, dando a la expresión su más preciso y hasta difamante significado. Esto no debería ser objeto de escándalo pues, en general, el tipo de conocimiento que aspiramos a producir y los campos de lo real donde enfocamos nuestra atención están estrechamente relacionados con experiencias históricas significativas. Ello nos impone ciertos intereses específicos y relega a un segundo lugar otros intereses que fueron dominantes en el pasado o podrían serlo en el futuro"<sup>124</sup>. Una hipótesis similar, aunque expresada de manera muy diferente, la entrega el ex Presidente de la República Ricardo Lagos: "Con la misma fuerza que la ciencia social logró insertarse en el establishment universitario y en la institucionalidad académica de la región, la ciencia social fue percibida como un elemento no bienvenido en el mundo autoritario (...) es la etapa en que la ciencia social, normalmente, pasa a estar en situaciones de marginalidad desde el punto de vista del mundo académico oficial. Sin embargo, creo que cuando se haga la historia de la ciencia social en América Latina, esto va a ser un elemento de extraordinaria importancia: en qué medida fue esta situación de drástica marginalidad, a la cual es arrojada buena parte de los científicos sociales de la región, la que los lleva a plantearse, primero, un cuestionamiento del paradigma heredado y ver cómo la realidad latinoamericana lo destrozó en mil pedazos; (...) lo que genera a finales de la década del setenta la búsqueda del por qué se produce el

---

<sup>124</sup> Ángel Flisfisch, "La Política como compromiso Democrático"; pág. 17; FLACSO, Santiago de Chile, 1987.

colapso de un sistema democrático es, entre otras cosas, el hecho que el cientista social pasa a la marginalidad, está fuera del sistema. (...) el cientista social entra entonces a vincularse de una manera mucho más directa con el proceso de recuperación de un sistema democrático, al que percibe como un proceso que le da la posibilidad de pensar, de crear, de expandirse"<sup>125</sup>.

Aunque la élite político-intelectual de la izquierda a la que nos hemos referido, por razones de su identidad histórica y por la pretensión de seguir representando a los sectores populares, no desatenderá por completo el conflicto entre proyectos socioeconómicos, expresado con fuerza en el período de las protestas producto de la crisis económica de 1982 por el movimiento sindical y poblacional, su postura será crecientemente ambigua y expresada con cada vez menor convicción. El carácter cupular de la política ya reseñado y la importancia de las élites de las fuerzas políticas de centro en el marco de las necesarias alianzas políticas incidirá en este proceso, como bien lo remarca Edgardo Böeninger, principal ideólogo de la transición política de la Democracia Cristiana y futuro Ministro Secretario General de la Presidencia del gobierno de Patricio Aylwin: "La incorporación de concepciones económicas más liberales a las propuestas de la Concertación se vio facilitada por la naturaleza del proceso político en dicho período, de carácter notoriamente cupular, limitado a núcleos pequeños de dirigentes que actuaban con considerable libertad en un entorno de fuerte respaldo de adherentes y simpatizantes"<sup>126</sup>.

Lo concreto es que todas las energías y reflexiones de la élite estarán puestas en el problema del cambio de régimen político, escindido cada vez más de la reflexión crítica sobre el capitalismo y del conflicto entre proyectos socioeconómicos expresado en el mismo contexto de la dictadura. Jorge Arrate, de manera retrospectiva, constata este hecho: "...si usted relee todos los textos de los años 70, 80, no hay ni una palabra sobre el mercado. Es muy raro, ahí encontré uno de Alexis Guardia la otra vez, y que hablaba sobre el tema del mercado. No hay mercado, y mientras tanto, es que es muy curioso, es que yo pienso ¡en qué mierda estábamos! Estaba Reagan, estaban los Chicago que estaban con todo, y nosotros estábamos en el tema de la democracia."<sup>127</sup>.

Para ejemplificar los distintos énfasis y el abandono de las categorías de análisis del marxismo, podemos citar la producción científica del principal centro intelectual de la

---

<sup>125</sup> Ricardo Lagos, Norbert Lechner, Gert Rosenthal, "Las ciencias sociales en el proceso de democratización", págs. 37-38; FLACSO, Abril 1991, Chile.

<sup>126</sup> Edgardo Böeninger, "Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad"; página 330; Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile; citado en: Felipe Portales, "Chile: una democracia tutelada"; página 31; Editorial Sudamericana Chilena, 2000, Santiago, Chile.

<sup>127</sup> Entrevista a Arrate, óp. cit.

renovación: FLACSO – Chile. De los 824 Documentos de Trabajo producidos durante los años 1975 – 1995<sup>128</sup>, cuatro categorías: Democracia, Democratización, Transición a la democracia y Autoritarismo, reunían 158 trabajos<sup>129</sup>, es decir, el 19,2% de toda la producción teórica, considerando la existencia de 518 temáticas de trabajos (donde por supuesto, los trabajos se repiten), y sin contabilizar la producción en torno a partidos políticos o cultura política, en tanto temáticas posibles de abordar desde diversas perspectivas. Por otro lado, seis categorías: Clases sociales (donde fusioné las categorías aparte de Burguesía, Clase media, y Proletariado), Capitalismo, Socialismo, Dependencia, Revolución, y Proyecto Popular Alternativo<sup>130</sup>, que podríamos decir corresponden a las temáticas privilegiadas del paradigma marxista, reúnen sólo 42 trabajos, es decir, sólo el 5,1% de la producción científica.

Las reformulaciones teóricas que exigía la imbricación entre democracia y socialismo, sumado a los énfasis políticos del momento en términos de metas y alianzas políticas, harían del socialismo el componente débil del binomio. Si bien éste permitía mantener una identidad política y el vínculo con una práctica histórica, los factores que hemos revisado, junto a la presión ejercida por los nuevos públicos sobre los enunciados paradigmáticos de la élite político - intelectual de la izquierda renovada, lo debilitarán progresivamente como categoría y meta política. En tanto categoría y meta política que resumía la problemática socioeconómica, la explotación o injusticias en el ámbito de la distribución de las riquezas y el trabajo, sería reemplazado por otras denominaciones que apuntaban a una "gran transformación social" hasta arribar hacia finales de la década de los ochenta a la débil concepción de equidad, tal como era expresada por los lineamientos teóricos que apuntalarían la nueva concepción de desarrollo esgrimida por la Concertación una vez ya establecida en el gobierno, esto es, el planteamiento de *Crecimiento con equidad* de CEPAL<sup>131</sup>.

De este modo, la década de los ochenta fue testigo del progresivo distanciamiento entre ambos componentes, expresado primeramente en la disociación en el tiempo entre los momentos de recuperación de la democracia y del socialismo. Manuel Antonio Garretón, hacia 1983, ofrece un buen ejemplo de ello: "... parece probable que en el caso chileno se disocie el momento de término del régimen autoritario y de transición a la democracia política del momento del "gran cambio social" o de creación de una nueva sociedad. Ello implica que la

---

<sup>128</sup> María Inés Bravo, Claudia Vargas, "Documentos de Trabajo 1975 – 1995: Bibliografía Analítica"; FLACSO – Chile, 1999, Santiago, Chile.

<sup>129</sup> Los que están en más de una temática se cuentan sólo una vez.

<sup>130</sup> Si bien esta particular taxonomía no es ajena, sino recurrente en los años ochenta, tiene más afinidad con este grupo de categorías.

<sup>131</sup> CEPAL, "Transformación productiva con equidad"; CEPAL, 1990, Santiago, Chile.

construcción de la democracia política tendría un momento de concertación y profesionalización política que puede frustrar grandes expectativas que surgen del renacimiento de la sociedad civil"<sup>132</sup>.

Establecida la preeminencia del cambio del régimen democrático y la subordinación a la consecución de éste de cualquier transformación económica en términos de su postergación en el tiempo hasta después de un momento de instalación de una clase política civil en el poder, se abrirían distintas alternativas políticas en el seno de las dos principales élites político - intelectuales que convergerían en la Alianza Democrática, coalición formada en 1983 y que sería el antecedente de la Concertación de Partidos por la Democracia que accederá al gobierno en 1990.

En el caso de la élite político - intelectual de la Democracia Cristiana, en tanto representante de las capas medias, la imbricación entre Democracia y Capitalismo ya se encuentra resuelta: "Frente al tema de la democracia, esta tendencia insiste en su definición formal (participación electoral y derechos individuales), pero se inclina a establecer reformas de tipo jurídico institucional que hagan más efectivo su funcionamiento. Se le atribuye gran importancia a los problemas de carácter técnico que puedan producir enfrentamientos entre los poderes del Estado o que impidan la formación de mayorías estables. La idea general es la modernización del Estado, el de sus instituciones políticas, de acuerdo al modelo de los países desarrollados. Pero no es sólo eso, también se trata de propugnar una democracia que impida el desarrollo de movimientos "antidemocráticos" de derecha o de izquierda. Lo cual conduce a una discusión, aún no resuelta en su interior, acerca de posibles exclusiones en el sistema de partidos, exclusiones que, en los hechos, podrían afectar a ciertas organizaciones políticas de izquierda. En todo caso, la Democracia Cristiana opera sobre el principio básico de que la democracia sólo es compatible con el capitalismo. En consecuencia, aunque suele ser partidaria de reformas más o menos amplias al capitalismo vigente, entiende que la eliminación de éste sólo podría traer el "totalitarismo marxista"<sup>133</sup>. Por otro lado, la caracterización que entrega Baño en 1985 de la tendencia que representa la élite político - intelectual que ha llevado adelante la transformación ideológica de la izquierda, da cuenta, no sólo de la segunda alternativa que se baraja frente a la disociación en el tiempo entre el cambio de régimen político y la transformación estructural, sino también del grado de avance de la ruptura paradigmática: "Una de estas tendencias es la que podríamos denominar Tendencia Socialista Moderada, la cual se acerca a la pretensión de constituir una fuerza

---

<sup>132</sup> Manuel Antonio Garretón, "El proceso político chileno", página 206; FLACSO, 1983, Santiago, Chile.

<sup>133</sup> Baño, "Lo social...", óp. cit., página 128.

política de izquierda similar a la existente en algunos países de Europa, resultando particularmente atractivo el modelo de socialismo del PSOE y del PS francés, ambos actualmente en el poder. Su definición parte de la aceptación del régimen democrático formal, pero, a diferencia de la tendencia anteriormente reseñada, pretende introducirle serias modificaciones que den lugar a una efectiva democracia sustantiva (económica y social) y que perfeccionen los mecanismos de participación política. Su perspectiva es que, a través de un constante gradualismo, esta democracia formal pueda llegar a transformarse en un socialismo democrático que asegure la más amplia vigencia de los derechos humanos y la alternancia en el poder. La factibilidad de tal proyecto es un problema que tendría que resolverse en los hechos, por lo cual no es extraño que esta tendencia sufra la tensión de las inclinaciones socialdemócratas y las del socialismo revolucionario"<sup>134</sup>. En resumen, si la opción representada por esta tendencia, implicaba de algún modo, disputar a los sectores propietarios la hegemonía, en el caso de la Democracia Cristiana, su opción significaba aceptar la hegemonía establecida por la burguesía.

La preeminencia, dentro del proceso político de la década de los ochenta, de la élite político - intelectual de la Democracia Cristiana, las restricciones impuestas por la dictadura, y el desarrollo de posturas entre los representantes del socialismo renovado que, derechamente implicaban un abandono del socialismo y una aceptación, en algunos casos, ya no meramente instrumental del capitalismo, determinará el desenlace de dicha tensión al interior del Partido Socialista y de la Alianza Democrática y, por ende, determinará la vía política que asumirá la transición. Eugenio Tironi da cuenta de su propio proceso de acercamiento, tempranamente en los años ochenta, a posturas liberales, ya no sólo en lo político, sino también en lo económico: "...comenzamos a sentir una suerte de atracción fatal por el mercado, por las libertades que genera el mercado, por la descentralización, por la atomización de poderes que puede llevar aparejado. Incluso lecturas de Popper, de Hayek, fueron bien relevantes para nosotros a principios de los 80."<sup>135</sup>.

En el nivel societal, las protestas sociales entre 1983 y 1986 y las alianzas políticas internacionales marcarán el escenario donde se barajarán las probabilidades de éxito de las distintas estrategias esgrimidas, no sólo al interior de la Alianza Democrática, sino también en el caso de aquella representada por la izquierda que había permanecido en la ortodoxia del paradigma marxista, y que postulaba una estrategia de "rebelión popular de masas" combinando todas las formas de lucha, incluida la armada. Esta postura se estructuraba en

---

<sup>134</sup> *Ibíd.*, página 130.

<sup>135</sup> Entrevista a Tironi, *óp. cit.*

torno a la coalición denominada Movimiento Democrático Popular (MDP), encabezada por el Partido Comunista, aún fuertemente ligado a la Unión Soviética, e integrada igualmente por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y un sector del Partido Socialista liderado por el histórico dirigente Clodomiro Almeyda, quien había sido el Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Salvador Allende. Para Ricardo Núñez, la estrategia del Partido Comunista habría profundizado la división en la izquierda: "...el quiebre fundamental que se produce en la izquierda no fue ideológico...fue la opción del PC. El PC genera una escisión profunda en la izquierda cuando toma la determinación de...optar de hecho por la vía armada"<sup>136</sup>.

La conformación de distintas alianzas políticas daría cuenta también de las divisiones sociales en Chile al interior de la oposición, expresadas en formas y contenidos diferenciados de las protestas. En el caso de la protesta que protagonizaban los sectores populares, particularmente en las poblaciones, el contenido no se remitía únicamente a un anhelo de democracia, sino que articulaba un fuerte rechazo a las políticas económicas del gobierno, es decir, a la instauración del capitalismo neoliberal. Se trataba de una reacción con un fuerte rasgo anticapitalista y reivindicativa de un proyecto socialista. En estos sectores la presencia de las fuerzas políticas vinculadas al MDP era significativa. Aunque las fuerzas de la Alianza Democrática también estaban presentes, su principal espacio de influencia, sobre todo en el caso de la Democracia Cristiana, eran las capas medias.

Si bien las primeras protestas fueron convocadas por las organizaciones sindicales, rápidamente el control de éstas pasaría a manos de los partidos políticos y el protagonismo de las capas medias, a través de los colegios profesionales, se incrementaría. Hacia 1986, el fracaso de la estrategia insurreccional se haría evidente con el fallido atentado a Augusto Pinochet y la fracasada internación de armas de Carrizal Bajo por parte del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, brazo armado del Partido Comunista. Este fracaso marcaría la desorientación política de las fuerzas que habían esgrimido esta postura y consolidaría el liderazgo de la Alianza Democrática en el marco de la oposición y dentro de ella, de la Democracia Cristiana.

A partir de estos hechos y definiciones, el cambio de posturas en la izquierda renovada entraría en una nueva etapa, menos vinculada a la renovación socialista propiamente tal, en tanto empresa ideológica, y mucho más ligada a la toma de decisiones respecto al proceso de transición que se desencadena al asumir la opción del plebiscito: "La transición chilena tiene

---

<sup>136</sup> Entrevista a Núñez, óp. cit.

su base, su origen en el período que va entre el 87 al 89, en el momento en que la oposición enfrentó el plebiscito como lo enfrentó, con la estrategia que lo enfrentó, eso al final determinó la transición. A eso me dedicué, y ahí mi cuestión ya no era la renovación socialista ni la Convergencia, sino la Concertación, la transición, una cuestión más nacional."<sup>137</sup>. Ante la visualización clara de la salida política al autoritarismo a partir del plebiscito de 1988, los miembros de la élite político-intelectual renovada, en el marco de la política cupular que se había establecido, se erigirán como los estrategas exitosos que habían logrado reconfigurar la estructura de ideales posibilitando precisamente las alianzas y soluciones políticas que se advertían como exitosas y, al mismo tiempo, como las únicas viables. Desde la imbricación entre Democracia y Socialismo se había recorrido un largo camino que daba como principal fruto la posibilidad de negociar con la Dictadura la transición a un régimen democrático: "Esta intelectualidad, transformada en una especie de "intelectualidad orgánica de la democracia", reconduce el discurso del socialismo a casi la mera potencialidad de desarrollo del régimen democrático"<sup>138</sup>. Aunque dicho de otra forma, una visión no muy diferente entrega Augusto Varas: "Yo creo que el proceso de renovación fue una estrategia política de llevar la Concertación sin el PC desde su partida...pero en la medida que se obtuvo el gobierno, la renovación terminó, o sea, la renovación, a mi juicio, se sobrevendió como renovación en el campo de las ideas y yo creo que fue mucho más renovación en el campo de las alianzas, y en la medida que la alianza se logró, la renovación en el campo de las ideas se paralizó y lo que tenemos hoy en día es prácticamente la misma discusión de los años noventa, doce años después siguen pendientes los mismos temas de qué hacer con el país."<sup>139</sup>.

En el caso del socialismo, para muchos miembros de la élite político-intelectual de la izquierda, ayudados por supuesto, por los acontecimientos que se sucedieron a partir de la caída del muro de Berlín y que culminarían con el colapso de la Unión Soviética, éste se convertiría en una idea obsoleta, y con ella, también la renovación socialista, como señala Brunner: "Ahora, habría que pensar, repensar desde las categorías más fundamentales de análisis de la modernidad, desde las categorías de análisis propias de la sociedad capitalista, qué es lo que es la nueva estructura que está surgiendo en el mundo, pero frente a eso la renovación socialista es como una hebra frente a un tejido mucho más grande, y por lo tanto, ya desaparece, incluso desaparece como foco de interés, ya no hay un espacio político, intelectual ni cultural, donde tenga sentido, a mi juicio, y valga la pena seguir pensando un

---

<sup>137</sup> Entrevista a Tironi, óp. cit.

<sup>138</sup> Baño, "Lo social...", óp. cit., páginas 181-182.

<sup>139</sup> Entrevista a Varas, óp. cit.

proceso que se llame siquiera renovación socialista, o sea, el socialismo como tal, la gente como Tomás [Moulián] suele decir: “bueno, pero se mantiene como utopía, se mantiene como horizonte”, a mí esa cuestión me da lo mismo...porque a esa altura se parece como mucho a cualquier utopía cristiana: “porque no vamos a perder los grandes valores de la fraternidad, de la solidaridad, de la igualdad”, pero yo digo: bueno, para eso tenemos el sermón de la montaña que, por último, es bastante más viejo”<sup>140</sup>.

La ruptura paradigmática con el marxismo se extenderá también a las principales categorías de análisis de lo social. Los sociólogos centroamericanos Rafael Guido y Otto Fernández, en un artículo de 1989, realizaron una útil presentación esquemática de los ejes de interpretación social y política proporcionados por el paradigma marxista, entendido como “tradicción del conflicto”, que, hacia esa fecha, habían sufrido un radical desplazamiento en la configuración de la nueva tendencia teórico-analítica<sup>141</sup> que, por supuesto, a esas alturas no había cruzado solamente a la política y ciencias sociales chilenas, sino a toda la izquierda y ciencias sociales latinoamericanas:

Meta política en torno a la cual se articula<sup>142</sup>:

Socialismo	Democracia
<b>Paradigma marxista</b> <i>(en el texto "tradicción del conflicto")</i>	<b>Enfoque de la nueva tendencia</b> <i>(en el texto "enfoques actuales")</i>
Clases	ciudadanía/actores
lucha de clases	concertación/pactos
cambios revolucionarios	transición a la democracia
sistema de dominación	sistema político/gobierno
clase dominante	élites/clase política
crisis sistémica	crisis funcional
hegemonía	gestión/gobernabilidad

<sup>140</sup> Entrevista a Brunner, óp. cit.

<sup>141</sup> Rafael Guido y Otto Fernández, "El juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina"; en: Revista Mexicana de Sociología, año 52, vol. 4-1989.

<sup>142</sup> Agregado por mí al cuadro de Guido y Fernández.

En estas nuevas categorías de análisis utilizadas en el tratamiento de la realidad social, se evidenciará el influjo del liberalismo y el predominio del ámbito estrictamente político escindido de consideraciones respecto a los condicionamientos de la estructura social y económica. Las clases sociales perderán progresivamente su sitial en la reflexión y las categorías de ciudadanía y actores o movimientos sociales las sustituirán en la referencia a los sujetos protagonistas de la dinámica societal. Se debilitará igualmente, en un aspecto que se consolidará en la década de los noventa, la posibilidad de pensar a las sociedades a partir de un principio articulador de dominación: "(...) las fuerzas, grupos y movimientos son estudiados en un contexto en donde se considera lo político como un ámbito restrictivo, diferenciado y hasta divorciado de lo social. Lo político es conceptualizado sin una adscripción y/o sujeción a lo social. Aparece como la "dimensión de la ciudadanía"; (...) el lugar donde ocurren, exclusivamente, los "intercambios" entre los actores "del" sistema. En esta redefinición de lo político ya no tiene sentido entender la constitución de los sujetos y movimientos sociales en las arenas del "conflicto de clases", ni en las expresiones de los partidos, como fórmulas ampliadas de "intereses materiales de las clases", sino como la reducción de los intereses organizados y en conflicto a sus dimensiones corporativistas. El conflicto, en general, es hoy asimilado a "conflicto político"<sup>143</sup>.

El lenguaje político, por otro lado, sufre una mutación: "La discursividad toma nuevos referentes terminológicos (aunque no necesariamente lógico - históricos): negociación, concertación, pactos, etc. El rostro, además del rastro, de las antiguas relaciones de subordinación, ya no existe en los intersticios del Estado"<sup>144</sup>. Y por último, los límites de las variaciones del juego político de la transición son demarcados: "Para la transición a la consolidación de la democracia, en cuanto ámbito decisivo del régimen político, la escena es finita: son las elecciones, los partidos, los acuerdos entre las élites empresariales, sindicales, militares y las cúpulas tradicionales"<sup>145</sup>.

En este contexto, como ya vimos en parte, desde otras vertientes teóricas hará su aparición el concepto de gobernabilidad permeando en buena medida las nuevas posturas político-ideológicas. Sus orígenes, precisamente en las ideologías neoconservadoras que irrumpieron a mediados de la década de los setenta, no serán impedimento para que el concepto se convierta en el estandarte de toda la dirigencia partidaria que asumirá el control del proceso político de la transición. Su predominio impondrá una férrea disciplina a los

---

<sup>143</sup> Guido y Fernández, óp. cit., página 54.

<sup>144</sup> *Ibíd.*, página 55.

<sup>145</sup> *Loc. cit.*

movimientos sociales, bases partidarias, e incluso, sobre buena parte de la intelectualidad que aún articulaba un discurso con fuertes componentes críticos. La necesaria estabilidad política pregonada y el compromiso de no alterar las reformas estructurales que había impulsado la dictadura, aspectos que se habían asumido como condiciones para que los militares delegaran el poder<sup>146</sup>, exigían necesariamente, en el plano teórico - ideológico, el exilio de concepciones que apelaran a grandes transformaciones sociales y sus concomitantes interpretaciones de la realidad social. Nuevamente Tironi da cuenta de este proceso: "Y si hay que suspender la pretensión de hacer transformaciones estructurales, porque ese es el precio que hay que pagar para no destruir la democracia, ese precio pasa a ser aceptado."<sup>147</sup>

En este juego por imponer las definiciones, se establecerá una pugna al interior del campo político y de las ciencias sociales con sectores de la izquierda tradicional u ortodoxa, cobrando muchas veces el lenguaje un código de batalla intelectual. Se podría decir que se libra una batalla por la aceptación del nuevo paradigma.

Flisfisch incluso llega a afirmar, que el apego de las izquierdas a ideales utópicos corresponde a fases tempranas del capitalismo, o a contextos no lo suficientemente secularizados: "...aquellos países que han experimentado un desarrollo capitalista que ha traspuesto ciertos umbrales críticos, el apego de las izquierdas a ideales importantemente desajustados de lo que es posible las condena a la extinción o en el mejor de los casos a posiciones de mayor o menor marginalidad política. Ello es plausible si es que se piensa que ese desarrollo implica una cultura política de masas significativamente secularizada"<sup>148</sup>. El giro teórico experimentado sería superior en tanto contiene un grado más elevado de racionalidad. Pero el cálculo racional puede ir más allá, y otorgar un juicio final a los ideales y a las formas de análisis de la izquierda predictatorial: "Puesto de otra manera, la racionalidad de ese ajuste (de ideales) en situaciones cuyas condiciones generales a la vez lo exigen y lo favorecen, puede interpretarse simplemente como indicando la obsolescencia o superfluidad de los ideales socialistas o de izquierda en contextos modernos"<sup>149</sup>. Aquí se pretende dar un golpe de gracia a los sectores no renovados de la izquierda. En definitiva, para Flisfisch "...lo racional es optar por una izquierda secular"<sup>150</sup>.

En definitiva, se asumiría incompatible la búsqueda de la estabilidad política y la apelación a un mundo ideal distanciado en medida importante de la realidad imperante. En

---

<sup>146</sup> Böeninger, *óp. cit.*, página 330; citado en: Portales, *óp. cit.*, página 25.

<sup>147</sup> Entrevista a Tironi, *óp. cit.*

<sup>148</sup> Flisfisch, "La Política...", *óp. cit.*, página 169.

<sup>149</sup> *Ibíd.*, página 171.

<sup>150</sup> *Ibíd.*, página 173.

efecto, es factible afirmar que los argumentos y visiones contrahegemónicas son en sí mismas desestabilizadoras en la medida que sean capaces de capturar los medios de difusión adecuados. Por eso, si lo que se busca es la estabilidad y la gobernabilidad, lo que se debe hacer es optar por la hegemonía existente y cesar toda producción ideológica contrahegemónica. Evidentemente, esto implicaba consolidar la hegemonía de la burguesía y eclipsar la posibilidad de entender la democracia como algo más que los ritos electorales y la defensa de un listado de derechos individuales. Es decir, lo que se eclipsa es la posibilidad de entender la democracia como una progresiva democratización económica y social. Si por un determinado objetivo político ha de optarse por silenciar el análisis y crítica de una estructura de dominación, todo otro objetivo político cuya condición sine qua non para su viabilidad sea la crítica abierta y explícita de aquella estructura de dominación ha de tornarse, necesariamente, imposible.

## ***VIII. Conclusiones***

Esta tesis ha intentado explicar sociológicamente, tanto en sus causas como en sus condiciones de posibilidad, un proceso altamente complejo como es la transformación ideológica que experimentó parte importante de la izquierda chilena y que fue conocido como la renovación socialista. Esta transformación abarcó, al menos, todo el período de la dictadura militar de Augusto Pinochet (1973-1990), es decir, un extenso período en el que el país y el mundo vivieron dramáticas y revolucionarias transformaciones a nivel económico, político y cultural. Específicamente, a nivel mundial se trató de un período de transición entre el ordenamiento societal que había surgido de la segunda postguerra, marcado por la oposición del conflicto entre socialismo y capitalismo expresado en la guerra fría, a un nuevo orden mundial marcado por el colapso del proyecto socialista y la implantación hegemónica del capitalismo neoliberal. De igual modo, la renovación socialista puede ser visto como un largo período de transición ideológica de la izquierda chilena desde un predominio absoluto del paradigma marxista en el período previo a 1973, hacia una concepción ideológica que abandona tanto el proyecto socialista como la lectura marxista de la realidad social y que asume en buena medida los postulados de la tradición liberal tanto en lo político como en lo económico.

Sin embargo, aunque los acontecimientos internacionales tendrán un impacto evidente, hemos querido rechazar la pretensión de ver este proceso de transformación ideológica como un mero apéndice de las transformaciones societales globales y, por el contrario, hemos puesto énfasis en los factores propios de la realidad chilena que se conforma a partir del golpe de Estado de 1973 y la concomitante instauración de una dictadura militar que buscó aniquilar, tanto en esa coyuntura como hacia el futuro, la posibilidad de desarrollo de un proyecto socialista. Si bien las explicaciones tanto del golpe de Estado como de las características que adoptó la dictadura militar deben construirse a partir de la comprensión del proceso histórico de lucha de clases en el país, hemos querido demostrar que aquel marco general de la lucha de clases no permite explicar por sí mismo el proceso de transformación ideológica, en tanto las nuevas posturas que adopta la izquierda no pueden explicarse a partir de los intereses de las clases subordinadas en el período de la dictadura, sino que deben explicarse a partir de los intereses y específicos condicionamientos sociales de los productores ideológicos que participaron de dicha transformación: lo que hemos denominado en este trabajo como la élite político-intelectual de la izquierda.

Para este propósito asumimos la teoría de los campos de Pierre Bourdieu que, en palabras de su propio autor, se hace eco de las tendencias de las sociedades modernas hacia una creciente diferenciación interna y a la conformación de espacios relativamente autónomos (campos), todo ello sin perder de vista a la lucha de clases como marco general de referencia que da cuenta del principal conflicto societal y que, por lo mismo, marca también, como determinación en última instancia, el principal conflicto ideológico en las sociedades capitalistas. Nuestra investigación, por lo tanto, centró su atención en las transformaciones estructurales de los campos político y de las ciencias sociales en Chile, en el período en cuestión, que operaron como condicionamientos sociales de los productores ideológicos de la renovación socialista. Desde la teoría de Bourdieu señalamos que el campo político es un campo parcialmente autónomo que, si bien tiene su propia dinámica interna, las posiciones de prestigio-poder de los agentes en su interior dependen finalmente -en el caso de una democracia representativa- de las movilizaciones electorales que son capaces de producir las diferentes élites partidarias. A su vez, dimos cuenta del campo científico-social durante el período analizado como un campo subordinado en buena medida al campo político, en tanto las élites partidarias se constituyen como los públicos privilegiados de los productos simbólicos de los científicos sociales. Las ideas políticas, por otro lado, producidas en la imbricación de ambos campos, son constitutivas de las estrategias que despliegan los agentes políticos para efectos de aquella movilización electoral. De este modo, en los términos más esquemáticos y simples podemos decir que un cambio de posición de los agentes puede llevar, especialmente en el caso que analizamos en que se trata de un cambio drástico e impuesto, a la obsolescencia de la estrategia implementada hasta ese momento y, por ende, a presionar hacia un cambio de estrategia, lo cual implica, en tanto las ideas políticas son recursos estratégicos dispuestos en la batalla, a modificar las ideas políticas haciéndolas coherentes con las nuevas estrategias implementadas.

A partir del golpe de Estado de 1973 y la cuasi-aniquilación del campo político y de las ciencias sociales, la relación y la imbricación entre la élite político-intelectual de la izquierda y su base social fueron, en buena medida, cortadas. Con ello, el campo político perdió su capacidad de proveer de recompensas simbólicas y materiales a sus participantes y las bases sociales perdieron importancia en la asignación de las posiciones de prestigio-poder en su interior. Así, las ideas políticas que sostenía la izquierda dejaron de ser constitutivas de una estrategia de movilización electoral, pues esa posibilidad había sido aniquilada con el término del régimen democrático. La situación llevó a la conformación de dos nuevos objetivos por

parte de la élite con sus concomitantes estrategias. El primero suponía la recuperación del campo político en las condiciones propias de una democracia representativa, es decir, en condiciones de proveer recompensas simbólicas y materiales a sus agentes. Ello llevaría a poner el énfasis en la meta política de la democracia en detrimento del socialismo, en otras palabras, en el problema del régimen político por sobre el problema del modo de producción. Los énfasis de la producción intelectual de los centros de estudio, reseñada en este trabajo, dan cuenta de ello, así como la propia corroboración que de este hecho hicieron varios de los entrevistados. Ello suponía igualmente eliminar aquellos aspectos del paradigma marxista que pudieran ser contradictorios con una valoración sustantiva de la democracia, específicamente, la herencia leninista, aspecto que es corroborado por la literatura del período y que es planteado en estos mismos términos por los entrevistados.

Este objetivo implicaba también una estrategia de acercamiento a otros actores políticos con los cuales era esencial establecer una alianza, fundamentalmente la Democracia Cristiana. Esta necesidad puso las principales exigencias de concesiones, dada la correlación de fuerzas, en el ámbito de la izquierda. Las exigencias que en este sentido imponía la Democracia Cristiana se ven refrendadas en las discusiones plasmadas en las Actas del Seminario de la Convergencia Socialista a las que tuvimos acceso, así como en los relatos que diversos entrevistados hacen de los contactos que se establecieron tempranamente desde la década de los setenta con la dirigencia de la Democracia Cristiana. Así, se reforzó el énfasis en la democracia y el progresivo abandono de la meta del socialismo, como el abandono del carácter revolucionario del proyecto político de la izquierda. También implicó una presión hacia la moderación general de las posturas políticas y hacia la exclusión del Partido Comunista. Este último aspecto reforzó aún más el quiebre con la ortodoxia leninista y con el bloque político, a nivel internacional, hegemonizado por la Unión Soviética.

Un segundo objetivo implicaba resolver el problema de la supervivencia en el contexto de emergencia propiciado por la dictadura. Ello implicó desplegar un abanico de relaciones con actores capaces de proveer de recursos simbólicos y materiales y con los que, hasta antes del golpe de Estado, o bien las relaciones eran extremadamente débiles o éstas revestían rasgos de relativa hostilidad, específicamente, la Iglesia Católica, los partidos y gobiernos socialdemócratas europeos, los partidos eurocomunistas, las agencias financieras internacionales ligadas ya sea a dichos partidos y gobiernos, o bien a sectores religiosos o empresariales estadounidenses y, por último, la comunidad intelectual a nivel internacional. Todos estos actores o espacios sociales se ubicaban ideológicamente en posturas críticas al

paradigma marxista, lo cual presionó a la reconversión ideológica de la élite político-intelectual de la izquierda tanto en Chile como en el exilio. Dan cuenta de ello los dirigentes políticos que establecieron lazos directos con los dirigentes de los partidos y con las autoridades de los gobiernos europeos afines a estas posturas, así como el relato de los científicos sociales que, desde Chile, debían bregar por el financiamiento y reconocimiento a nivel internacional de su producción intelectual.

Cabe señalar que tales posturas críticas al paradigma marxista, en aquellos de los actores mencionados que podemos ubicar genéricamente en posturas de izquierda, se debían a la crisis que vivía el marxismo desde dos frentes. Por un lado, a las profundas transformaciones que venía experimentando la sociedad capitalista, las cuales ponían en cuestión la capacidad del paradigma marxista para realizar una adecuada lectura de la realidad social y, por otro, a la crisis que vivían los países socialistas que ponía en entredicho la realización de la organización social y política que proclamaba estar inspirada en dicho pensamiento. La abundante literatura tanto de la filosofía como de las ciencias sociales, sólo muy escuetamente reseñadas en este trabajo, de las décadas de los setenta y ochenta dan cuenta de ello. Una de las tantas líneas de profundización de este trabajo requeriría evidentemente de una revisión más exhaustiva de dicha literatura estableciendo los puntos de contacto con las producciones de los pensadores de la renovación socialista.

Finalmente, el triunfo definitivo de las tendencias más liberales de la renovación socialista en el ámbito de la izquierda sólo se produce en la medida en que las estrategias de lucha de aquellas fuerzas políticas que habían defendido durante el período las posturas marxistas más ortodoxas, y que, por lo mismo, habían sostenido la centralidad del conflicto entre proyectos socioeconómicos, son derrotadas. Específicamente, nos referimos a las fuerzas aglutinadas en el Movimiento Democrático Popular, liderado por el Partido Comunista. Sólo el fracaso de su estrategia armada e insurreccional evidenciada hacia 1986 y que las debilita significativamente, consolida el movimiento de fuga desde el marxismo y deja el camino libre para la ruptura con lo que había sido el proyecto socialista.

También hicimos referencia a las condiciones de posibilidad que permitieron que la renovación socialista pudiera desarrollarse. En primer lugar, el debilitamiento de los partidos políticos en el período posterior al golpe de Estado permitió liberar a los intelectuales de los controles discursivos que imponía el partido, con lo cual los primeros análisis que dieron pie a la renovación pudieron abrirse paso a pesar del rechazo inicial que produjeron en el seno de las orgánicas partidarias. Aquel mismo debilitamiento permitió que los intelectuales se

constituyeran durante buena parte del período de la dictadura como el sujeto político privilegiado, cobrando con ello una mayor notoriedad las ideas de la renovación, toda vez que fue en este sector donde estas ideas se desarrollaron con mayor rapidez y profundidad.

Otros elementos que operaron como condiciones de posibilidad para la expresión y asentamiento en la orgánica partidaria de las ideas de la renovación, fueron, por un lado, la tradición de cierta apertura ideológica y crítica a los socialismos reales que albergaba el Partido Socialista, así como su conformación social altamente heterogénea unida a su organización a través de seccionales territoriales que permitían la expresión de dicha heterogeneidad al interior del partido. Todas estas dimensiones, por el contrario, en el caso del Partido Comunista revestían características que obstaculizaban un proceso de renovación en su interior, toda vez que la tradición leninista se encontraba profundamente arraigada en su militancia y que su propia organización por medio de células, cuya composición social tendía a ser homogénea, obstaculizaba la circulación de discursos heterodoxos en su interior. De todos modos, cabe hacer notar que mientras en el caso del Partido Socialista las características descritas fueron refrendadas por los militantes entrevistados de dicho partido, en el caso del Partido Comunista estas observaciones se basan fundamentalmente en literatura de ex militantes comunistas que albergan una visión crítica de su paso por el partido. Por lo tanto, para efectos de demostrar adecuadamente este análisis se requeriría una investigación más exhaustiva de la militancia comunista, la cual, por supuesto, excedía los alcances de este trabajo.

Respecto al desarrollo de líneas investigativas que pudiesen profundizar el conocimiento sobre el proceso de renovación socialista, fuera de los ya mencionados en párrafos anteriores, hemos de destacar algunos aspectos adicionales que, por las limitaciones del trabajo investigativo, no fueron trabajados de manera lo suficientemente exhaustiva y que son necesarios para completar una explicación. En primer lugar, es necesario dar cuenta de las importantes transformaciones de la estructura social chilena que, en buena medida, modificaron el marco general del conflicto de clases y, con ello, las bases posibles para la articulación de determinados proyectos políticos. En segundo lugar, bajo la perspectiva de ser exhaustivos en el esclarecimiento del tipo de interacción que se produjo entre los integrantes de la élite político-intelectual de la izquierda y los demás actores políticos a los que nos hemos referido, es necesaria una investigación que ponga en ellos su foco de atención principal. En otras palabras, es necesario abordar desde los discursos de dichos actores la relación que establecieron con la élite político-intelectual que llevó a cabo la renovación socialista.

Por último, la palabra 'genealogía', utilizada en el título de este trabajo, da cuenta de un elemento importante de cómo fue abordado el análisis de este proceso, en la medida en que buscamos exponer los múltiples factores y condiciones de posibilidad, tanto de la realidad chilena como internacional, que convergieron -bajo ninguna predeterminación o ley de la historia- en un determinado período para producir la emergencia de los discursos y prácticas de la renovación socialista. En este sentido, tal como fue señalado en diversos pasajes, no es posible reducir este proceso a ninguno de ellos, lo cual no invalida la reflexión respecto a la mayor importancia de unos sobre otros que, en medida importante hemos hecho. Sin embargo, en la perspectiva de los futuros trabajos que pudiesen profundizar la investigación de este proceso, creemos haber al menos enunciado las piezas fundamentales a las que se debe acudir para construir cualquier explicación causal del mismo.

## **IX. Bibliografía**

- Altamirano Orrego, Carlos, *Dialéctica de una derrota*, México, Siglo XXI Editores S.A, 1978.
- Arrate, Jorge, *El Socialismo Chileno: rescate y renovación*, Rotterdam, Holanda, Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile, 1983.
- Baño, Rodrigo, *Lo social y lo político, un dilema clave del movimiento popular*, Santiago, Chile, FLACSO, 1985.
- Baño, Rodrigo, *De Augustus a Patricios, la última (do)cena política*, Santiago, Chile, Editorial Amerinda, 1992.
- Baranger, Dionisio, *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*, Posadas, Argentina, 2a edición (1a electrónica), 2012.
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 2003
- Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, Política y Poder*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2000.
- Bourdieu, Pierre, *Sobre el campo político*, Documento pdf, traducción de algunas partes de la edición en francés de Bourdieu, Pierre, "Propos sur le Champ politique"; Presses Universitaires de Lyon, Francia, 2000.
- Bourdieu, Pierre, *Homo academicus*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, Argentina, 2008.
- Bourdieu, Pierre, *Las estructuras sociales de la economía*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, Argentina, 2001.
- Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Editorial Anagrama S.A., Barcelona, España, 1997.
- Bravo, María Inés; Vargas, Claudia, *Documentos de Trabajo 1975 – 1995: Bibliografía Analítica*, Santiago, Chile, FLACSO, 1999.
- Brunner, José Joaquín, *¿Pueden los intelectuales sentir pasión o tener interés en la democracia?*, Documento de trabajo, FLACSO - Santiago de Chile, n°303, Julio de 1986.
- CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, CEPAL, 1990.
- Constitución política de la República de Chile de 1980*, Santiago, Chile, Ediciones Publibey, 1995.
- Duverger, Maurice, *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica Ltda., Santafé de Bogotá, Colombia, 1994.
- Flisfisch, Ángel, *La Política como compromiso Democrático*, Santiago, Chile, FLACSO, 1987.

Flisfisch, Ángel, *La preferencia democrática del socialismo*; en: Núñez, Ricardo (compilador) *Socialismo: 10 años de renovación. 1979-1989: el adiós al marxismo-leninismo*, Santiago, Chile, las Ediciones del Ornitorrinco, 1991, Tomo II.

Foucault, Michel, *El Orden del Discurso*, Tusquets, Barcelona, España, 1999.

Garretón, Manuel Antonio, *El proceso político chileno*, Santiago, Chile, FLACSO, 1983.

Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás, *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile 1970-1973*, Editorial Universitaria Centro América EDUCA, Costa Rica, 1978.

Germaná, César, *Pierre Bourdieu: La sociología del poder y la violencia simbólica*, Revista de Sociología Vol 11, N°12, 1999; Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM, Lima, Perú; ISSN Versión electrónica: 1609-7580.

Giddens, Anthony, *Sociología. Una breve pero crítica introducción*, Macmillan, Londres, Inglaterra, 1982

Giménez, Gilberto, *La sociología de Pierre Bourdieu*, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

Godoy U., Hernán, *Bases sociológicas del conocimiento*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1979.

Gorz, André, *Adiós al proletariado (más allá del socialismo)*, El Viejo Topo, España, 1980.

Gramsci, Antonio, *Escritos políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores S.A., México, D.F., 2007.

Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 2004.

Guido, Rafael y Fernández, Otto, *El Juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina*; en: Revista Mexicana de Sociología, año 52, vol. 4-1989.

Lagos, Ricardo; Lechner, Norbert; Rosenthal, Gert, *Las ciencias sociales en el proceso de democratización*, FLACSO, Chile, Abril 1991.

Marx, Karl, *Sobre la cuestión judía*; en:  
<http://www.hojaderuta.org/imagenes/lacuestionjudiamarx.pdf>

Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Prensa Latinoamericana S.A., Santiago, Chile, 1971.

Marx, Karl y Engels, Friedrich, *La ideología alemana*, L'Eina Editorial, Barcelona, España, 1988.

Moulián, Tomás, *El marxismo en Chile: producción y utilización*; en: Brunner, José Joaquín, Hopenhayn, Martín, Moulián, Tomás, Paramio, Ludolfo, *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, Santiago, Chile, FLACSO, 1993.

Moulián, Tomás, *Democracia y Socialismo en Chile*, FLACSO, Santiago, Chile, 1983.

Moulián, Tomás, *Chile Actual: Anatomía de un mito*, LOM - ARCIS, Chile, 1997

Ottone, Ernesto y Muñoz Riveros, Sergio, *Después de la quimera*, Santiago, Chile, Random House Mondadori S.A., 2008.

Portales, Felipe, *Chile: una democracia tutelada*, Santiago, Chile, Editorial Sudamericana Chilena, 2000.

Remmling, Gunter W., *La sociología de Karl Mannheim*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1982.

Yocelevzky, Ricardo A., *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*, Fondo de Cultura Económica, Santiago, Chile, 1992.

Wacquant, Löic, *From Ruling Class to Field of Power: An Interview with Pierre Bourdieu on La Noblesse d'État*; en Revista Theory, Culture & Society (SAGE, London, Newbury Park and New Delhi), Vol. 10 (1993), 19-44.

### **Documentos Inéditos**

*Acta de la cuarta sesión del Seminario de la Convergencia Socialista*, Santiago, Chile, Mayo de 1980.

*Acta de la segunda sesión del Seminario de la Convergencia Socialista*, Santiago, Chile, Mayo de 1980.

Faletto, Enzo, *Bases sociales-Partidos políticos*.